

LAURA FALCÓ LARA

CHELSTON HOUSE

Llegarás deseando quedarte, soñarás con poder escapar



Lectulandia

Amanda, una joven neoyorkina, cae profundamente enamorada de Chelston House, una mansión en la campiña inglesa donde vive Meredith, la madre de su novio. Tanto el lugar como la mujer le resultan igualmente fascinantes.

Sin embargo, pronto comenzará a darse cuenta de que no todo es como parece y de que el lugar esconde unos cuantos secretos, comenzando por la clausurada ala este.

Chelston House es un paraíso, pero todo paraíso esconde su propio infierno.

Lectulandia

Laura Falcó Lara

Chelston House

ePub r1.0

Karras 30.04.2018

Título original: *Chelston House*

Laura Falcó Lara, 2014

Editor digital: Karras

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

CHELSTON HOUSE

Siempre supe que nunca dejaría Chelston House; lo intuí desde el mismo día en que crucé el umbral de aquella hermosa y vasta finca de Lincolnshire. Aún recuerdo como si fuese ayer el olor de la hierba mojada y recién cortada al pasar por el camino de entrada a la casa y la imagen señorial y elegante de sus regias y doradas paredes. Los verdes campos, el paseo de magnolias, aquellos hermosos y cuidados jardines franceses, eran un concierto armónico y perfecto a la vista. Era la primera vez que pisaba la campiña inglesa y he de reconocer que me quedé prendada de sus verdes e idílicos paisajes. Al llegar a la finca, una sensación de nerviosismo y excitación recorrió todo mi cuerpo. Tenía tanta ilusión puesta en aquella visita, tantas expectativas, y estaba tan enamorada de Edward que todo me parecía maravilloso. Lo que no imaginé es que esa misma admiración que sentí al llegar se tornaría con el tiempo en odio, desconfianza y en un miedo incontrolable. Chelston House no es lo que parece, ahora lo sé.

Tras pasar toda la noche y gran parte de la mañana lloviendo a raudales, algo muy habitual en la zona, el día se había abierto finalmente y el sol parecía por fin reflejarse de forma sutil en cada gota de agua. El cansancio de las muchas horas de viaje empezaba a notarse y tanto Edward como yo deseábamos llegar cuanto antes. Edward, que había permanecido callado, casi mudo durante todo el viaje, se apresuró a contarme algunas cosas sobre su hogar y sobre su familia. Edward era más bien parco en palabras, y especialmente en público. Los que le conocíamos bien sabíamos que no era un tema de timidez, sino de carácter. En su opinión, era preferible hablar poco que demasiado. Normalmente, comentaba, aquellos que hablaban demasiado acababan por demostrar su falta de cultura en más de una ocasión. Además, ese punto de contención y sobriedad que le daba un aire de hombre interesante era también uno de sus grandes atractivos. En cualquier caso, ya faltaba muy poco para llegar a nuestro destino y él no quería entrar en su casa sin antes haberme explicado al menos lo básico sobre el lugar; jamás se lo hubiese perdonado. Sabía que nada más llegar su madre nos estaría esperando y que para ella aquella finca lo era absolutamente todo. Para Meredith la posibilidad de que Edward no me hubiese contado nada de Chelston hubiese sido impensable, imperdonable.

Según me contó, la familia Macguire, antigua propietaria de los terrenos, había comprado la finca hacia 1617. Por aquel entonces, el terreno no tenía nada que ver con lo que era ahora. Entonces tan solo se componía de un puñado de acres de bosque y praderas en mitad de la campiña inglesa. El suelo permaneció varios años así, sin construirse por falta de recursos, pero en 1683 *sir* John Macguire y su esposa

decidieron que iba siendo hora de montar allí su hogar. Por ese motivo, no tardaron en empezar las obras. Sin embargo, a pesar de su gran poder adquisitivo, sus gustos distaban mucho de los de otros de su clase y decidieron construir una hermosa casa de campo en vez de un palacio de estilo barroco, que era lo que estaba de moda en la ciudad. El estilo de Restauración provincial fue la opción finalmente seleccionada para aquella gran e impresionante mansión. Sin embargo, la nueva casa estaba equipada con todas las innovaciones que había en el mercado por aquel entonces, como ventanas modernas para las habitaciones y, aun más importante, áreas totalmente separadas para el servicio. Durante años fueron muy felices allí pero, al tiempo, las cosas cambiaron de forma brusca. Cuando hubo finalizado la Primera Guerra Mundial, los Macguire, como otros muchos de su mismo nivel económico, debieron afrontar grandes problemas económicos debido a las malas inversiones, y en 1984 se vieron en la necesidad de malvender la propiedad con la mayoría de sus contenidos. Fue el abuelo materno de Edward quien adquirió aquella ganga. Este, a su vez, la dejó en herencia a su única hija, la madre de Edward, Meredith Stewart. De hecho, el abuelo de Edward jamás llegó a vivir en la finca; era un hombre de ciudad y cambiar su acomodada residencia por el inhóspito campo no era su prioridad. La compra fue más una inversión que otra cosa. Fue Meredith quien la ocupó un año más tarde, justo después de casarse con el coronel Benet. Poder vivir en aquella hermosa casa fue el regalo de boda que le hizo su padre, bajo una única condición: que le diese un nieto varón que, para felicidad de todos, nació un año más tarde.

Por su parte, Meredith, mujer de una elegancia sin parangón y obsesionada con la belleza y la perfección, había emprendido, hacía menos de dos años, una reforma faraónica del lugar. Según ella, aquella mansión carecía de estilo, de vida, y clamaba a gritos el gusto de una mano femenina desde hacía muchos años. Al principio, justo al mudarse, su posición económica era todavía modesta y, aunque le hubiese gustado, su bolsillo no podía afrontar ningún tipo de reformas. Luego, una vez instalada, nunca encontró el momento. Pero tras la muerte de su esposo, parecía que por fin disponía del tiempo y de la libertad necesaria para ello. Edward estaba convencido de que aquellas reformas no eran más que su forma de estar distraída tras la inesperada muerte de su padre, al que su madre adoraba. El coronel Benet les había dejado hacía unos tres años tras una rápida y penosa enfermedad; sin embargo, en su casa, jamás se hablaba de aquello. Meredith prefería no mencionar su nombre, para ella el recuerdo de lo ocurrido era todavía demasiado duro de sobrellevar. Por ese motivo, Edward había hecho retirar todos los cuadros y pertenencias de su padre. En la casa no quedaba apenas rastro de su presencia y, según él, era mejor así. No soportaba ver a su madre triste y, desde el desgraciado suceso, Chelston había perdido la alegría de los primeros años.

—Estoy seguro de que Chelston te va a encantar —dijo Edward en cuanto traspasamos la verja de entrada.

Era evidente que aquella hermosa mansión haría las delicias de cualquiera, y aun

más de una aficionada como yo a las antigüedades y la decoración. Aunque la mala fortuna y la difícil situación del mercado me habían llevado a no poder desarrollar profesionalmente aquella pasión, en los ratos libres consumía como una auténtica adicta todo tipo de revistas especializadas. Tan solo durante mis breves visitas a los museos o a las subastas de los anticuarios podía saciar aquel gusto innato por las obras de arte.

Tal y como siempre había soñado, la entrada de aquella mansión me dejó sin palabras. Desde la señorial verja de entrada hasta que llegamos a la casa, recorrimos un largo y hermoso paseo repleto de robles y acacias cuya sombra guarecía en verano del exceso de calor. Para alguien de ciudad, aquel olor intenso a campo podía resultar algo excesivo aunque, al cabo de unas horas, se tornaba en francamente reconfortante. Ante la sorpresa de Edward, saqué la cabeza por la ventana dejando que el aroma de la naturaleza y el viento fresco impregnasen mis cabellos, mientras miraba de frente aquella majestuosa construcción de muros de piedra tornasolada que parecían resplandecer como el oro recién bruñido. Las grandes cristaleras parecían espejos de fina plata gracias al reflejo de la luz del sol, haciendo ciertamente difícil mirarlas directamente sin gafas. La imagen, de tonos anaranjados, parecía sacada de uno de aquellos paisajes que solía plasmar en sus cuadros Constable.

El coche paró frente a la entrada y un hombre perfectamente uniformado nos abrió la puerta del vehículo. Mientras, la gran puerta principal se abría majestuosa para recibirnos. Con cuidado, estiré mis hombros hacia atrás, ya que me sentía algo entumecida tras casi ocho horas de vuelo y más de dos horas sentada en el coche. Sin embargo, pese al cansancio, la emoción hizo que aquellos casi treinta escalones de la entrada me parecieran inexistentes. Con el tiempo, terminaría por aborrecerlos.

Tan pronto crucé la puerta de entrada, me quedé completamente absorta ante aquella pomposa y deslumbrante construcción. De suelos de níveo mármol y techos con antiguos artesonados de escayola y madera de inigualable calidad, aquella entrada era digna de la nobleza. Allí, en el *hall*, nos esperaban la madre de Edward y todo el servicio a cargo de la finca. Era como si nos hubiésemos trasladado al siglo pasado, una época en que el servicio todavía vestía trajes a medida con sus cofias, sus guantes y sus delantales blancos, perfectamente almidonados. Todos ellos, meticulosamente alineados, esperaban atentos a las órdenes de Meredith, nuestra anfitriona. Con decisión y porte señorial, se acercó hasta mí y alargó la mano.

—Ya tenía ganas de conocerte, Amanda —dijo con voz pausada y agarrando mi mano entre las suyas.

Con solo oírla hablar supe que estaba frente a una gran dama, una mujer de educación exquisita, y que no iba a ser nada fácil conquistar su corazón. Su belleza era incuestionable; su elegancia, obvia, y el parecido físico con su hijo saltaba a la vista.

—Yo también estaba deseando conocerla —respondí de forma cortés y midiendo mis palabras. Estaba demasiado nerviosa e impresionada como para poder hablar con

naturalidad.

—¿Qué tal el viaje? —preguntó mirándonos a ambos.

—Bien, aunque algo largo —respondí.

—Los viajes son siempre algo tedioso y agotador —respondió ella—. Por cierto, he de reconocer que Edward tenía razón al alabar tu belleza. Muy hermosa, sí señor —dijo, haciendo que me sonrojase.

Tratando de ser agradable, intenté devolver aquel inesperado cumplido. Los nervios y la emoción corroían mis entrañas.

—Edward también me ha hablado mucho y muy bien de usted.

—A saber qué barbaridades sobre mí te habrá contado mi hijo. Los hijos jamás nos hacen justicia —dijo tratando de romper el hielo, aunque aquellas palabras sonaban extrañas en sus comedidos y estudiados labios—. Ya te darás cuenta cuando tengas los tuyos propios.

—Pero, mamá, qué cosas dices —apuntó Edward con una sonrisa de complicidad.

—Lo cierto es que Edward habla maravillas de usted y de Chelston y, viendo esto, no me extraña.

Tras unos breves instantes, Meredith dio las indicaciones oportunas al servicio y nos acompañó hasta la sala de estar. Mientras, un par de mozos salieron al exterior a recoger nuestro equipaje del coche. Por unos instantes dudé en salir a ayudarles; no estaba acostumbrada a tener tanta gente a mi disposición.

—¡Kate, por favor! —dijo dirigiéndose a una de las doncellas—. Seguro que los señores desean tomar algo fresco.

—Con un poco de agua bastará —respondió Edward.

—Tiene usted una casa preciosa, señora Stewart —apunté, sintiéndome en el compromiso de decir algo bonito sobre el lugar, que, por otra parte, lo merecía.

—Estoy en ello —contestó ella mientras que, sentada en el sofá de la sala, jugueteaba con los rizos dorados que caían sabiamente desprendidos de aquel sofisticado recogido—. Esta casa es muy grande y mantenerla en perfecto estado es una ardua tarea. Supongo que mi hijo te habrá contado que estoy haciendo algunas reformas, ¿no?

—Sí, algo me ha explicado en el coche.

Desde la muerte del coronel, Meredith había vuelto a usar su apellido de soltera. Según Edward, a ella le parecía inadecuado, impropio, el seguir ostentando el apellido de un muerto. Mi opinión distaba ligeramente de la ingenua apreciación de su hijo. Posiblemente, siendo una mujer tan sumamente presumida y todavía joven, el que la gente se refiriese a ella como la viuda del coronel Benet la hacía sentir mayor. Lo cierto era que, pese a su edad, que debía superar la cincuentena aunque ella jamás lo reconociese, Meredith lucía una figura espléndida. Su rostro, digno de la belleza helénica, todavía conservaba una frescura inusual. Sus ojos, una mezcla entre la miel y el color del trigo, poseían una calidez y un brillo ciertamente envidiables.

—La verdad es que en Nueva York no podemos gozar de paisajes como estos. Es

todo bastante más gris —apunté, abrumada por el colorido de aquellas vistas.

—Nueva York es una gran ciudad, pero la campiña inglesa tiene un encanto muy especial —respondió Edward—. Aunque siempre nos queda Central Park —apuntó rememorando el lugar donde nos habíamos conocido un año y medio atrás.

—Sí, pero tu tierra no debía ser suficiente cuando ya llevas más de año y medio en la Gran Manzana —añadió su madre en tono reivindicativo.

—Hay otras razones de peso... y lo sabes —dijo mirándome con ojos de cordero degollado.

—Eso es obvio —respondió con una amplia sonrisa—. Pero podrías visitar a tu madre más a menudo.

—¿Está lista la habitación? —preguntó Edward como tratando de evitar incidir en aquella conversación que parecía que no iba a llegar a buen puerto—. El viaje ha sido largo y nos gustaría descansar un rato antes de la cena.

—Por supuesto, cariño. Os he hecho preparar la *suite* del ala oeste. ¿Te parece bien? —contestó Meredith mientras apretaba un timbre para llamar al servicio.

—Perfecta.

La puerta corredera se abrió y un hombre alto, corpulento, de pelo abundante y canoso entró en la sala. A juzgar por su aspecto, algo ajado por el sol y el paso inefable del tiempo, aquel hombre debía de rondar los sesenta. Era obvio, por la complicidad que se podía intuir en el trato cercano que le daban, que debía de llevar muchos años al servicio de Meredith. Sin dudarlo, se acercó a nosotros y, con porte servicial, preguntó:

—¿Qué desea la señora?

—Amanda, este es Thomas, nuestro mayordomo —dijo Edward presentándonos.

—Encantada —respondí alargando mi mano ante la sorpresa de los presentes.

—Un placer —expresó él bajando ligeramente la cabeza en señal de respeto.

—Acompañe al señorito Edward y a la señorita Amanda a la *suite* que prepararon esta mañana —dijo Meredith disimulando y tratando de no dar mayor importancia a mi error.

—Enseguida, señora. Si me acompañan...

Edward, con su habitual ironía, me miraba con una amplia y descarada sonrisa. Evidentemente, no se daba la mano al servicio. Había hecho el ridículo más espantoso, pensé.

La blanca escalinata de mármol se alzaba ante nuestros ojos, majestuosa, impertérrita, conocedora de todos y cada uno de los secretos de Chelston House. Mientras subíamos por ella no podía dejar de imaginar lo que se debía de sentir al vivir en un lugar así. Miré a Edward con sana envidia.

Ya en el primer piso, Thomas nos llevó hasta la habitación. Los largos pasillos que llevaban a las diferentes estancias estaban repletos de retratos de todas las épocas. En ellos, bellas damas y apuestos caballeros posaban con sus mejores galas. A saber qué historia tendría cada uno de aquellos personajes y qué relación guardaban

con la familia.

—¿Familiares? —inquirí discretamente arrimándome al oído de Edward.

—Más o menos —contestó sin dar demasiados detalles—. ¿Contenta de estar aquí? —preguntó con miedo a que pudiese sentirme incómoda.

—¿Contenta? ¿Es que no ves que estoy disfrutando como una niña? —dije con entusiasmo—. Esto es impresionante.

Paseando por aquella casa era imposible no apreciar la cantidad de objetos antiguos y valiosos que adornaban cada rincón, cada repisa. Estatuas, cuadros, jarrones, candelabros de plata fina... cosas que yo en la vida podría permitirme. Aquella mansión tenía elementos suficientes para poder convertirse en un museo o para alimentar a buena parte del Tercer Mundo. Por unos segundos imaginé la cantidad de horas que el servicio debía de dedicar a limpiar aquella enorme casa. Aquellas estancias estaban llenas de historia, de vida, de recuerdos.

A punto de entrar en la *suite*, respiré hondo mientras Thomas abría la puerta cediéndonos el paso. Durante unos instantes me quedé inmóvil contemplando la estancia. Decorada en estilo isabelino y con un gusto exquisito, la amplitud y luminosidad de aquella habitación eran perfectas. Desde el gran ventanal que tenía la *suite* se podía observar gran parte de los jardines que, hasta donde el ojo alcanzaba a ver, eran de su propiedad.

—Dios... debió de ser una infancia perfecta —dije mientras suspiraba para mis adentros mirando a Edward embelesada por todo aquel paisaje. En el fondo cualquier comparación con la casa en la que yo me había criado era odiosa. No es que mi familia fuese de origen humilde, pero tampoco nos sobraba el dinero.

Sonriendo, Edward me agarró de la cintura y me besó en la mejilla.

—¿Sabes una cosa? Lo mejor que me ha pasado en la vida fue conocerte; eso sí que fue perfecto.

—Si no desean nada más... —interrumpió Thomas, al parecer, incómodo con la escena y esperando algún gesto que le permitiese retirarse.

—Gracias, Thomas, puede irse —respondió Edward.

Totalmente asombrada por todo lo que me rodeaba, me senté unos instantes sobre la cama. Una estúpida sonrisa se había instalado en mi rostro y amenazaba con no desaparecer en todo el día. Era todo tan bonito, tan deslumbrante, que se me hacía difícil no parecer una paleta paseando por el palacio de Buckingham. Entonces tomé mi teléfono móvil del bolso con el fin de decirles a mis padres que ya habíamos llegado, pero, para mi sorpresa, el teléfono parecía estar muerto.

—Edward, mi móvil no tiene cobertura.

—Ni el tuyo, ni el mío —respondió con una cierta ironía—. Olvidé decirte que en esta zona de la campiña inglesa no hay apenas señal; tendrás que llamar desde el teléfono fijo.

Acostumbrada como estaba a vivir pegada a mi teléfono, se me iba a hacer extraño dejarlo olvidado en el fondo de un cajón; sin embargo, pensé que pasar unos

días sin él me iría bien para desconectar del mundo y descansar.

—Llamaré después, cuando bajemos —dije, y enterré el último vestigio de modernidad en un cajón de la cómoda.

Mientras hacíamos tiempo para bajar a cenar, aproveché para organizar la poca ropa que me había llevado. Aquellos enormes armarios de caoba hacían que mi vestuario pareciese perderse en su interior. Estaba prácticamente terminando de colocar mis pertenencias cuando, de pronto, vi que algo de tono rosado asomaba al fondo de la repisa superior. Me puse de puntillas y, no sin cierta dificultad, alargué la mano tratando de agarrarlo. Entre mis dedos, algo parecido a una cinta de terciopelo salió del fondo del estante. Parecía un fajín, o bien una cinta para el pelo, una diadema, una de esas que las mujeres enredamos entre nuestros cabellos para terminar recogidos en un moño.

—Edward, ¿de quién puede ser esta cinta? —pregunté.

—¿Dónde estaba? —preguntó con semblante seco y con un tono que demostraba incomodidad.

—En el fondo del estante superior —contesté sin entender el porqué de su aparente disgusto.

—¡Seguro que es del servicio! —exclamó tomando la cinta de mis manos y saliendo de la habitación, quizás en busca de su propietaria.

Sorprendida por su reacción, me senté sobre la cama y esperé a que regresase. No era nada habitual ver a Edward enfadado.

—Siento si he sido algo brusco, pero no me gustan este tipo de fallos en el servicio —dijo tan pronto entró en la *suite*, con total serenidad—. Cuando quieras bajamos a cenar, cariño; mamá estará ya esperándonos. Lo cierto es que se ha hecho un poco tarde.

—Perfecto —respondí, no sin sentir algo de curiosidad sobre el origen de aquella misteriosa cinta.

Bajamos la escalinata y, justo antes de pasar al comedor, Edward me enseñó dónde estaba el teléfono. No es que soliese hablar muy a menudo con mis padres, pero sí tenía la costumbre de llamarles cuando viajaba, para su tranquilidad. Además, con los años, las necesidades parecían haberse intercambiado y ahora también era yo la que necesitaba saber que se encontraban bien. Tras una breve conversación con ellos para decirles que ya habíamos llegado, pasamos al comedor, donde nos esperaba Meredith.

Al igual que el resto de la casa, el comedor era una estancia de ensueño. Presidida por grandes aparadores estilo Luis XVI de caoba tallada, donde se guardaban las vajillas de porcelana y la cristalería de Bohemia, aquella habitación estaba cuidada hasta el último detalle. La mesa, cuyas medidas superaban con creces a cualquier mesa en la que yo hubiese comido, estaba perfectamente puesta. Mantel de hilo, cubertería de plata, vajilla de porcelana alemana... allí donde mirase todo respiraba clase, elegancia y perfección. Durante unos instantes sentí un enorme respeto por

todo aquello, como si yo no encajase en aquel mundo. La mera idea de que se me pudiese romper una copa o pudiese manchar aquellos manteles de hilo me hizo temblar. Era tal la impresión que había causado en mí todo aquello que ni tan siquiera me atrevía a sentarme. Desconcertada, miraba como absorta al infinito.

—Tranquila —dijo Meredith, que, evidentemente, había visto el temor reflejado en mis ojos—. Al principio impresiona, pero ya te acostumbrarás.

Respiré hondo y me senté a la mesa agradeciendo aquel gesto que invitaba a relajarse; sin embargo, la cena fue algo extraña. Salvo por aquellas palabras necesarias a la hora de pedir la sal o decirle al servicio que tenías suficiente comida, el silencio y la tensión que reinaban en la sala se palpaban en el aire. Recordé entonces el encanto de las comidas en casa de mis padres, tan informales, divertidas y naturales. Me parecía inimaginable que un niño hubiese podido sobrevivir en aquella perfección, en aquella rigidez. Yo no hubiese sido capaz, pensé. Sin embargo, Edward estaba perfectamente integrado en aquel marco; lejos de la imagen distendida, incluso tierna y despreocupada, que yo podía tener de él, aquel saber estar tan sumamente depurado fluía de su interior con naturalidad. Era obvio que no estaba a disgusto.

—Y dime, ¿a qué te dedicas exactamente? —preguntó Meredith.

—Siempre quise dedicarme a algo relacionado con los museos o con las antigüedades y por eso terminé estudiando Arqueología, pero las cosas no fueron como había soñado y me tuve que conformar con dar clases de Historia del Arte en un par de institutos.

—O sea, que eres una profesora, ¿no? —inquirió con un tono que a mi entender denotaba decepción.

—Sí —respondí un tanto avergonzada por sentir que no cumplía con sus expectativas.

—Amanda es una gran entendida en arte, te puedo asegurar que sus conocimientos están infrautilizados —añadió Edward tratando de poner en valor mis estudios.

Sin levantar la vista del plato, Meredith se limitó a emitir un ligero sonido gutural a modo de afirmación. Era obvio que mi profesión no le parecía para nada interesante; es más, seguramente estaba decepcionada con la elección que había realizado su hijo.

Tras unos instantes de total quietud y frialdad, traté de olvidarme de aquel desaire y reavivar la conversación.

—Imagino que debe de sentirse muy sola aquí desde que la dejó el coronel. Esto es tan grande y tan alejado de todo... —dije tratando de romper el hielo y, de paso, para saber algo más sobre el padre de Edward y las circunstancias que rodearon su muerte.

De pronto, sentí los ojos de Edward clavados sobre mí y no precisamente con mirada de aprobación. Sabía que había metido la pata.

—Estoy muy bien aquí, gracias. ¿Por qué no habría de estarlo? —respondió

Meredith de forma seca y poco amigable.

—Ya, claro... —dije, sintiendo nuevamente que no estaba a la altura de lo esperado y que había empezado con bastante mal pie mi relación con la madre de Edward.

Era evidente que hacer referencia al coronel no había sido una buena idea. El ambiente se notaba algo crispado, así que decidí que era mejor seguir comiendo en completo silencio. Ella era distinta, a primera vista su frialdad y aquella pose tan poco natural llamaban especialmente la atención. Mientras degustaba aquella carne exquisita, no pude evitar observarla con detenimiento. Meredith era una mujer extremadamente bella aunque contenida, calculada e incluso algo gélida. Era como si cada palabra que brotaba de su boca estuviese perfectamente pensada, como si cada gesto y cada sonrisa hubiesen sido planificados con mucha antelación. Nada era azar en ella. Incluso su belleza parecía tan perfecta, tan meticulosamente estudiada, que cualquier pequeña imperfección hubiese destacado de forma notable en aquel rostro. Hasta su vestuario denotaba clase, estilo y armonía. La combinación de colores y de texturas parecía haber estado perfectamente pensada. De pronto, sentí que mi ropa no era la adecuada y que posiblemente nada de lo que había llevado tenía la calidad suficiente para estar allí. Sin poder casi evitarlo, miré sus manos, finas y delicadas, y sus uñas, perfectamente pintadas, y escondí avergonzada las mías, algo descuidadas, bajo el mantel. Entonces, tras unos instantes, recordé nuestra entrada a la casa y caí en la cuenta de que había sido especialmente extraña la falta de contacto físico entre Meredith y su hijo. No es que yo fuera especialmente cariñosa ni amante de las demostraciones públicas de afecto, de hecho, solía tener más bien fama de arisca, pero, teniendo en cuenta el tiempo que hacía que Edward no veía a su madre, lo normal hubiese sido al menos que le diera un beso. Algo me hacía pensar que la relación entre ellos no era ni mucho menos tan idílica y sencilla como Meredith pretendía aparentar.

—¿Ocurre algo? —preguntó con tono suave al sentirse observada.

—No, no —contesté nerviosa, sintiendo que me habían sorprendido en una actitud poco apropiada.

—¿Entonces por qué razón me miras tan fijamente? —inquirió de forma directa y sin perder su serenidad.

—Simplemente admiraba su belleza y su elegancia —afirmé de modo ocurrente—. Sinceramente, de donde yo provengo, la gente es más sencilla, incluso algo tosca, me atrevería a decir. Y usted rebosa clase.

—También eso se aprende, aunque cuesta tiempo y dinero —añadió en un tono que a mi entender era aleccionador mientras cogía con delicadeza una cucharada de aquel delicioso sorbete de frambuesa que nos acababan de servir.

Tras la cena, Meredith nos acompañó a la sala de estar. Nuevamente el buen gusto y la belleza de aquella parte de la casa me embriagaron. Mientras nos sentábamos, Thomas acercó un carrito lleno de bebidas hasta el sofá.

—¿Tomará el señor una copa como siempre? —preguntó Thomas.

Edward acostumbraba a beber una copa después de la cena, especialmente estando en Chelston House. Aquella costumbre la adquirió de muy joven de su padre, que siempre solía terminar las veladas con una copa entre sus manos; algo que Edward ya me había comentado tiempo atrás estando en Nueva York. Las costumbres en Chelston eran casi sagradas y Thomas seguía todos aquellos rituales al pie de la letra.

Tan solo pasaron unos breves minutos cuando Meredith se levantó del sofá con gesto de cansancio.

—Creo que os voy a dejar solos. Nunca suelo acostarme demasiado tarde y hoy estoy especialmente exhausta —se excusó mirándome de reojo mientras besaba a Edward en la mejilla por primera vez desde que llegamos—. Un placer, Amanda. Espero poder conocerte mejor durante vuestra estancia.

—Igualmente —dije acercando mi mejilla a su cara.

—Ya tendremos tiempo de hablar —añadió.

—Nosotros tampoco tardaremos demasiado en subir, el día ha sido largo y muy duro —contestó Edward.

Mientras Edward tomaba una última copa de coñac sentado plácidamente en el sofá estilo Luis XVI de la Sala Ámbar, aproveché para ver de forma más detallada la decoración de aquella confortable y bella estancia. Lo cierto es que jamás había estado en un lugar así y cada rincón de aquella enorme casa me parecía realmente fascinante. Era indudable que Meredith poseía un gusto refinado, caro y exquisito. Sin embargo, toda aquella opulencia, todo aquel exceso de riqueza, no hacía más que hacerme sentir todavía más fuera de lugar. Yo no pertenecía a esa clase social, yo no podía competir de ninguna forma con todo aquello. Tan solo esperaba que nadie pretendiese que yo tuviera que estar a ese nivel, que Edward jamás intentase compararme con su madre, o con la alta sociedad inglesa a la que él estaba acostumbrado. Si Meredith buscaba una rica heredera para casar a su hijo, yo no iba a ser bajo ningún concepto la mujer elegida. Era la primera vez desde que conocía a Edward que me había sentido extraña, ajena a su mundo, y eso me estaba generando una enorme inseguridad y malestar. Yo sabía que el Edward que yo conocía no era para nada así, sino alguien cercano, sin pretensiones. Pero verle allí, tan sumamente integrado en aquel marco, me hacía sentir muy rara. ¿Y si él era realmente así? ¿Y si la persona que yo creía conocer desaparecía como un azucarillo? Aquella velada hizo aflorar todas mis inseguridades.

—No dejes que todo esto te sobrepase —dijo Edward sabiendo que yo estaría seguramente impresionada tanto por la casa como por su madre.

—No es fácil. Es todo tan fantástico, está todo tan lejos de mi alcance, que yo... no sé si estaré a la altura —respondí, aún sin haber encontrado la mejor forma de sentarme en aquel sofá por miedo a rozarlo. Estaba convencida de que aquella pieza era digna de estar en cualquier museo o anticuario—. Yo no imaginaba que tu familia

fuese tan sumamente rica, ¿sabes? —añadí algo abrumada por todo aquello.

—Verás que con el tiempo te acostumbras, en serio —dijo, intentando tranquilizarme—. No es para tanto. Mamá todavía no se ha comido a nadie y tú no vas a ser la primera —añadió con ironía tomándome de la mano.

—Quizás esté exagerando, y aunque he de reconocer que todo esto me fascina, también me asusta un poco. Es como estar en un cuento de princesas y hadas pero, en este caso, sin que nadie pueda asegurarte que el final va a ser feliz —respondí mirando a mi alrededor.

—Pero... ¡vaya tontería! ¿Por qué no habría de terminar bien? No te engañes, a lo bueno todos nos acostumbramos fácilmente y tú no vas a ser diferente —respondió guiñándome un ojo en señal de complicidad.

—Acostumbrarse puede, pero eso no implica que estés perfectamente integrado, ni que terminen por aceptarte —añadí pensando en las reacciones de Meredith.

—Mamá te aceptará, seguro.

Edward sonrió de forma condescendiente y besó mi mano tratando de hacerme sentir mejor.

—Al principio puede parecer distante y fría, pero con el tiempo se irá mostrando más cercana, ya lo verás.

No pasaron más de diez minutos cuando, tras terminar la copa, decidimos retirarnos a nuestra habitación. Ambos estábamos exhaustos.

Esa noche el sueño hizo presa en mí casi sin quererlo. Cansada como estaba tras el largo viaje y agotada por la tensión de la cena, me tumbé sobre aquella enorme y cómoda cama de sábanas de fino y cuidado lino. Apenas tuve tiempo de darle las buenas noches a Edward, mis ojos se cerraban casi sin quererlo. Entre las horas de avión y el largo trayecto en coche desde Londres, mi energía se había agotado por completo. Tumbada, me dejé llevar por el cansancio y cedí al sueño. El intenso olor a mimosa y a hierba fresca que subía desde el jardín podía apreciarse incluso desde la habitación, tiñendo la estancia de un aroma particularmente agradable y fresco. En mi cabeza, un montón de imágenes de aquella hermosa finca se sucedían como los anuncios de las inmobiliarias de lujo, aquellos maravillosos anuncios que miras absorto sabiendo que jamás estarán a tu alcance. Tenía tantos sueños, tantas esperanzas depositadas en aquella visita, que las horas me parecían eternas. ¿Sería capaz de estar a la altura?, me preguntaba adormilada temiendo perder a Edward si Meredith no me aceptaba.

En aquel momento todavía no era consciente de la realidad que escondía aquella casa, de los oscuros secretos que yacían tras sus muros, aquellos que poco a poco acabaría descubriendo. Relajada y envuelta por una plácida sensación de paz, concilié el sueño. Esa sería posiblemente la mejor noche que pasé en Chelston House.

II

EN BOCA CERRADA...

Debían de ser cerca de las nueve cuando Edward me despertó. El sol de la mañana entraba insistente por la ventana iluminando la estancia y caldeando agradablemente el ambiente; sin embargo, yo seguía plácidamente dormida. Aquel silencio y aquella paz casi imposible de encontrar en el corazón de Manhattan invitaban a no abandonar la cama. En casa, con los ruidos de la calle y con los gritos de los niños del piso colindante, era difícil dormir más allá de las nueve. Sin embargo, a Edward le daba igual, él siempre se levantaba temprano. Para variar, él llevaba desde las ocho en pie, dando vueltas por la casa, haciendo tiempo para despertarme. Esa obsesión casi matemática que Edward tenía de madrugar era algo que no alcanzaba a comprender; mis biorritmos eran completamente distintos a los suyos, casi antagónicos. Era obvio que yo era la dormilona de la pareja.

Edward entró en la habitación avanzando con sigilo hasta el lado de la cama y, como solía hacer muchas mañanas, se sentó en ella y, reclinándose sobre mí con dulzura, me besó en la frente haciéndome cosquillas con los pelos de su perilla. Luego, con las yemas de sus grandes dedos acarició con suavidad mi cara hasta ponerme la carne de gallina.

—¿Sabes? No me canso de ver esos grandes y bonitos ojos verdes cada mañana. ¿Te he dicho hoy cuánto te quiero?

Edward era ante todo un hombre caballeroso, un hombre distinguido, con clase. Aunque era atractivo, no era un hombre que destacase especialmente por su inigualable belleza física, aunque, en conjunto, no estaba nada mal. A diferencia de mí, cuya piel rosada apenas soportaba los rayos del sol, Edward era un hombre de tez oscura y de negros y lacios cabellos. Un pequeño y discreto bigote y una perilla bien cuidada daban a su rostro un aspecto algo intelectual. Cuando le conocí un año y medio atrás, aquella mañana de agosto paseando al lado del lago de Central Park, lo primero que me llamó la atención de él fue su altura y su porte sobrio y elegante. Luego, aquella mirada tierna aunque penetrante de perrito abandonado hizo el resto. A diferencia de otros hombres que había conocido, él poseía una cultura, una educación y un saber estar que, desde el primer momento, me encandilaron. Eso, junto con las armoniosas facciones de su rostro, que eran claramente una herencia de su madre, terminó por enamorarme. Edward tenía además algo especial, distinto, que a mi parecer era más atrayente que la mera belleza física. No había conversación que Edward no dominara, o al menos, de la que no pudiese salir airoso. Tampoco existía situación, por compleja o comprometida que pareciese, en la que él no supiera manejarse. Sin embargo, si había una cualidad de Edward que marcaba la diferencia,

esa era la galantería; esa capacidad casi innata de decir algo bonito en el mejor momento y hacerte sentir bien. A solas Edward podía ser el hombre más tierno y dulce del mundo, pero en público su comportamiento era sumamente distinto. Era evidente, conociendo a Meredith, que ese saber estar y ese miedo al qué dirán eran una herencia materna.

Me incorporé lentamente mientras él abandonaba la habitación, desperezándome y todavía demasiado dormida para ser capaz de abrir completamente los ojos. En el exterior un par de jóvenes jardineros, que, a juzgar por su apariencia, debían de ser de algún país oriental, arreglaban las azaleas y recortaban con esmero el ya impecable césped. Entré en el baño y, tras asearme y recoger mi larga y ondulada melena castaña en una cola de caballo, empolvé ligeramente mi tez, excesivamente pálida, para no parecer enferma. Luego, abrí el armario y me puse una blusa blanca, los pantalones *beige* de pinzas y las botas planas marrones. Si la idea que tenía Edward aquella mañana era la de enseñarme el exterior de la finca, esa era la vestimenta perfecta para aquella ocasión.

Pasaron unos diez minutos cuando alguien golpeó suavemente la puerta de la habitación.

—El desayuno está servido, señorita Kresley.

Era la voz de Thomas anunciando que ya estaba listo el desayuno. La falta de costumbre hizo que al oír los golpes me sobresaltase y estuviese a punto de derramar el frasco de perfume que sostenía en mis manos. Nada más abrir la puerta de la habitación, me llegó un delicioso aroma a café y a bollería recién horneada. Aquel tipo de lujos marcaba la diferencia; jamás en mi vida habría soñado con algo así.

Bajé la escalinata aún algo adormecida. Con la luz de la mañana entrando por los grandes ventanales, Chelston House lucía, si cabe, aun más hermosa. El reflejo en el suelo y en las paredes de los cristales de las lámparas de araña que colgaban en la entrada daba un halo casi mágico al lugar. Entré en el comedor y Meredith y Edward esperaban sentados a que yo me uniera a ellos. Ya en la mesa, Meredith, impaciente, aunque comedida, como era de esperar, empezó a hablarme sobre las bondades de la finca.

—Chelston es una casa con mucha historia. Supongo que mi hijo te ha contado cosas de este maravilloso lugar.

—Sí, ayer de camino me explicó los orígenes de la finca.

—¿Ayer? —exclamó sorprendida de que Edward no me hubiese hablado antes de su hermosa mansión—. Está bien —dijo, reemprendiendo el hilo de lo que realmente quería decirme—. Creo que vale la pena que te la enseñe. Sé que te enamorarás de Chelston, tal y como yo lo hice cuando mi padre la compró.

—Si me enamoro todavía más de lo que ya lo estoy, nunca querré irme —respondí con ironía y entusiasmo.

—De eso se trata, jovencita, de eso se trata. Nada me haría más feliz que decidieseis venir a vivir aquí, conmigo; no te imaginas lo sola que se siente una entre

estas paredes.

Parecía que el tono desagradable de la noche anterior había dejado paso a un cálido acercamiento. Tras una breve pausa, añadió:

—No resulta fácil olvidarse de Chelston House, ya te lo advierto.

Había algo enigmático, diferente, en aquella mujer, algo que por una parte despertaba cierta desconfianza, pero, por otra, la hacía enormemente atractiva. Meredith no era una mujer cualquiera, era única, excepcional. Era fácil apreciar en ella la clase y el linaje de cuna, la cultura y el saber estar de los mejores colegios, y el carácter fuerte y luchador de una mujer que no parecía conocer límites. Ahora sabía de quién había heredado Edward aquel porte señorial. Al igual que su hijo, Meredith no era una mujer de demasiadas palabras, sin embargo, sus miradas eran certeras, ácidas e infinitamente estudiadas. Con tan solo mirarte, sabías perfectamente lo que esperaba de ti. A veces, aquella rigidez, aquella precisión en sus actos, asustaba, y otras, su tono condescendiente parecía apiadarse de su oponente, quizás por no considerarlo a su nivel, y de forma grácil, aunque soberbia, parecía querer darle una tregua.

Tan pronto como acabamos de desayunar, Edward pidió permiso a su madre para abandonar la mesa y me llevó al exterior de la finca. Había muchas cosas que ver antes del mediodía.

—Abrígate bien, la mañana se ha levantado fría y no sé si lloverá —dijo mientras me ayudaba a ponerme el abrigo—. Ya sabes que Inglaterra es famosa por sus incesantes lluvias.

—Sí, y también por la niebla —dije, percatándome de lo difícil que era ver a demasiada distancia.

Mientras me ponía los guantes y me abrochaba bien el abrigo, dejé que la vista se alimentase con aquel paisaje casi paradisíaco. Empezamos a andar por la verde pradera mientras aquel intenso aroma a naturaleza impregnaba mis cabellos. Allí, los pájaros, las ardillas y otros muchos animalillos campaban a sus anchas. Aquello no tenía nada que ver con la gran ciudad.

—Si no fuese por la lluvia, he de reconocer que la campiña inglesa es una preciosidad.

—Si no fuese por la lluvia, estas praderas no serían tan verdes y frondosas —respondió Edward con una sonrisa.

—Supongo que ese es el precio que los ingleses tenéis que pagar por tener un paisaje tan hermoso.

Seguimos nuestro camino en silencio, dejando que los ruidos naturales del campo nos acompañasen junto con la suave brisa de la mañana.

—Estamos llegando a la iglesia —dijo Edward al cabo de unos minutos, rompiendo por un instante la paz y la magia del lugar.

—¿Una iglesia?

—Sí, una antigua iglesia del siglo XII donde fueron enterrados casi todos los

miembros de la familia Macguire.

A lo lejos pude verla. Era una iglesia preciosa, no muy grande y de estilo románico tardío que mezclaba en su fachada los arcos de medio punto con los ojivales, típicos del gótico. Sus paredes regias y fuertes estaban rodeadas de grandes arbotantes. En lo alto, la torre del campanario sobresalía ligeramente por encima de los árboles que la rodeaban y parecía perderse entre aquella niebla que nos acompañaba.

—¿Todavía la usáis?

—Apenas. Ahora está prácticamente abandonada. En ella tan solo se ha celebrado alguna boda; de hecho, mis padres se casaron ahí. Dicen que quien contrae matrimonio en su interior nunca abandona Chelston. Supongo que es una vieja leyenda.

—Seguro que te lo estás inventando.

—Te prometo que no, la leyenda ya existía cuando se compró la finca. No tengo tanta imaginación y lo sabes.

—Entonces, quizás deberíamos casarnos aquí —dije bromeando y con una amplia sonrisa en mis labios.

—Ah, pero... ¿es que vas a casarte conmigo? —respondió en tono irónico haciendo que me sonrojase pero que también me echase a reír.

—¿Y lo que se ve ahí al lado? ¿Qué es ese edificio? —pregunté entusiasmada con aquella excursión por la finca.

—Ese es el invernadero. Creo recordar que en su interior hay más de doscientas especies tropicales, algunas bastante raras. Mi padre solía pasar muchas tardes allí dentro desde que le jubilaron; era un gran amante de la jardinería. Por ese motivo mamá decidió que debíamos enterrarle allí.

—¿Cómo?

—Sí, supongo que es un sitio poco usual para una tumba pero, total, tras su muerte apenas se usa. Las plantas nunca fueron el fuerte de mamá, ni el mío. Ahora tan solo entra el servicio para cuidar y regar las plantas. Supongo que a él le hubiese gustado la idea de pasar ahí la eternidad. Es como si todo el invernadero se hubiese convertido en su tumba. ¿No te parece una idea romántica?

—Vaya. Romántica no sé, pero cuanto menos es curiosa —respondí sorprendida por aquella extraña iniciativa.

—Sí, imagino que no es muy habitual, pero mi padre tampoco lo era. Estoy convencido de que le hubieses encantado —dijo mirándome con dulzura.

—Esto es enorme —dije cambiando de tema, sabiendo que hablar del coronel no era lo que más agradaba a Edward.

—Pues todavía no has visto lo más hermoso de la finca: el lago.

—¿Un lago?

—Uno enorme —respondió mientras seguía andando.

Tardamos como media hora en llegar a él, pero la caminata valió la pena. Era un

paraje de una belleza sin igual. Rodeado al este de un frondoso bosque y al oeste de una enorme pradera, el agua de aquel lago poseía todos los tonos de azul y verde que la mente humana era capaz de imaginar. Por un momento cerré los ojos y recordé los reportajes que veía en la televisión de niña. Como en un espejismo, rememoré las imágenes donde las aguas turquesas de los mares del Caribe me hacían soñar con viajes exóticos y enclaves paradisíacos. Nuevamente abrí los ojos para descubrir un pequeño pero práctico embarcadero al norte y una pequeña isla llena de vegetación exótica en el centro. El lago de Chelston no tenía nada que envidiar a muchos de los más bellos paisajes del mundo. Sentada en la orilla, podía imaginarme cómo debía de ser aquello en pleno verano. Cerré nuevamente los ojos y me dejé llevar por el sonido de los pájaros y el olor de la naturaleza.

—¿Se puede acceder a la isla? —pregunté tras unos instantes.

—Por supuesto. En el embarcadero hay una pequeña motora para poder acceder a ella. Antes, cuando era pequeño, solíamos hacer cenas allí. Me encantaba, me hacía sentir como Robinson Crusoe. Pasaba tardes enteras jugando allí con mi padre. Uno de estos días te llevaré, lo prometo. Vale la pena verla.

—Esto... esto es increíble —suspiré, sabiendo que vivir allí era de privilegiados—. Tenéis una casa de película.

—Creo que deberíamos volver a casa —dijo Edward mirando el reloj—. Es tarde y mamá nos estará esperando para comer. Ya has podido comprobar que la puntualidad es una de sus obsesiones —afirmó mientras se incorporaba y me ayudaba a levantarme.

Faltaba poco para la hora de la comida y los horarios en Chelston eran sagrados. La caminata de regreso se me hizo bastante más larga y tediosa. Cansada y con hambre, estaba deseosa de llegar. Entonces, abatida, recordé que aún quedaba la enorme escalinata de entrada, aquella que no valoré en su justa medida a mi llegada. Estábamos a punto de acceder a la casa cuando, al mirar para arriba, algo llamó mi atención en las ventanas superiores. Primero creí ver una sombra agitándose y luego, al girarme nuevamente y mirar con mayor detenimiento, me pareció como si una de las doncellas tratara de llamar mi atención haciéndome señales desde el ático. Primero no le di mucha importancia pero, al acercarme un poco más, pude ver con mayor perspectiva que lo que la chica había hecho era tratar de escribir un mensaje sobre el cristal, un mensaje que al echarle vaho se empezó a volver legible. Un mensaje que, con manos temblorosas y semblante lloroso, apenas consiguió esbozar y que decía algo así como: «Está e...».

—¿Qué miras? —preguntó Edward alzando la vista hacia aquella ventana.

Con rapidez, al verse sorprendida, la muchacha pasó un paño sobre el vidrio borrando cualquier huella del mismo y no dejando que pudiese acabar de leerlo. De un brinco, se alejó rápidamente de la ventana como temiendo ser vista.

—Emm... nada, nada, es que me había parecido ver un pájaro apoyado en aquella ventana —dije contrariada para salir del paso.

No solía mentir, de hecho, en aquel mismo instante me sentí sumamente mal por no haberle dicho la verdad a Edward, pero no quería crearle problemas a aquella chica. Además, algo en mi interior me decía que aquel mensaje era solo para mí, que era mejor no compartirlo. ¿Qué habría querido decir aquella chica con «Está e...»? No lo entendía. Sin embargo, viendo la reacción de la muchacha al ver que Edward la miraba, preferí ser prudente; no quería que acabase despedida. Con cautela, traté de disimular esperando a que más tarde, ya en la casa, pudiese hablar con ella y preguntarle sobre aquel enigmático mensaje. Seguro que todo tenía una explicación lógica.

—¿Y cuándo me enseñarás Chelston por dentro? —pregunté ansiosa por conocer la mansión.

—Si quieres, esta misma tarde.

—¡Perfecto! —exclamé con entusiasmo.

Subimos a la habitación para dejar las chaquetas y lavarnos las manos. El olor de la comida ya se percibía al entrar en la casa.

—Creo que me cambiaré también de ropa —dije al notar que, tras aquella caminata, mi ropa olía a sudor.

Ya en la mesa, Meredith nos preguntó por la visita a la finca y, nuevamente, no pude más que alabar la inigualable belleza del lugar. Era difícil no enamorarse de aquel paraje, y ella lo sabía. En el fondo, eso era lo que pretendía, que no me quisiese marchar.

La comida transcurrió, al igual que la cena de la noche anterior, de forma tranquila y silenciosa. Parecía que allí las charlas de sobremesa no se estilaban. En cuanto terminamos de comer, decidí disculparme y subir a la habitación a descansar un rato. Aquella caminata había terminado con mi vitalidad. Edward, en cambio, se quedó abajo tomando un café y hablando con su madre.

Al cabo de algo más de una hora, Edward subió a buscarme.

—¿Sigues queriendo ver el resto de la casa?

—Por supuesto —respondí.

—Visitaremos el ala oeste al completo, pero el ala este deberemos dejarla para otro momento. Tal y como ya te comentó mi madre, ahora está en obras y no es aconsejable pasar. La segunda y la tercera planta de esa ala están cerradas, solo pueden entrar los albañiles.

—Perfecto —respondí.

Por un segundo estuve tentada de hacer una pregunta. Si el ala este estaba cerrada, ¿qué hacía por la mañana la muchacha del servicio allí? En boca cerrada no entran moscas, pensé recordando el mensaje en el cristal. Aunque no desconfiaba en absoluto de Edward, ni de su madre, tampoco quería complicarle la vida a aquella chica sin ninguna necesidad. Ya habría tiempo de hablar con ella y aclarar la situación.

—¿Por dónde empezamos? —pregunté.

—La casa posee cuatro plantas: el sótano, donde se hallan las bodegas, las calderas y las dependencias del servicio; la planta baja, donde, además del comedor y diversos salones, está el salón de baile y la cocina; la primera planta, donde se encuentran las habitaciones más confortables y lujosas de la finca, y el ático. Al ático lo cierto es que apenas subimos. Antes, de pequeño, el ático era mi zona de juegos preferida y donde mi padre tenía su despacho. También hay una hermosa biblioteca y una sala de música que apenas se han hecho servir. Tú eliges, ¿por dónde quieres empezar?

—¿Quizás el ático? —pregunté, sabiendo que iba a disfrutar viendo donde jugaba Edward de niño.

—Tus deseos son órdenes —respondió agarrándome por la cintura y dándome un beso en la mejilla.

Subimos la escalera hasta la tercera planta y Edward me mostró la sala de música en primer lugar. En ella todavía se conservaban algunos viejos instrumentos que ahora descansaban sobre el piano y sobre una gran mesa. Era evidente que nadie usaba aquella hermosa estancia hacía mucho tiempo. Sus techos de artesonados de madera pintada a mano invitaban a pasarse horas admirándolos.

—¿Quién toca el piano? —pregunté con curiosidad.

—Mi madre, y era bastante buena, pero desde que murió mi padre no ha vuelto a usarlo.

—Pues es una lástima que un piano así esté sin usarse —respondí admirándolo y percatándome de que existían dos Chelston House: el de antes y el de después de la muerte del coronel.

Salimos de la sala y nos acercamos al despacho de su padre, una estancia cuyas paredes lucían forradas de paneles de nogal y cuyos muebles parecían de madera de roble maciza, como los que se hacían antes.

—¿Qué fue exactamente lo que le pasó a tu padre? —pregunté tratando de saber algo más sobre el coronel.

—Enfermó y murió. No hay mucho más que contar —dijo de forma cortante, dándome a entender que aquel tema no era para nada de su agrado.

Sin pararse demasiado en aquella estancia, Edward prosiguió la visita evitando dar demasiadas explicaciones. Estaba claro que hablar del coronel no era algo bien visto en Chelston.

Por último, entramos al cuarto de juegos. Aunque llevaba tiempo cerrada, aquella habitación conservaba absolutamente todos los elementos para que un niño disfrutase. Decorado con parqué y arrimaderos de cerezo, la calidez de aquel cuarto lo hacía extremadamente acogedor. Una antigua casa de muñecas, una gran maqueta con sus trenes, un caballito de madera, coches, peluches... y un sinfín de juguetes perfectamente conservados eran todavía parte del encanto de aquella estancia.

—¿Sabes cuántos niños matarían por un cuarto así?

—Lo sé, amor, sé que es una maravilla —dijo cerrando tras de sí la puerta de

color azul; la única puerta de color de toda la casa—. La verdad es que de niño me pasaba horas y horas jugando aquí arriba. Mi madre solía decir que perdía la noción del tiempo y que siempre tenían que andar llamándome para que bajase a cenar.

—No me extraña. Me encantaría tener una habitación así si algún día tenemos hijos —dije de forma impulsiva.

Tras aquella afirmación, Edward me miró con sorpresa, y yo, muerta de vergüenza, traté de disimular y salir del brete en el que yo sola me había metido.

Cuando terminamos con el ático, Edward me mostró todos los cuartos de la primera planta. La mayoría eran grandes habitaciones de estilo clásico que habían permanecido clausuradas por bastante tiempo. Era inevitable que un cierto aroma a cerrado saliese de ellas al abrir sus puertas, aunque el servicio se encargara de ventilarlas al menos una vez por semana. Sin embargo, la de su madre era especial. Adornada con coloridos tapices y cortinajes en tonos malva y rosados, aquella era una habitación claramente de mujer. Según me contó Edward, Meredith la había hecho redecorar un mes después de la pérdida del coronel. Su madre estaba tan apenada por su muerte que hizo cambiar todo aquello que le recordaba a él. Era su forma de enterrar el pasado y seguir adelante.

Pasamos casi toda la tarde recorriendo gran parte de la casa. Cada rincón era, si cabe, más atractivo que el anterior, cada habitación poseía personalidad propia, pero, de todas las estancias, mi preferida fue el cuarto de juegos. Aquella habitación era por mucho la más entrañable de toda la casa.

—Creo que habrá que dejar la planta baja y el sótano para más tarde, o para otro día; ya es casi la hora de cenar y supongo que querrás arreglarte antes de bajar —dijo Edward mirando su reloj.

—¿Me da tiempo? —pregunté viendo que era bastante tarde.

—Por supuesto. Yo, mientras tanto, bajaré a hacer compañía a mamá. Apenas he hablado con ella desde que llegamos ayer y la pobre lleva mucho tiempo sola. Es preferible estar con ella, antes de que vuelva a echarme en cara que no suelo venir a verla, o pretenda convencerte de que vivamos aquí.

Me dirigía hacia mi cuarto cuando al fondo del pasillo vi a dos de las doncellas hablando mientras sacaban el polvo de las repisas. Me acerqué a ellas, dispuesta a preguntarles sobre la muchacha que había visto por la mañana en el ático, cuando Thomas apareció de pronto saliendo de una de las habitaciones contiguas y fue sin dudarle a mi encuentro.

—Buenas tardes, señorita Kresley. ¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó con tono servicial.

—Puede que sí. Me preguntaba quién estaba limpiando esta mañana el ático del ala este.

—¿Del ala este? —repitió sorprendido por la pregunta.

—Ya sé que está cerrada, pero vi a una muchacha allí.

—Me temo que se equivoca, allí no pasa absolutamente nadie del servicio. Lo

tenemos prohibido —añadió con tono seco y poco amigable—. ¿Está usted segura de que no era en la primera planta, quizás?

—¿Cómo? —pregunté ahora yo, sorprendida por la ironía y lo poco apropiado de su respuesta.

—En el ala este no pudo ver a nadie —sentenció de forma cortante.

—Ya, bueno... quizás vi mal —respondí convencida de que me estaba ocultando algo.

—Si desea algo más... —apuntó con intención de retirarse.

—No, gracias —dije, y me dirigí a mi cuarto mientras él me observaba con un cierto recelo.

Entré en la habitación algo contrariada. Sabía perfectamente lo que había visto, y por mucho que Thomas se empeñase, no me iba a hacer dudar. Me refresqué la cara en el baño y, mientras me la secaba con la toalla, no dejaba de ver el rostro de aquella muchacha haciéndome señas desde el ático. ¿Qué me había querido decir?

Por otro lado, aunque la respuesta de Thomas se me hizo bastante seca, cortante y algo maleducada, como tratando de desviar mi atención, ¿por qué iba a ocultarme algo? No existía ninguna razón lógica para desconfiar de él, pensé luego sentada en la cama. A cada segundo que repasaba lo ocurrido con la chica, toda aquella historia se me hacía todavía más absurda. Recapacité y concluí que lo mejor era olvidarme de todo aquello y continuar disfrutando de aquellas idílicas vacaciones. Llena de energía y con bastante más hambre de la que imaginaba, me incorporé y salí del cuarto dispuesta para ir a cenar. Como siempre, un delicioso surtido de aromas a comida salían del comedor subiendo por las escaleras y haciendo que mi ya desatado apetito se incrementase todavía más. Bajé la escalera contenta de estar allí y me dirigí al comedor. Mientras, Edward entraba en el mismo del brazo de su madre.

III

EL CORONEL BENET

Ala mañana siguiente, mientras Edward leía plácidamente la prensa en el Salón Azul, volví a subir al ático. Lo cierto es que Chelston dejaba mucho tiempo libre para leer, deambular por la casa o dar largas caminatas al aire libre. Para alguien acostumbrado al trajín de la gran ciudad, aquella calma podía llegar a ser crispante. Sabía que podía ir donde quisiese de la casa siempre que no entrara en el ala este, así que aproveché para curiosear por mi propio pie. Aunque todavía había zonas de la casa que no conocía, me parecía más prudente esperar a que Edward me las enseñase. Por otra parte, el ático era, por mucho, la parte más entrañable de aquel lugar y la que albergaba mayor número de recuerdos, así que decidí volver a subir. A diferencia del día anterior, esta vez, en lugar de pasarme casi todo el tiempo en el cuarto de juegos, entré en el despacho del coronel, ávida por saber algo más sobre él. De hecho, el día anterior con Edward apenas habíamos estado cinco minutos allí; parecía no sentirse demasiado cómodo en esa habitación. Por otro lado, el hecho de que su nombre fuese casi un tabú le convertía en un personaje especialmente atractivo, misterioso. La verdad es que Edward apenas hablaba de su padre y Meredith ni tan siquiera solía mencionarlo.

Entré en la sala con sigilo, como temiendo ser descubierta, como sintiendo que estaba usurpando algo íntimo, privado, algo que no debía mirar. Abrí las cortinas y dejé que la luz invadiese aquella estancia. Allí, frente a la mesa, un gran retrato del coronel presidía la sala. Medio tapado por una vieja y roída tela de color burdeos, el cuadro parecía no querer ser mostrado. Por lo que pude apreciar, ese era el único retrato que todavía había de él en la casa, al menos a la vista. Corrí la tela para poder ver bien aquella imagen. Parada frente a él, pude observar que el coronel había sido un hombre muy apuesto y que Edward se parecía bastante más a su madre que a él. Tan solo la altura y el color oscuro y lo lacio de sus cabellos recordaban a su padre. Sin embargo, seguía sin comprender por qué tan solo se conservaba un retrato suyo en toda la casa y, además, por qué lo tenían medio oculto en el que un día fuera su despacho. Por otra parte, aquel silencio, aquel secretismo sobre su persona, se me hacía muy extraño. ¿Qué enfermedad debió ser la culpable de su fallecimiento?, pensé. Admirando nuevamente su retrato, observé la firma del pintor y la fecha de su ejecución: James Houston, febrero 2010. A juzgar por aquella información, el retrato probablemente había sido terminado días antes de su muerte, pero, por el aspecto que presentaba la imagen, nada hacía sospechar que aquel hombre estuviera gravemente enfermo, a menos que el pintor hubiese sido generoso a la hora de inmortalizarle. Luego, por prudencia, me encaramé a una silla y volví a cubrir el lienzo no sin cierta

dificultad. Tras bajarme, seguí husmeado por la habitación.

Sobre la mesa del despacho todavía había algunos papeles amontonados, como si estuviesen esperando a que el coronel entrase en cualquier momento a revisarlos. Acerqué a la mesa aquella silla tapizada que había en un lateral de la habitación y, tras soplar ligeramente aquella montaña de papel a fin de quitar el exceso de polvo que sobre ella había, empecé a leer algunos documentos. Probablemente no debería haberlo hecho, no al menos sin el consentimiento de Edward, pero estaba tan a gusto en aquella habitación y era tanta la curiosidad que sentía que no le di mucha importancia. La mayoría de los papeles eran informes de temas relacionados con la comandancia a la cual él pertenecía, papeles sin apenas relevancia que posiblemente nadie sabía dónde guardar. Cuando hube terminado de hojear aquel montón de hojarasca, decidí echar un vistazo a los cajones de la mesa. Abrí lentamente el cajón de la derecha, no sin sentirme algo culpable, y miré en su interior. Algunas cartas, un par de mugrientos gemelos, una vieja pluma y un pequeño pisapapeles de cristal era todo lo que había dentro. Ojeé una de aquellas cartas con cuidado de no dañar el sobre. Eran, sin lugar a dudas, cartas de Meredith, cartas donde ella afirmaba echarle de menos y le explicaba cosas sobre Edward y sobre la finca. Seguramente habían sido enviadas durante aquellos periodos en que sus obligaciones le mantenían lejos de Chelston House, pensé. Luego, tras colocar nuevamente todo en su sitio, abrí el segundo cajón no sin un cierto esfuerzo; parecía estar atascado. Allí no había nada salvo un par de llaves, dos llaves grandes, doradas y aparentemente antiguas pero sin etiqueta alguna. Las cogí y las observé durante unos instantes preguntándome qué puertas abrirían. Entonces, en el pasillo oí unos pasos que se acercaban al despacho. Sin dudar, dejé las llaves en su sitio y cerré con premura el cajón. Por unos instantes sentí que el corazón bombeaba más rápido de lo normal. Era el sentimiento de culpa por estar tocando algo que no debía. Me acordé entonces cuando, de niña, mamá me sorprendía hurgando en el cajón de sus joyas. Me gustaban tanto aquellos collares que no podía evitar jugar con ellos, aun a riesgo de romper alguno o de que luego me castigasen.

—Te andaba buscando. ¿Qué... qué haces aquí? —preguntó Edward asomándose por la puerta del despacho.

—Estaba aburrida y decidí dar un paseo por la casa.

—Ya.

—Sentía curiosidad sobre tu padre. Por lo que he podido ver en ese cuadro, era un hombre muy atractivo. Tienes algunas cosas de él, aunque te pareces más a tu madre —dije observando nuevamente aquel retrato.

—Mi padre no se parecía a nadie... ¡a nadie! —respondió con un tono más fuerte de lo habitual.

—¿Qué te ocurre? ¿A qué viene esto? —pregunté desconcertada.

—No es nada, solo que era un hombre especial e irrepetible. No me gusta hablar de él. Lo siento, cielo, no debí contestarte así.

Le miré extrañada. No entendía qué era aquello que le disgustaba tanto de parecerse en algo a su padre. Nuevamente tenía la sensación de que me estaba perdiendo algo, de que Chelston escondía entre sus muros muchos secretos de familia, demasiados. Miré a Edward fijamente y, aun temiendo su respuesta, pregunté:

—Edward, ¿por qué no me cuentas de una vez de qué murió tu padre? ¿Por qué tantos secretos en torno a su figura?

—¡Qué más da de qué muriese! Parece como si hablar de su muerte te diese morbo —respondió mostrando claramente que aquella pregunta no había sido oportuna.

—No es morbo, solo pura curiosidad. Además, si no es importante, ¿por qué todo lo que envuelve a la figura de tu padre parece ser un tema tabú? No entiendo a qué viene tanto misterio.

—Amanda, hay cosas que es mejor olvidar. Para mi madre fue un periodo muy duro, traumático. En cuestión de dos meses perdió a su marido. ¿Te parece suficiente razón para querer olvidar el pasado?

Viendo el disgusto y el enfado que asomaban en sus ojos decidí dejar de preguntar. Tras un breve silencio, Edward cambió de tema:

—Mamá quiere dar una vuelta por el recinto con los caballos aprovechando que hace buen día. ¿Vienes con nosotros? —preguntó aún con la expresión de disgusto en sus ojos.

—Yo... aunque me encantan los caballos, te recuerdo que no sé montar, no tengo ni idea.

—Es cierto, olvidaba que te criaste en la ciudad y que montar a caballo no es tan habitual —respondió con una amplia sonrisa.

—Si fuese montar en bicicleta, aún —añadí con ironía.

—¿Te molesta si la acompaño? Hace mucho que no monto y lo cierto es que lo echo bastante de menos.

—No, por supuesto que no, pero antes de irnos has de enseñarme a montar. Así al menos no me sentiré tan torpe.

—Eso está hecho —respondió algo más relajado—. Pero ¿qué vas a hacer hasta que regresemos?

—Mientras estáis fuera, aprovecharé y le pediré a Thomas que me enseñe el resto de la casa.

—Esa es una buena idea. Te acompaño hasta abajo y ya le pido yo que te lo enseñe todo.

Thomas era un hombre excesivamente serio y más bien parco en palabras. Daba la sensación de que estaba enfadado con el mundo. Llevaba con la familia toda la vida y conocía perfectamente todos sus secretos, o al menos gran parte de ellos. Según me contó Edward, Thomas jamás se había casado, aunque no por falta de ganas. Hacía años, cuando él era tan solo un niño, según le contó su madre, hubo una

mujer. Ella trabajaba también en Chelston como doncella, pero la mala suerte quiso que la madre de esta enfermase y ella se terminó marchando de allí para nunca volver. Edward estaba convencido de que el mayordomo jamás llegó a olvidarla. De hecho, él no recordaba haberle visto con ninguna otra mujer. Edward siempre decía que si aquella chica no se hubiese marchado, su carácter tal vez no se hubiese agriado de aquel modo. Fuera como fuera, Thomas daba la impresión de ser un hombre solitario, huraño, lleno de manías y con muy poca paciencia. Sin embargo, y pese a sus rarezas, Edward le tenía un cariño especial, quizás fruto del tiempo. Por otra parte, había que reconocer que, pese a su carácter, como mayordomo era un gran profesional.

Aunque su actitud no invitaba a confraternizar demasiado, traté de romper el hielo:

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dije, tratando de acercarme algo más a él.

—Por supuesto, señorita Kresley.

—¿Qué fue lo que le pasó al coronel? —Quería saber algo más sobre aquel hombre.

—Solo sé que enfermó. La señora le dejó la estancia del ala este para él, con el fin de que no contagiase a nadie. Solo el médico tenía acceso al lugar, nadie más. Fue una época difícil para la señora y para todos.

Aquella respuesta solo hacía incrementar aún más mi curiosidad.

—¿De qué enfermó?

—Nunca me lo llegaron a decir —respondió de forma parca y, al parecer, molesto.

—¿Y qué hay exactamente en el ala este?

—Nada. Tal y como le comentó la señora Stewart, está en obras, no se puede acceder a ella, no es segura.

—¿Y qué había allí antes de las obras? —Sabía que estaba siendo pesada con tanta pregunta.

—Poca cosa. El dormitorio principal de los señores, alguna pequeña estancia, dos baños y también el antiguo despacho del señor.

—¿El despacho? Pero ¿y el que hay en esta ala?

—Ese se construyó unos meses después del fallecimiento del señor —respondió con reticencia.

A medida que iba averiguando cosas sobre aquella familia, me surgían nuevos interrogantes y entendía menos su forma de actuar. ¿Para qué querría alguien una réplica del despacho del coronel si él no iba a usarlo? Y si el dormitorio principal estaba en el ala este, ¿por qué afirmaba Edward que su madre había cambiado la decoración de su actual dormitorio para que no le recordase al coronel? Lo que a todas luces tenía claro es que el ala este parecía ser el centro de todos los secretos.

—Esta es la sala de baile —dijo Thomas abriendo las puertas de la estancia—. Aquí se solían celebrar numerosas recepciones cuando el coronel estaba vivo. Ahora

hace mucho que no se utiliza.

—¡Guauuu! —dije sin poder reprimirme y seguramente pareciendo a ojos de Thomas una cateta de pueblo.

La sala era impresionante. Revestida en mármol rosado, con grandes espejos en las paredes y espectaculares lámparas de araña, aquella habitación era como sacada de un palacio. Al otro lado, las grandes cristaleras con sus hermosas vistas al jardín realzaban la belleza natural de aquella estancia. Por unos instantes, sentí unas tremendas ganas de bailar y, observando mi reflejo en los espejos, se me hizo fácil imaginar aquellas fiestas de la alta sociedad inglesa. Bailes de máscaras, vestidos de época, hermosas damas y apuestos caballeros bailando sin parar hasta altas horas de la madrugada... en mi mente aquel cúmulo de imágenes revoloteaban haciéndome soñar despierta. Tener aquella habitación cerrada parecía algo inaudito, una sala así estaba destinada a ser usada con una cierta frecuencia. A buen seguro que aquellas paredes habrían vivido amores intensos y veladas inolvidables.

Salimos de allí y avanzamos por el pasillo hasta llegar a la siguiente sala. Thomas, con aquella frialdad que le caracterizaba, me enseñó uno por uno todos los pequeños salones de la primera planta. El Salón Chino, el Salón Ámbar, el Salón Azul, la sala del té, la sala de costura... cada uno parecía tener un eje temático distinto y perfectamente cuidado. Para este tipo de cosas, Meredith era perfecta. Con ella cada detalle se convertía en un mundo de matices y colores que difícilmente te dejaba indiferente.

Después de recorrer todos aquellos salones, Thomas me llevó hasta la gran cocina. Allí, un importante número de empleados se afanaba en preparar toda suerte de deliciosos platos. Era obvio que para Meredith esa era una de las principales arterias de la casa. El ir y venir de personal era frenético en aquella zona. Comidas, manteles, plancha, lavadoras... siempre había personal merodeando.

Cuando acabó de mostrarme la cocina y la despensa, bajamos al sótano, donde visitamos la bodega. En un ambiente húmedo y más bien frío, una amplia selección de los mejores vinos y licores aguardaban a ser bebidos. Por lo que había podido apreciar, Meredith apenas bebía, con lo que cabía suponer que la bodega se usaba tan solo por la noche, cuando Edward y, en su momento, el coronel tomaban algún que otro digestivo, o en grandes ocasiones. Desde la muerte del coronel aquel lugar no parecía albergar demasiado movimiento.

Por último, Thomas me llevó hasta las dependencias del servicio, una zona bastante más austera que las anteriores, aunque con todo lo necesario para vivir confortablemente.

—¿Cuánta gente trabaja en Chelston? —pregunté, viendo la gran cantidad de habitaciones que había.

—Unas treinta personas aproximadamente.

—¡Es mucha gente! —exclamé sorprendida.

—Una mansión así no se puede llevar con menos personal. Tan solo en limpieza,

cocina y jardines... las horas pasan volando.

Una vez terminamos la visita, Thomas se retiró, dejándome sola en el Salón Chino. Según me comentó, aquel curioso salón había recibido su nombre gracias a su decoración y las telas que forraban sus paredes. Por lo visto, el coronel las hizo traer años atrás, junto con diversos jarrones y figuras de ámbar y jade, expresamente de China tras una de sus expediciones. A mí particularmente me gustaba más cualquiera de los otros salones, aquel exceso de colorido típico de las culturas orientales me parecía demasiado estridente.

Debía de llevar apenas diez minutos en la sala hojeando unas revistas cuando Edward y Meredith entraron en ella.

—Buenos días, Amanda —dijo Meredith al entrar—. ¡Qué lástima que no sepas montar! Te perdiste un paseo sublime. A ver si aprendes y la próxima vez nos acompañas.

—Ya aprenderá, mamá, démosle tiempo —apuntó Edward mientras me besaba en la frente—. ¿Qué tal con Thomas?

—Muy agradable.

Con una leve sonrisa cargada de ironía, Edward añadió:

—Amable puede, pero agradable... Thomas no se distingue por ser muy sociable precisamente. A eso le llamo yo ser excesivamente diplomática —añadió entre risas.

—En eso llevas razón, no es muy hablador que se diga. ¿Es siempre tan serio?

—Es parte de su oficio: discreción y contención. Son dos normas básicas para un buen mayordomo y, en general, para todo el servicio —respondió Meredith.

—Ya, mamá, pero se puede ser discreto y contenido sin dejar de ser simpático —añadió Edward—. Thomas no sonríe ni por casualidad, parece como si esa habilidad se le hubiese olvidado.

—La comida ya está servida; cuando quieran, pueden pasar al comedor —dijo Thomas abriendo súbitamente la puerta de la sala.

—¿Nos habrá oído? —le pregunté en voz baja a Edward.

—Es posible, pero si sirve para que tome nota y mejore, será excelente —respondió con tono socarrón.

—¡Qué malo eres! —respondí entre risas.

Meredith giró la cabeza y nos miró de reojo con aire crítico llevándose el dedo índice a la boca en señal de silencio. Aunque éramos conscientes de que tenía razón, aquel gesto, en lugar de hacernos parar, hizo que todavía nos entrasen más ganas de reír. Parecíamos dos niños tras la bronca de la profesora.

Nos sentamos a comer y, para variar, un desfile de platos surtió la mesa en cuestión de segundos. Tras una deliciosa crema de verduras con champiñones y una copiosa pularda rellena de piñones y orejones, apenas me quedaba espacio para probar la tarta de manzana que relucía sobre el carro de los postres.

—Comes muy poco, jovencita —dijo Meredith, viendo que tan solo probaba una pequeña esquina del pastel.

—Está todo buenísimo, pero es mucho para mí.

—A juzgar por tu complexión, no parece que tengas tendencia a engordar —dijo ella a modo de supuesto cumplido, aunque haciéndome sentir como un cerdo al que hay que engordar antes de llevarlo al matadero—. Aunque, francamente, es preferible así —añadió, acabando de hacerme sentir como una mercancía.

—No, la verdad es que de jovencita estaba incluso demasiado delgada —respondí recordando la época en que mi madre, preocupada por mi extrema delgadez, me hacía ingerir aceite de hígado de bacalao para avivar mi apetito.

Meredith no parecía una mujer muy dada a grandes halagos. Por el contrario, sus observaciones solían ser más bien críticas. En el fondo, me daba la impresión de que era ella la que esperaba siempre ser el centro de todas las miradas. Por otra parte, pese a disfrutar enormemente de aquellos despliegues culinarios, ella comía lo justo. Al parecer, esa era la única forma de conservar su envidiable aspecto.

—He pensado que cuando terminemos de comer podemos bajar a la ciudad a dar una vuelta. Grantham es la ciudad más cercana. Es pequeña, pero no está del todo mal —interrumpió Edward—. Así nos aireamos un rato.

—¿A qué distancia está?

—A una hora aproximadamente.

—¿Y no hay nada más cerca?

—Tan solo pequeños pueblos. Nada interesante.

—Bien. Me parece una buena idea —respondí con ganas de salir un rato de entre aquellas paredes.

—Preguntadle a Thomas si necesita algo de la ciudad. Hace más de diez días que trajeron el último pedido y es posible que necesite alguna cosa —añadió Meredith.

—Perfecto —contestó Edward.

—¿Vas a llevarte a Henry? —preguntó su madre con la intención de avisar al chófer.

—No, me apetece conducir a mí.

Afortunadamente, el trayecto no era demasiado largo y en algo menos de una hora llegamos a la ciudad. A diferencia de cuando llegamos a Chelston, esta vez decidí reclinar la cabeza hacia un lado y echarme una cabezadita. Aunque el paisaje de la campiña de Lincolnshire era hermoso, adoraba dejarme llevar por el traqueteo del coche y ceder al sueño que, por otra parte, tras aquella gran comilona, clamaba a gritos su presencia. Desperté pocos minutos antes de entrar a la ciudad.

—Pensaba pasear tranquilamente contigo, pero tengo que ir a la droguería a por varios productos que me ha encargado Thomas. Si quieres, aprovecha para ver las tiendas del paseo principal y te recojo en una hora —dijo Edward, sabiendo cuánto adoraba ir de compras y cuánto lo detestaba él—. Si luego nos da tiempo, podemos tomar algo en alguna de las cafeterías del paseo.

—Perfecto —contesté sin dudar—. Nos encontraremos aquí en una hora.

El paseo no era excesivamente largo, pero sí suficiente para pasar un rato

agradable viendo ropa y complementos. Además, el tiempo, extraordinariamente apacible para aquella época del año, invitaba a pasear al aire libre. Si terminaba antes de la hora, siempre podía sentarme en una de aquellas cafeterías y tomarme un refresco hasta que Edward llegase.

Las calles estaban perfectamente cuidadas y repletas de pequeños parterres con flores de gran colorido. Las tiendas, por su parte, poseían un encanto especial, en particular aquellas dedicadas a la alimentación, pues tenían en su decoración un evidente aire rústico. Aquella ciudad no tenía nada que ver con Londres, incluso la forma de vestir de sus gentes era más funcional, más sencilla.

Debía de estar a mitad del paseo cuando en el escaparate de una de las tiendas de moda vi un hermoso vestido. Era un vestido precioso y muy elegante que captaba la atención de cualquier mujer que pasara por ahí. Aunque no había ido a la ciudad con la intención de comprarme nada, y menos aun ropa, decidí entrar en la tienda y probarme aquel traje crudo de gasa natural y corte imperio cuya cintura entallada se anudaba a la espalda con una hermosa cinta de terciopelo rosado. Salí del probador y me miré en el espejo entusiasmada. Era realmente bonito y, pese a que no era excesivamente barato, me lo podía permitir. Además, teniendo en cuenta el extenso vestuario de Meredith, seguro que surgía la ocasión de poder lucirlo.

—Tiene usted buen gusto —apuntó la dependienta—. Este traje es un clásico y cada año lo reponemos. Solo hay que ver la calidad de las gasas.

Estaba ya decidida a quedármelo y a punto de volver a entrar al probador para quitarme el vestido cuando, al girarme para regresar al vestidor, le vi. Estaba allí, como absorto por la visión, frente al escaparate. Edward me miraba desde el exterior de la tienda fijamente. Por lo visto, había terminado sus recados antes de tiempo y había venido a por mí. En ese mismo instante entró en la tienda como alma que lleva el diablo.

—¿A que es bonito? —pregunté encantada, esperando que la opinión de Edward reafirmase la mía.

—¿Qué haces con ese vestido?

—Pues... probármelo. ¿Qué otra cosa crees que puedo estar haciendo? —contesté sorprendida y sin alcanzar a comprender a qué venía aquel arranque.

—Quítatelo ahora mismo y vámonos, es tarde.

—¿Tarde? —pregunté mirando el reloj—. Pero... es que me lo quería quedar. ¿Qué es lo que ocurre? —añadí sin entender a qué venía tanta premura.

—No me gusta y no te queda bien —respondió de forma cortante rozando la mala educación.

Viendo su reacción tan brusca, pensé que era mejor quitármelo y dejarlo estar. No entendía qué es lo que estaba pasando, pero no me apetecía empezar a discutir en mitad de aquella tienda, y menos sin saber la razón de aquel enfado. Mientras, las dependientas nos miraban sorprendidas por el revuelo que estábamos organizando. Opté por respirar hondo y esperar a que, de camino a casa, me explicase a qué había

venido aquello. Lo único que me sabía realmente mal era no llevarme el precioso vestido conmigo. Cuando salíamos de la tienda, las dependientas seguían mirándonos contrariadas.

Nada más salir de allí y subir al coche, Edward trató de disculparse; sabía que su comportamiento no tenía justificación alguna. Sentado en el coche, respiró hondo e intentó darme una explicación coherente de lo que había ocurrido. Según me contó, se había enfadado con el responsable de la droguería por culpa de un desafortunado malentendido. Al parecer, el hombre había pensado que Edward iba a irse sin pagar la compra cuando lo único que estaba haciendo era devolver la cesta al montón que había en la entrada del establecimiento antes de pasar por caja. Nunca en su vida había pasado tanta vergüenza. No estaba acostumbrado a que nadie le llamase la atención, y menos de aquella forma. Esa había sido, según él, la única razón de su mal humor y de su prurito al entrar en la tienda. Acostumbrado a la forma de hacer de Manhattan, donde dejar la cesta antes de ir a caja era de lo más habitual, el provincianismo y falta de tacto de aquella pequeña ciudad y de su gente le habían sacado de sus casillas. Ya no recordaba lo distinto que podía llegar a ser aquello frente a cualquier gran ciudad. Mientras trataba de explicarse, su rostro fue serenándose y aquella expresión de rabia y descontento fue dejando paso a una bastante más relajada. Parecía que por fin había recuperado la cordura.

—Lo siento, de verdad —dijo dándome un beso en la mejilla—. Me he comportado como un imbécil.

Le miré de reojo sin querer hablar. Todavía estaba disgustada y dolida y no me sentía con ganas de oír sus excusas. Él me miró abatido, cabizbajo, como solía hacer cuando se sentía culpable, con aquellos ojos de perrito indefenso, de cordero degollado, que me ablandaron y me hicieron finalmente ceder. En el fondo, Edward no dejaba de ser un gran seductor que sabía perfectamente cómo convencerme y conseguir de mí lo que quería en cada momento. Esa habilidad casi innata de llevarme a donde él quería hacía que me sintiese algo débil e insegura a la hora de discutir con él.

—Te perdono, pero que sepas que me debes un vestido —añadí, tratando de que al menos aquella situación me reportara algún beneficio.

—Por supuesto, amor, sé que he sido un maleducado, lo siento —dijo arrepentido, besándome las manos con dulzura y encendiendo el motor del coche—. Cuando lleguemos a Nueva York te compras lo que quieras.

—¿Regresamos ya? —pregunté sorprendida por lo temprano que todavía era—. Podríamos tomar un refresco en alguna de estas terrazas.

—Sí, sé que te lo prometí, pero tengo muchas ganas de llegar a Chelston House y ponerme cómodo. Estoy cansado y siempre podemos tomar un refresco en el porche de casa —respondió él sin dar lugar a otra alternativa.

Nuevamente me besó con ternura y, sin dar más explicaciones, se dispuso a emprender el camino de regreso. Aunque tenía muchos motivos para seguir enfadada

y para no perdonarle, decidí hacer borrón y cuenta nueva. Solo una mujer enamorada, como yo lo estaba de Edward, se hubiese creído sin dudar aquella ridícula explicación.

IV

EN MITAD DE LA NOCHE

Llegamos a Chelston casi a la hora de cenar. Empezaba a oscurecer y la casi ausencia de estrellas hacía que la mansión tuviese un aspecto diferente, inquietante, casi siniestro. Aquella imagen, tan distinta a la primera que tuve de Chelston, parecía querer presagiar algo terrible. Miré al cielo durante unos instantes, ya que, a juzgar por el viento y lo oscuro de las nubes, en cualquier momento podía empezar a llover. Al menos, saber que de habernos quedado en Grantham nos hubiésemos terminado mojando, me servía de consuelo. Bajamos del coche y, tras saludar brevemente a Meredith, subimos a la habitación para asearnos antes de cenar. Al bajar, la madre de Edward ya nos estaba esperando, como de costumbre, sentada en el comedor. A juzgar por su atuendo, su peinado y la perfección de su maquillaje, debía de haberse pasado bastante rato frente al espejo. Era como si cada comida, cada cena, fuesen para ella la excusa perfecta para desplegar todo su arsenal de belleza. Como si la única posibilidad que le quedara de arreglarse, de verse resplandeciente y hermosa, fuese ese tipo de ocasiones. Como siempre, Thomas estaba de pie a la entrada del comedor, serio, inexpresivo y atento para abrirnos la puerta.

—Ahora que ya os habéis puesto cómodos, contadme, ¿qué tal por Grantham? —preguntó Meredith al vernos entrar.

—Bien —respondió Edward sin dar mayores detalles. Sabía por el tono apesadumbrado y seco de su voz que todavía estaba bastante contrariado.

—Siempre he pensado que esa ciudad es gris y tremendamente aburrida, aunque, en cualquier caso, salvo Londres, el resto de ciudades cercanas a Chelston no poseen demasiados atractivos a mi entender. —Meredith me miró fijamente, como esperando mi opinión.

—La verdad es que no conozco demasiado la zona.

—No te pierdes demasiado, querida —remarcó con efusividad—. Los pueblos de la campiña inglesa no son precisamente famosos por la vida social que hay en ellos. Son pintorescos, y muy hermosos, pero, salvo por los borrachos que frecuentan las tabernas, son de una sosería extrema.

Mientras hablábamos, una de las doncellas nos fue sirviendo caldo de pollo, cuyo delicioso olor impregnaba la sala. Además, teniendo en cuenta que fuera había refrescado, tomar algo caliente iba a ser muy reconfortante.

—Mamá, tú no eres para nada objetiva —replicó Edward con una sonrisa—. Piensa que para mi madre cualquier ciudad donde no haya las mejores tiendas de marca, los mejores teatros, salas de fiesta y museos no vale la pena.

—Para ver paisajes idílicos, sinceramente, me quedo en Chelston House. ¿Qué

necesidad tengo de hacer kilómetros? —apuntó ella no sin parte de razón.

—¿Va mucho a Londres? —pregunté, asumiendo por la conversación que ese era el único destino fuera de Chelston que Meredith quería, o debía, frecuentar.

—Solo para los grandes estrenos de teatro, o cuando inauguran una exposición interesante —respondió pensativa—. Antes, cuando aún vivía el coronel, solíamos ir de vez en cuando a visitar a algunos amigos, a fiestas... —Un dejo de nostalgia cubrió sus últimas palabras—. Ahora, sola, todo se hace más complicado.

—Sí, es cierto, antes ibas bastante más —ratificó Edward.

—¡Cómo echo de menos aquello! —Meredith suspiró y se quedó por un instante en silencio, como inmersa en sus recuerdos—. Eran otros tiempos.

Por primera vez desde que habíamos llegado, salía a relucir en una charla la figura del coronel. Los ojos de Meredith brillaron con luz propia para luego humedecerse. Indudablemente, aquella mujer parecía no haber superado aún la muerte de su esposo; todavía lloraba su ausencia. Por unos momentos su fría careta parecía haber cedido el paso a un rostro mucho más humano.

—Bueno, también me acerco cuando he de renovar mi armario, aunque ahora hace mucho que no necesito tanta ropa. Desde hace tiempo ya no organizo tantos eventos y veladas como antes. Estando sola no tiene demasiado sentido, además del trabajo que siempre dan estas cosas.

Nos retiraron los platos soperos y nos sirvieron el pescado.

—Pues es una lástima, con la casa tan bonita que tiene... Si yo tuviese una casa y una sala de baile así, le aseguro que no pararía de dar fiestas.

Meredith se quedó en silencio, parecía pensativa, como si estuviera planeando algo. Edward y yo nos miramos con curiosidad, sin saber qué estaría pasando por su mente y temiendo lo peor. Tras unos minutos de silencio en los que parecía estar completamente ausente del mundo, respondió:

—¿Sabes lo que he decidido? —dijo de pronto saliendo del trance—. Que tienes toda la razón, es una lástima desaprovechar el salón de baile. Estaría bien organizar una fiesta en vuestro honor, sería una bonita forma de devolverle la vida a Chelston.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —preguntó Edward algo contrariado por aquella nueva.

Pude ver que aquella propuesta no le entusiasmaba precisamente, y un atisbo de preocupación afloró en sus ojos de forma inmediata.

—Pero, mamá, será una broma, ¿no?

—Creo que con tres días de margen para la organización y las invitaciones será suficiente —Meredith continuó con su monólogo sin prestarle la menor atención a Edward—. ¿Te parece bien que la demos el próximo jueves? Todavía estáis aquí y da tiempo a organizarla.

—Por mí no existe ningún problema —respondí emocionada. La verdad es que la propuesta me parecía de lo más divertida. Ver aquella hermosa sala de baile en plena ebullición era una idea que me encantaba. Por otra parte, Chelston era un lugar hermoso, pero el exceso de tranquilidad y la monotonía resultaban cansados.

Edward miraba a su madre como si no diera crédito a lo que estaba ocurriendo. Aquella idea no parecía que le gustara en absoluto, y el hecho de que Meredith no le prestase atención, todavía menos.

—Bien, Edward nos llevará mañana a Londres para que podamos comprar lo necesario para el evento. No deberíamos levantarnos demasiado tarde.

—¿Londres? —pregunté extrañada.

—Ya, bueno, yo... como tú quieras, mamá —la situación se había descontrolado—, pero ¿quieres decir que hace falta dar una fiesta ahora, así, con prisas, de la noche a la mañana?

—Tenemos mucho que hacer de aquí al jueves —dijo Meredith con entusiasmo y desoyendo las prudentes palabras de su hijo—. Comprar trajes, encargar los arreglos, las invitaciones... —Tras unos segundos en que parecía estar ausente, Meredith reanudó nuevamente su discurso con más vehemencia—: Va a ser maravilloso, Chelston volverá a brillar como antes.

Edward no podía evitar mirar a su madre con una especie de recelo, era evidente que todo aquello no terminaba de convencerle. Recuperada la calma, tanto Meredith como yo degustamos aquella exquisita tarta de limón, la misma que Edward dejó en el plato, falto de apetito al verse sobrepasado por los acontecimientos.

—Creo que ahora me tomaré una copita de vino dulce. ¿Me acompañas, jovencita? —Meredith me tomó de la mano y se levantó de la mesa dispuesta a ir al Salón Azul—. Estoy convencida de que nos lo vamos a pasar muy bien. ¿Has asistido alguna vez a un baile de estas características?

—No, pero la idea me encanta —respondí sin poder evitar sentirme algo insignificante.

—Te va a gustar mucho, estoy segura. Te presentaré a la gente más influyente de la zona. Supongo que sabrás al menos lo básico sobre bailes de salón, ¿no?

—Bueno, supongo que sí.

—En el peor de los casos, déjate llevar por Edward, es un gran bailarín.

Yo apenas solía beber, de hecho, ni siquiera recordaba cuál había sido la última ocasión en que había tomado una copa pero, por no faltarle al respeto o darle un disgusto a Meredith, decidí apuntarme a su iniciativa. Por una copita de moscatel tampoco iba a emborracharme, pensé. En cualquier caso, la cama tampoco andaba muy lejos.

—Thomas, tomaremos unas copas de vino dulce en el Salón Azul.

—Por supuesto, señora —respondió el mayordomo retirándose a por copas a la cocina.

—Mañana informaré al servicio del tema. —A Meredith se le notaba la emoción en el rostro—. Habrá que cursar las invitaciones, encargar todo lo necesario para hacer los canapés, comprar las bebidas y los adornos...

La expresión de Edward era un poema, era como si no reconociese a su propia madre. Parecía que por fin la vida había vuelto a Chelston House, pero nadie tenía

claro si aquello iba a ser positivo o, por el contrario, se había abierto un frente difícil de controlar.

—Meredith —de pronto caí en la cuenta de algo importante—, yo no me he traído ropa de vestir. No pensé que fuésemos a tener ningún evento de esta índole —apunté dándome cuenta de que no había llevado nada adecuado para tal ocasión, y posiblemente tampoco hubiese tenido en mi armario nada como para codearme con Meredith.

—Tranquila, no hay razón para angustiarse. En Londres están los mejores modistos. Nada que no pueda solucionar mi tarjeta de crédito.

Parecía que aquella idea le había dado un motivo para ser feliz. El porte tan sumamente sobrio y contenido de los primeros días había cedido paso a una mujer hasta el momento desconocida, al menos para mí. Sus ojos brillaban y rebosaban alegría, hasta los rasgos de su cara parecían haberse dulcificado. Era como si algo en su interior hubiese provocado un alud de emociones, como si Meredith hubiese renacido de sus cenizas. Por primera vez en todo el tiempo que llevábamos en Chelston, Meredith me estaba mostrando su cara más humana, la más entrañable, la más cercana y posiblemente también la más vulnerable. Por primera vez desde nuestra llegada sentí una cierta comodidad en su presencia. Por el contrario, a Edward no parecía agradarle demasiado aquella faceta de su madre. La miraba preocupado, como si temiese que aquel entusiasmo derivase en una situación peligrosa o fuera de todo control.

—Mañana me ayudarás a elaborar la lista de invitados, cariño —dijo dirigiéndose a Edward, que todavía parecía estar en estado de *shock*—. Tenemos mucho que hacer.

—Sí, claro, mamá —respondió Edward mirándome sorprendido mientras yo daba un sorbo a la copa de moscatel que me acaban de servir—. ¿Qué...? —Trató de preguntar al verme con una copa en la mano. Yo me encogí de hombros dándole a entender que por una vez no iba a pasar nada.

—En cuanto a ti, Amanda, espero contar con tu ayuda para organizarlo todo; algún día serás tú la anfitriona de esta casa y te aseguro que no es una tarea fácil.

Una mirada cómplice acompañó las últimas palabras. Sentí que mis mejillas se sonrojaban y el moscatel se me atragantó, haciéndome toser. Miré a Edward buscando respaldo y una respuesta adecuada ante aquella insinuación, pero él parecía ausente, pensativo. Aquel cambio de actitud en Meredith nos dejó a ambos fuera de juego.

—Por supuesto, estaré encantada de ayudarla.

—Por cierto, creo que, si vamos a ser familia, podrías dejar de llamarme de usted, ¿no? —dijo, provocando que Edward girase la cabeza súbitamente.

—Perfecto, encantada —respondí algo descolocada por aquella súbita familiaridad. Sabía que no iba a ser capaz de tutearla, pero en aquel momento no parecía oportuno contradecirla.

Aquella mujer no se parecía en absoluto a la que había conocido días atrás. La

verdad es que todavía no tenía claro a cuál de las dos prefería: si a la fría, previsible y comedida anfitriona, o a la cálida, impulsiva, pero indiscreta, madre que parecía estar planificando el futuro de su hijo sin contar con su opinión. Por otro lado, tampoco tenía demasiado claro si aquella dosis de confraternización era real o tan solo un espejismo momentáneo fruto de una euforia pasajera. El tiempo mostraría su verdadera cara, pensé. Mientras aquel estado de ánimo durase, yo estaba dispuesta a dejarme llevar, aunque sin perder el control. Tras un par de copas de moscatel y varios minutos de agradable charla, Meredith decidió que, si al día siguiente queríamos madrugar para ir a la capital, ya era hora de retirarse. Al levantarme del sofá, noté que la cabeza me daba vueltas; el moscatel había hecho de las suyas. Subí la escalinata agarrándome a la barandilla y a Edward, que no dejaba de mirarme de reojo con cierta condescendencia, tratando de disimular mi falta de control. Ya en la habitación, no puede evitar preguntarle sobre aquel súbito cambio de actitud de su madre.

—Hace mucho que no la veía así. De hecho, no recordaba esa parte jovial y divertida de su carácter.

—Me alegro de que haya vuelto a sonreír —dije mientras colgaba mi ropa en el armario—. Si lo ha pasado tan mal con lo de tu padre, será un alivio para ti el verla así de contenta.

—Sí, supongo que yo también me alegro por ella —añadió él para mi sorpresa. Aquel «supongo» me pareció muy raro viniendo de su hijo, no era la respuesta que esperaba.

—De todas formas, no he podido evitar sentirme un poco violenta con sus comentarios sobre nosotros —añadí esperando ver su reacción.

—No le des mayor importancia, ella es así.

El día había sido intenso y en mi cabeza el exceso de alcohol y de información revoloteaban como pájaros sin dejarme conciliar el sueño. Estaba muy cansada pero parecía que mi mente no quería desconectar, y menos aun sabiendo que a la mañana siguiente me esperaba un día intenso.

Debía de ser bastante tarde, posiblemente las dos o las tres de la madrugada, cuando un sonido fuerte y seco llamó mi atención. Entreabrí los ojos, medio aturdida y con un ligero dolor de cabeza achacable al alcohol. A juzgar por el tipo de ruido, parecía como si alguien hubiese cerrado la puerta de entrada rompiendo el silencio que reinaba en la casa. Sobresaltada, me incorporé y me senté en la cama. Primero, al ver todo en calma, pensé que había sido tan solo un sueño, pero entonces, cuando iba a volver a tumbarme, oí aquellos pasos sigilosos que se dirigían desde la entrada hacia el sótano. ¿Quién andaría despierto a esas horas?, me pregunté con la boca reseca y el sabor del vino dulce que iba desde mi estómago hasta mi garganta creando una desagradable sensación de acidez. Me levanté medio dormida tratando de no hacer ruido para no despertar a Edward y me acerqué al baño para tomar un vaso de agua fría. A diferencia de lo que pasaba en nuestra casa, allí daba gusto beber

directamente del grifo. El agua corriente era fresca, incolora, insípida y de textura suave. Sequé mis labios con la toalla y me dispuse a regresar a la cama. Entonces, me acerqué un momento a la ventana de la habitación para admirar el paisaje que Chelston ofrecía de noche. Me había desvelado y sabía, por experiencia, que me iba a costar conciliar nuevamente el sueño. Me apoyé en el marco de la ventana y entonces, al mirar hacia la entrada, fue cuando la vi. Era ella, la muchacha del ático, la misma muchacha morena de aspecto lánguido y de largos y lacios cabellos que trataba de escribir con su dedo sobre el cristal empañado. Ataviada con un viejo abrigo oscuro y llevando en su mano una pequeña maleta, esperaba sentada y muerta de frío sobre la escalinata de entrada. ¿Qué haría allí a esas horas? Por un segundo estuve a punto de abrir la ventana y tratar de hablar con ella, pero el riesgo de despertar a Edward me hizo desistir. En ese instante vi cómo, por el camino central, a lo lejos, se acercaba un coche; posiblemente fuese un taxi. Extrañada, permanecí atenta tras el cristal. La chica, al ver llegar el coche, se levantó, esperó a que se acercara y abrió la puerta del mismo. Luego, metió su maleta en el interior y se volvió un instante hacia la casa con semblante abatido. Miró la fachada de arriba abajo lentamente, con un halo de tristeza y nostalgia, como despidiéndose para siempre de Chelston House. ¿A dónde iría en mitad de la noche?, me pregunté percatándome de que aquello se parecía más a una huida que a una acción lógica y premeditada.

El frío viento de la noche arremolinaba sus finos y negros cabellos formando curiosas y hermosas formas. En un aparente intento por protegerse del frío, la chica trató de recolocar la bufanda alrededor de su níveo cuello. En ese instante, al enrollar su bufanda, subió ligeramente la vista y nuestras miradas se cruzaron. Ambas, inmóviles, nos sentimos descubiertas, indefensas. En sus ojos algo presagiaba un futuro incierto, algo que decía que su partida no era casual ni voluntaria. La miré fijamente, como tratando de escudriñar en sus hermosos y oscuros ojos el motivo de su huida. Fruncí el ceño y levanté los hombros tratando de saber el motivo de su marcha y tratando de que confiase en mí. A pesar de la distancia, puede ver el miedo y la angustia reflejados en su rostro. Cabizbaja, como un animalillo asustado y tratando de evitarme, intentando ocultar algo, la chica entró rápidamente en el coche y cerró la puerta tras de sí. Luego, en un acto desesperado, presa del miedo, me miró y acercó su dedo índice a la boca pidiéndome, suplicándome, que no dijese nada de todo aquello, confirmándome que estaba huyendo de Chelston House. El coche arrancó y enseguida se perdió en la lejanía, dejándome a mí inmersa en un mar de dudas.

Pensativa, su mensaje en la ventana del ático regresó súbitamente a mi memoria: «Está e...». Ahora más que nunca aquellas insignificantes letras me inquietaban. ¿Y si quería avisarme de algo?, pensé para mis adentros con preocupación. Fuera lo que fuese aquello que quería decirme, se había ido con ella para siempre.

Durante unos minutos permanecí desvelada, apoyada en el marco de la ventana

como ausente, pensativa. Todo aquello carecía de sentido, sin embargo algo en mi interior me decía que debía ser prudente, al menos hasta que supiese el porqué de todas aquellas palabras, de aquella situación. Me senté nuevamente en la cama y miré a Edward mientras dormía plácidamente, ajeno a todo. Su capacidad de dormir profundamente nunca dejaba de sorprenderme. Por una parte, deseaba que estuviese despierto y poder comentar con él lo sucedido, incluso dudé en despertarle, pero por otra, un extraño sentido de supervivencia, de desconfianza injustificada, me hacía ser cauta y preguntarme, aunque sin razón aparente, si me estaría ocultando algo. En el fondo no podía evitar acordarme de la rapidez con que aquella muchacha había borrado el mensaje de la ventana cuando Edward alzó la vista. ¿Le tendría miedo a Edward? ¿Había algo de Edward que yo desconocía?

Regresando al presente, recordé entonces los pasos que había oído en la planta baja. Era innegable que aquella muchacha no estaba sola. Alguien estaba allí abajo con ella. ¿Quién habría acompañado a esa chica hasta la puerta? ¿La habrían invitado a irse o, por el contrario, alguien la había ayudado a huir de una situación potencialmente peligrosa? En cualquier caso, aquello no hacía más que reafirmarme en la inquietante idea de que allí ocurría algo extraño, de que Chelston escondía entre sus muros más cosas de las que la familia Benet quería mostrar.

Miré una vez más a Edward, que seguía durmiendo tranquilamente. ¿Por qué iba a desconfiar de él?, me pregunté saliendo de aquel bucle de negatividad en el que me hallaba inmersa. Hacía tiempo que no había conocido a alguien tan cariñoso, sincero y noble como Edward; no tenía ningún motivo para dudar de él. Edward era mi pareja y, en cambio, a aquella chica no la conocía de nada.

V

MENTIRAS

Apenas había dormido tres o cuatro horas cuando Edward entró en el cuarto a despertarme como cada mañana. La noche había sido movida, tenía algunas preguntas y quería las respuestas. Me dolía la cabeza por la falta de sueño y las copas de más, pero no tenía más remedio que levantarme; Londres nos estaba esperando. Hacía muchos años que no pisaba aquella gran ciudad, la última vez que había estado había sido en mi época de estudiante, cuando mis padres se empeñaron en que pasar el verano interna lejos de casa me haría madurar y mejorar el nivel de mis estudios. De eso hacía tanto tiempo que apenas me acordaba. Tenía ganas de volver, pero, por otra parte, la falta de descanso y la incipiente desconfianza que en mí se estaba gestando no eran precisamente buenas compañeras para emprender aquel viaje. Harta de tanto secretismo y misterio, bajé a desayunar dispuesta a resolver algunas dudas.

—Buenos días, querida. ¿Has dormido bien? —me preguntó Meredith desde el otro extremo de la mesa tan pronto aparecí en la sala para desayunar.

—No demasiado —respondí, creando la situación oportuna para preguntar por la marcha furtiva de la muchacha.

—¿Y eso? —preguntó Edward mientras colocaba la servilleta sobre su regazo.

—Me desperté en la madrugada por el ruido de la puerta de la calle al cerrarse.

Ambos se miraron sorprendidos, aunque difícilmente podía saber si la sorpresa de Meredith era porque desconocía lo ocurrido o porque no sabía que yo fuera consciente de ello.

—¿Cómo? ¿La puerta? ¿Durante la noche? —Meredith frunció el ceño—. ¿Pero quién pudo llegar a Chelston a esas horas?

—No llegó nadie, se fue una de las chicas del servicio.

—¿Cómo? —preguntó inquieta—. ¿Quién?

—Miré por la ventana y vi cómo una de las chicas del servicio se marchaba en taxi. Una muchacha morena, de estatura media y melena ondulada.

Edward miró a su madre extrañado.

—¡Thomas! —gritó Meredith, haciendo que el hombre entrase raudo en el salón.

—¿Sí, señora?

—La señorita Kresley vio a una de nuestras doncellas abandonar la casa de madrugada. ¿Sabe algo al respecto?

—Eh... bueno... esta mañana me di cuenta de que faltaba una chica —dijo con la cara descompuesta al verse sorprendido.

—¿Cómo? —Meredith parecía algo nerviosa—. ¿Cómo puede irse alguien de Chelston sin que nadie se dé cuenta? Y lo más importante, ¿a qué esperaba para

decírmelo?

—Yo... quería esperar por si regresaba o...

—¿Por si regresaba...?

—Puede retirarse, Thomas —dijo Edward poniendo fin a la incómoda situación.

Thomas se marchó y en ese momento recordé los pasos que iban de la entrada hasta la escalera. Había alguien más con ella, pensé, pero viendo la reacción de Meredith, preferí aguardar en silencio. En cualquier caso, aquellos pasos no parecían ser de Thomas, ni de ningún otro hombre. A juzgar por la delicadeza de las pisadas, tenían que ser de una mujer, pero ¿quién?, ¿quién ayudaría a aquella chica a huir? ¿Otra de las doncellas? Y lo más importante: ¿de qué?

—¿Por qué se iría alguien así, de madrugada? —Meredith se mostraba inquieta con la noticia.

—No lo sé, mamá, no tengo ni idea, pero Thomas no tiene la culpa. No puedes increparle de ese modo, no lo merece —respondió Edward como tratando de rebajar la tensión.

—Ya, pero no me explico por qué no me dijo nada.

—A saber, quizás pretendía resolverlo por su cuenta. Ya sabes que siempre intenta solventar las cosas sin molestarte.

—Con los años que lleva en casa y después de todo lo vivido debería saber que...

Edward la miró de forma cortante, como temiendo que por aquella boca saliese algo indebido, algo inesperado. Meredith, viendo la cara de Edward, calló al instante y se quedó pensativa.

—¿Y a qué hora queréis salir para Londres? —Intenté cambiar de tema para relajar un poco el ambiente.

Edward, que todavía parecía estar mentalmente enfrascado en el tema anterior, miró su reloj.

—¿Os parece bien en media hora?

—Perfecto, cariño, en media hora salimos —respondió Meredith—. Por cierto, ¿crees que pudo habernos robado algo?

—Mamá, no le des más vueltas. Seguro que no falta nada.

Nos levantamos de la mesa y, mientras Meredith subía la escalinata, Edward se me acercó.

—¿Me puedes explicar por qué no me despertaste, o por qué no me dijiste nada esta mañana en la habitación? —me dijo al oído con un tono más cercano a la recriminación que a la curiosidad.

—Dormías tan profundamente que no creí oportuno despertarte, y esta mañana... no se me ocurrió, ni me acordé. De hecho, me vino a la cabeza cuando tu madre me preguntó qué tal había dormido —le dije tratando de paliar su enfado.

—Otra vez me lo comentas antes —añadió de forma tajante—. Mi madre lo ha pasado francamente mal estos dos últimos años y no quiero verla así de preocupada por nada, ¿entendido?

Aquel «entendido» cayó como una losa sobre mí; Edward jamás me había hablado en aquel tono. Subimos a la habitación a por las chaquetas sin apenas cruzar ninguna mirada. Edward parecía estar realmente enfadado.

Salimos al exterior y Henry, el chófer, ya nos estaba esperando con el coche en la puerta. Henry era un hombre alto, atlético, que debía rozar la treintena. Aunque su porte tenía un cierto aire antiguo, incluso algo rancio, su atractivo era innegable. De tez clara y rubios cabellos engominados, Henry no pasaba desapercibido, sobre todo para el sexo opuesto. Por lo que Edward me había contado de él, su padre ya había trabajado durante años para el coronel, y cuando se jubiló, muy a su pesar, Henry se ofreció a reemplazarlo. Él hubiese deseado algo mejor para su hijo, como la mayoría de los padres, pero Henry no destacaba precisamente por ser un buen estudiante. Al igual que Thomas, Henry jamás opinaba, jamás miraba cuando no debía hacerlo y sabía ser invisible cuando la situación lo requería. Ver, oír y callar eran sus tres máximas; las máximas de cualquier empleado que quisiera trabajar para Meredith. Sin embargo, había una diferencia básica entre Thomas y Henry; mientras Thomas parecía formar parte de la familia, Henry no aparentaba estar tan vinculado. Casi siempre al margen del resto del servicio, el chófer pasaba la mayor parte del tiempo a solas, bien fuera en el jardín, en las cocheras o en el altillo de las mismas, donde tenía su habitación. Sin darme cuenta, me quedé como hipnotizada mirándole descaradamente durante unos minutos a través del retrovisor. Fue en ese instante cuando nuestras miradas se cruzaron y supe que se había dado cuenta de que le estaba observando. Incómoda, desvié la vista hacia el exterior del coche tratando de disimular. Cuando volví a mirar hacia el retrovisor, Henry esbozó una leve sonrisa de complicidad. ¿Acaso habría pensado que me sentía atraída por él? Creí que mis mejillas iban a arder. Traté de no mirarle más durante el resto del trayecto, que se me hizo eterno.

El viaje hasta Londres transcurrió casi en silencio. Meredith, apoyada en la ventana derecha, dejó que el traqueteo del vehículo la adormeciese, y Edward, como solía hacer casi siempre, se pasó casi todo el recorrido ausente, observando el paisaje. Cerré los ojos fingiendo estar dormida para evitar sentirme todavía más incómoda. Lo cierto era que, tras nuestra última conversación, prefería enfriar las cosas.

Llegamos a Londres hacia las once de la mañana. Afortunadamente, aunque hacía frío y el cielo estaba gris, la lluvia parecía haber dado unos días de tregua; algo poco común en la zona. La ciudad parecía seguir tan majestuosa y bonita como siempre. El tráfico, sin embargo, era denso y engorroso como de costumbre. Avanzamos lentamente culebreando hasta la calle Bond y el coche nos dejó frente a Versace.

—Tardaremos una hora y media a lo sumo —dijo Meredith mirando su reloj y dirigiéndose a Henry—. Recuerde que ha de recoger las invitaciones que encargué esta mañana en Penny Logan antes de regresar a por nosotros. A las doce y media deberíamos estar de camino al Gordon Ramsay. —Se bajó del coche y, ya en la calle, se dirigió a Edward—. Ya sabes que en el Gordon, si te retrasas, no te guardan la

mesa.

—Lo sé, mamá.

Edward respiraba hondo, como tratando de cargarse de paciencia; sabía perfectamente la mañana soporífera que le esperaba. En contraposición, yo me sentía como Julia Roberts en *Pretty Woman*. Jamás, ni en el mejor de mis sueños, hubiese osado poner un pie en ninguna de las selectas tiendas de la calle Bond; mi cuenta corriente no me lo hubiese permitido. Entramos y Edward, que se había llevado el periódico previendo la situación, se acomodó en el sofá de la entrada y puso cara de resignación.

—Pruébate todo lo que te guste sin preocuparte del precio —dijo Meredith—. Corre de mi cuenta.

—Bueno, yo... muchas gracias, de veras —respondí, contrariada al ver los precios que aparecían en las etiquetas.

La verdad es que, pese al entusiasmo inicial, me sentía bastante descolocada. La idea de que Meredith pagara mi ropa me incomodaba bastante, me hacía sentir como una aprovechada, pero no parecía fácil convencerla de lo contrario. De todas formas, y pese a su mensaje, traté de escoger un traje cuyo precio no destacara en exceso. Aunque allí era difícil encontrar nada que tuviera un precio razonable, al menos a mi entender.

Debían de ser casi las doce y media y aún seguíamos allí. Yo ya había elegido mi vestido, un precioso traje largo de gasa color maquillaje con los zapatos y el bolso a juego, pero Meredith, enfrascada en el probador, todavía estaba dudando entre tres trajes distintos.

—¿Sabes? —dijo saliendo del probador y mirando a Edward—. Creo que me llevaré los tres y problema resuelto. Se hace tarde y tenemos reserva para comer a la una.

Sin pensarlo dos veces, sacó la tarjeta y pagó aquella factura de escándalo como si de simples caramelos se tratase.

—Muchísimas gracias, Meredith —dije intentando ser al menos lo más agradecida posible.

Ella miró su reloj y, sin ni tan siquiera contestarme o prestarme atención, subió al coche.

—Al Gordon Ramsay, en el 68 de Royal Hospital Road —le ordenó a Henry cuando ya estábamos todos dentro.

El Gordon Ramsay, según me fue contando Meredith en el trayecto antes de llegar, era uno de los restaurantes más caros y exclusivos de la ciudad. De hecho, su cocinero había sido galardonado en diversas ocasiones con tres estrellas Michelin. Sus listas de espera eran de meses, pero con ella hacían un trato especial. Meredith tenía contactos y conocidos en todas partes y con solo levantar el teléfono conseguía las cosas más sorprendentes. Cuando llegamos, nos estaban esperando, e incluso el chef salió a recibirnos.

Tras una larga y deliciosa comida, salimos del restaurante dispuestos a regresar a Chelston House. Aunque yo hubiese preferido aprovechar nuestra estancia en Londres para pasear por la ciudad, Meredith tenía sus propios planes. Nuevamente, Henry nos estaba esperando en el exterior. ¿Habría comido también en el Gordon o, por el contrario, habría picoteado algo en alguna taberna del barrio? Conociendo a Meredith, posiblemente lo segundo. Entramos en el coche y nuevamente sentí aquella mirada seductora y algo indiscreta sobre mí. Era como si Henry, habituado a sentirse observado por el sexo opuesto, hubiese iniciado una especie de juego que yo no terminaba de comprender. Afortunadamente, el viaje de regreso se me hizo bastante más corto que el de ida.

El coche paró justo enfrente de la puerta. Meredith tomó la bolsa con las invitaciones del asiento y salió del vehículo.

En cuanto te hayas puesto cómoda, nos encontramos en el Salón Azul. Hay que rellenar las invitaciones y decidir qué servicio de mesa vamos a usar. Hay muchas cosas por hacer y tienes mucho que aprender.

—Por supuesto —respondí como si de una orden se tratase.

Meredith solía ser así: directa, seca y aleccionadora. Por otro lado, no estaba acostumbrada a recibir un no por respuesta y eso se dejaba ver en el modo tan soberbio en que conducía sus afirmaciones. Eso era algo que uno aprendía en el mismo momento en que la conocía. Mientras hablábamos, una de las doncellas tomó todos los vestidos del asiento trasero y se los llevó al interior. Subí las escaleras exteriores de Chelston sintiendo los ojos de Henry clavados en mi nuca. No pude evitar disfrutar en cierto modo del momento.

Entré en la casa y subí a la habitación. Llevaba toda la mañana dándole vueltas al tema de la chica que se había ido la noche anterior y me sentía mal por no haberle dicho toda la verdad a Edward. Ya en la habitación, decidí que lo mejor era sincerarme con él y contarle absolutamente todo lo ocurrido con aquella doncella. No tenía ningún motivo para desconfiar de él y ocultarle información me hacía sentir a disgusto conmigo misma. Jamás se me había dado bien el guardar secretos. Mi rostro solía reflejar, aun y contra mi voluntad, todo lo que pasaba en mi interior de forma automática; siempre había sido demasiado transparente. Además, viendo el revuelo que se había organizado con el tema, no parecía prudente ocultarle nada. Me refresqué la cara en el baño y al salir me acerqué a él.

—Edward, quería comentarte algo.

—Dime, cielo.

—La muchacha que se fue ayer noche...

—¿Sí?

—Pues que no estaba sola.

—¿Cómo?

—Había alguien más con ella, seguro. Alguien que, tras despedirla en la puerta, volvió a entrar. Oí pasos de mujer que iban desde la entrada hasta la zona del

servicio, estoy segura.

—¿Y por qué no lo dijiste antes?

—Bueno, no creí que fuese importante y, visto el lío que se organizó y el disgusto de tu madre, preferí dejarlo para más tarde. No quería preocuparos más a ninguno de los dos.

—¿Qué más me ocultas? —El tono en su voz de repente se volvió frío—. ¿Desde cuándo te dedicas a mentirme?

—¿Cómo...?

Aquel tono de voz y aquella mirada fría, cortante y desconocida hicieron que retrocediese unos pasos, algo asustada. No reconocía a Edward en aquella mirada brusca e incluso agresiva que acababa de ver. El Edward que yo había conocido meses atrás no era así.

—Nada más.

Al ver su reacción, decidí no contarle lo del mensaje en la ventana. No estaba dispuesta a seguir soportando sus enfados y decidí que era preferible olvidarme de aquello y no volver a sacar el tema.

—He quedado con tu madre en el Salón Azul; si me disculpas...

Bajé las escaleras disgustada y triste. Nunca había visto a Edward actuar de aquella manera. Las ganas de llorar y el nudo que se me formó en la garganta me estaban matando. Su desagradable forma de hablarme, tan agresiva y maleducada, me parecía injusta y me había dolido sobremanera. Entré en el Salón Azul sin ningunas ganas de festejos, pero Meredith me esperaba completamente entusiasmada con la celebración. Traté de disimular mi enfado cuanto pude.

—¿Sabes, querida? —dijo en aquel tono que a mi entender no vaticinaba nada bueno—. He pensado que podría ser una buena ocasión para anunciar vuestro compromiso. —Me quedé petrificada sin saber qué decir—. Me haría tan feliz que os casaseis en Chelston House como hicimos el coronel y yo... sería tan bonito...

—Bueno... yo... Edward...

Con una especie de sordera selectiva que le hacía desatender cualquier comentario que no le conviniese, Meredith parecía haberse transportado a la época en que ella se casó con el coronel. Mientras, yo seguía tartamudeando sin saber qué hacer o cómo responder. Por otro lado, tras mi discusión con Edward, lo último que me apetecía era hablar con su madre sobre una posible boda; aquella conversación era de lo más inapropiada. Descolocada, traté de cambiar de tema, pero todo esfuerzo fue en vano, Meredith seguía enfrascada en sus pensamientos. En cuestión de segundos ni tan siquiera recordaba ya mi enfado con Edward, Meredith había vuelto a conseguir ser el centro de atención, algo en lo que era maestra.

—Quizás estaría bien para la primavera, ¿no? Sí, primavera es una buena época. Hablaré con Edward, sé que no será capaz de decirme que no —añadió con una seguridad y un aplomo sorprendentes—. No te imaginas lo hermoso que luce Chelston en el mes de mayo. ¡Será perfecto!

—¿Primavera...? ¿Mayo...? —pregunté completamente sobrepasada por aquel cúmulo de despropósitos.

En aquel momento Edward apareció por el pasillo.

—Me ha parecido oír que hablabais de mí —dijo asomándose a la estancia con un aire renovado.

—¡Edward, cariño, entra! —Meredith se mostraba muy entusiasmada—. Verás, a Amanda y a mí se nos ha ocurrido una idea fantástica.

—¡¿Qué?! —exclamé sorprendida por aquella afirmación.

—¿Cuál? —preguntó extrañado por tanta efusividad.

—Podríamos aprovechar la fiesta que vamos a dar para anunciar vuestro compromiso. Sería perfecto, el broche a una velada inolvidable.

Edward giró la cabeza y me miró completamente sorprendido por aquella iniciativa, y más a tenor de la discusión que acabábamos de tener. Yo, todavía sobrepasada por todo aquel absurdo disparate, alcé las cejas y encogí los hombros tratando de darle a entender que no tenía nada que ver con aquella locura. Luego, prescindiendo por completo de mi opinión, miró a su madre y, sin dudarlo ni un instante, respondió:

—Bien, no parece una mala idea... ¿no crees? —preguntó de forma retórica mirándome nuevamente.

Sin quererlo, y con la mejor de sus intenciones, o al menos eso era lo que yo quería pensar, Meredith había estropeado uno de esos momentos que toda mujer espera. Enojada, no podía evitar pensar si esa iba a ser toda la pedida de manos que cabía esperar. Me sentí defraudada y triste. Ahora, aunque Edward me diese el anillo, ya nada iba a ser igual. Era como si Meredith necesitase ser la protagonista, el centro de atención en todo momento, incluso cuando no le tocaba. Me senté en el sofá enfurruñada. Era lo que me faltaba para sentirme completamente ignorada.

La cena transcurrió como de costumbre, casi en silencio, aunque esta vez, al menos por mi parte, había razones más que de sobra para no querer pronunciar ni una sola palabra. Me sentía estafada, enfadada y tremendamente dolida con ambos. Cada día que pasaba allí tenía más ganas de volver a casa y recuperar nuevamente la normalidad. Chelston House, lejos de ser aquel lugar paradisíaco que en un inicio parecía, o que seguramente quise imaginar, estaba desvelándome lo peor de Edward, y posiblemente también lo peor de mí misma. Mentiras, desconfianza, tristeza, malestar... esa parecía ser la tónica habitual entre aquellas paredes. Una tónica a la que yo no estaba acostumbrada y en la que Meredith parecía moverse como pez en el agua. Una tónica que me estaba matando y en la que ella parecía disfrutar, incluso crecerse. Meredith parecía regocijarse en aquellas situaciones tensas.

Acabamos de cenar en silencio y, tras los postres, prácticamente sin apenas intercambiar palabra alguna, nos despedidos de Meredith y subimos a la habitación mostrándonos una total indiferencia. Edward parecía estar aún muy enfadado por todo lo que le había ocultado y yo, que todavía estaba dolida por su respuesta, ahora

me subía además por las paredes tras aquel frío acuerdo de compromiso. No podía evitar sentirme como una convidada de piedra, como un mero figurante al que no se le pide ni tan siquiera su opinión. Me parecía inverosímil que ninguno de los dos se hubiese percatado del desatino que había supuesto para mí hablar de nuestro compromiso de aquella manera tan fría y mercantil. Me senté en la cama cabizbaja y abatida, con unas ganas tremendas de llorar y de tirar toda mi relación con Edward por la borda. No podía evitar pensar que nada estaba saliendo como yo había deseado. Mis sueños se estaban resquebrajando minuto a minuto y la ilusión que en un inicio sentía parecía haberse esfumado para siempre.

VI

PASEOS A LA LUZ DE LA LUNA

A diferencia de la primera noche, la paz y la serenidad que reinaban en Chelston House parecían haber desaparecido por completo y, en su lugar, un profundo malestar lo invadía todo. Era como si un enorme monstruo, invisible y sutil, se hubiese instalado entre aquellas paredes y estuviera reticente a desaparecer. Cada vez soportaba menos la soberbia y el intrusismo de Meredith. Por otra parte, Edward parecía consentirle todo a su madre, incluso aquello que me concernía a mí. Era obvio que, en cierto modo, pretendía compensarla por su ausencia, pero yo no estaba dispuesta a que eso fuese a mi costa. Disgustada por el devenir de sucesos, empecé a dar vueltas en la cama hasta que el sueño finalmente venció al enfado.

Debían de ser cerca de las dos de la mañana cuando me desperté indispuesta, con bastante ardor de estómago. Dormir una noche seguida en Chelston parecía que se había convertido en una misión imposible. El malestar anímico con el que me había ido a la cama había conseguido finalmente fastidiarme también en otros sentidos. Me giré y miré a Edward que, para variar, dormía a pierna suelta a mi lado. Durante unos minutos traté de conciliar el sueño o, al menos, descansar un rato, pero viendo que el ardor no cesaba y que cada vez me encontraba peor, me incorporé tratando de paliar aquella molestia con un vaso de agua fresca del baño. Sin embargo, tras esperar inútilmente unos minutos sentada en el butacón de al lado de la ventana para ver si se me pasaba, decidí bajar a la cocina a por algo de leche fresca. La leche siempre había sido un buen remedio casero contra la acidez, pensé. Al menos, sabía que mi abuela solía tomarla muy a menudo cuando su estómago, tras aquella maldita úlcera que sufrió años atrás, le daba por molestarla de nuevo.

Entré en el baño de puntillas y, sin encender la luz para no despertar a Edward, me puse la bata y salí de la habitación tratando de no hacer ruido. La tenue y blanca luz de la luna entraba por los ventanales de la primera planta creando, en vez de poéticas imágenes, fantasmagóricos e inquietantes reflejos sobre las paredes y los suelos que acrecentaron todavía más mi desasosiego. Avancé lentamente hasta las escaleras tratando de no tropezar con nada y descendí a tientas hasta el *hall*. A oscuras, aquella mansión mostraba una imagen muy distinta a la que se podía apreciar de día. Lo cierto es que tenía un aspecto bastante turbador, algo siniestro y muy poco amable. Las sombras que se creaban sobre las paredes y los largos y oscuros pasillos parecían sacadas de una novela de terror. Con cuidado para no golpearme con ningún mueble, me dirigí a la cocina. Aquellas sombras de la noche que se prolongaban amenazadoras por los pasillos se me antojaban como espectros descarnados que quisieran apresarme. Entonces, desde el pasillo que llevaba a la

cocina, pude ver que había una luz encendida al fondo. ¿Quién andaría a aquellas horas por la cocina?, me pregunté mientras avanzaba con sigilo hacia la puerta.

—¿Hola? —dije abriendo la puerta con suavidad y tratando de no asustar a nadie.

—Buenas noches, señorita Kresley —dijo una de las doncellas, que, al verse sorprendida, se sintió algo avergonzada y trató de tapar su raído pijama tras una vieja y descolorida bata color crema.

—Espero no haberla asustado. No pensé que hubiese nadie despierto a estas horas de la madrugada.

—No, señora, no se preocupe. Estaba algo desvelada y subí a por un vaso de leche caliente. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Yo también venía a por leche. En mi caso es el estómago el que no me deja dormir —comenté con cierta complicidad—. ¿Le importa si le hago compañía?

—No, por supuesto que no, faltaría más.

En el fondo me alegraba de no estar sola en aquella inhóspita casa y poder compartir unos minutos de conversación.

—¿Le caliento un vaso? —dijo abriendo nuevamente la nevera.

—Sí, gracias.

Sus rubios y lacios cabellos lucían hermosos anudados en una larga trenza que caía como una espesa liana por su espalda. Mientras ella colocaba el vaso en el microondas, recordé el episodio de la pasada noche, cuando aquella chica salió huyendo de Chelston House en plena noche. ¿Sabrían ella o el resto del personal algo al respecto?, me pregunté. Esperé a que sacase el vaso del microondas y luego, sin dudar, decidí investigar un poco más acerca de la desaparición de aquella chica.

—¿Cómo te llamas?

—Lydia.

—Encantada, Lydia.

—Igualmente —respondió inclinando ligeramente la cabeza en señal de respeto.

Ahora ya había aprendido la lección y, aunque mi forma de ser me hubiese llevado a acercarme a darle dos besos, la experiencia me decía que no debía moverme de mi sitio. Aquellos gestos de afecto hacia el personal podían ser a todas luces mal interpretados.

—¿Hace mucho que trabajas aquí?

—Hace solo un par de años —respondió con timidez.

—Tiene que haber mucho trabajo en una casa tan grande —comenté mientras ella bebía tranquilamente su leche apoyada en una de las encimeras.

—Sí, pero también somos muchos los que trabajamos aquí. Además, tenemos nuestros descansos.

—Claro. ¿Y se trabaja a gusto en Chelston?

—Mucho, de veras —respondió con entusiasmo—. Es como una gran familia.

Por alguna razón, no terminé de creerme aquel comentario.

—Por cierto, tengo entendido que el otro día se fue una chica, ¿no? —pregunté de

forma inocente, tratando de aprovechar la situación para averiguar algo más al respecto.

—Eso fue lo que me contaron, aunque yo no vi nada —la pregunta pareció incomodarle.

—¿Y sabes quién era y por qué se fue?

—Yo no sé nada —dijo nerviosa y apurando el vaso que tenía entre sus manos.

Lydia no estaba a gusto con aquella conversación, sin embargo, insistió:

—¿Y qué dicen las demás chicas al respecto?

—Yo no... no sé, de veras... Ya es tarde y debería estar en la cama. Si me disculpa, debería retirarme. Buenas noches, señorita Kresley. —Dejó el vaso dentro del fregadero y se escabulló a toda prisa.

Lydia parecía saber mucho más de lo que contaba pero también parecía no estar dispuesta a decírmelo. ¿Por qué tenía tanto miedo?

Apoyada en el mármol de la cocina, terminé sin prisa el vaso de leche y, tras aclararlo, lo dejé en el fregadero. Luego, apagué las luces de la cocina y me dirigí de nuevo hacia mi habitación. Un escalofrío recorrió mi espalda poniéndome todo el vello de punta. La casa estaba bastante fría, ya que por las noches se apagaban todos los radiadores, y sentí que mi cuerpo empezaba a entumecerse. El riesgo de pillar un resfriado con aquella humedad no era para nada desdeñable, así que, deseosa de regresar a la calidez de la cama, subí la gran escalinata blanca con diligencia. Mientras subía por la escalera, me quedé por unos instantes observando el exterior, presa por lo lúgubre aunque atractivo de aquel paisaje. A través de los grandes ventanales pude ver que la noche parecía serena y, salvo por un ligero viento que hacía silbar y vibrar suavemente las ramas de los árboles, no se oía ni un alma. Sus oscuras y siniestras siluetas parecían diabólicas bailarinas que zarandeaban sus brazos de un lado a otro, de forma rítmica. Entonces, cuando estaba casi llegando al rellano, oí enfrente el leve sonido de una puerta al abrirse. Creyendo que probablemente se trataba de Edward, al que habría despertado un rato antes al salir de la habitación, avancé unos pasos en dirección a mi cuarto.

—¿Edward? —dije susurrando.

Esperé unos segundos pero no hubo respuesta. Fue entonces cuando, extrañada, la vi salir de su habitación enfundada en una larga y elegante bata de seda rosa palo. Tan hermosa y elegante como siempre, como si ni tan siquiera se hubiese acostado, la vi cerrar la puerta de su habitación tras de sí. ¿A dónde iría Meredith a aquellas horas de la madrugada?, pensé. Mientras la observaba atentamente sin moverme, junto a una de las columnas cercanas a la balaustrada, ella avanzó sigilosamente hasta la puerta cerrada que daba al ala este. Me percaté de que no cesaba de mirar a todos los lados, como cerciorándose de que estaba completamente sola. ¿Por qué actuaría de aquel modo? ¿A dónde se suponía que iba a aquellas horas? ¿Qué trataba de esconder?, me pregunté, sorprendida, para mis adentros. Por un momento me sentí tentada de ir a su encuentro y preguntárselo, pero, luego, pensándolo más detenidamente, preferí

esperar a ver qué hacía. Allí, quieta y agazapada, la observé con atención y pude ver cómo, desconociendo mi presencia y tras comprobar detenidamente que nadie la estaba observando, Meredith entraba en el ala este y cerraba la puerta tras de sí. ¿Qué haría a aquellas horas entrado allí? La curiosidad hizo que aguardase unos minutos más para tratar de averiguar la razón de su incursión nocturna, pero, viendo que tardaba mucho en salir y muerta de frío, decidí regresar a la cama.

En nuestra habitación, Edward seguía durmiendo plácidamente ajeno al trajín nocturno que las mujeres de la casa parecíamos haber emprendido. Tumbada en la cama, traté de imaginar qué razón podría llevar a Meredith al ala este a esas horas de la madrugada, pero, por más vueltas que le daba al tema, no conseguía dar con una respuesta razonable. Se suponía que aquella ala estaba en obras y que, por tanto, no había nada que hacer allí. Arropada, intentando volver a entrar en calor, traté de conciliar el sueño. Tras dar algunas vueltas en la cama, al final conseguí dormirme aunque solo fuese de puro agotamiento. El frío, el cansancio y la leche caliente me ayudaron a dormir algunas horas.

VII

CONFIDENCIAS

La mañana del martes amaneció lluviosa, gris y sumamente desapacible. El ambiente de la habitación era frío, húmedo; me subí la manta hasta casi las cejas tratando de entrar en calor. El cielo, completamente negro y cerrado, no presagiaba nada bueno. El viento azotaba con fuerza los portones de las ventanas de las habitaciones generando una extraña y rítmica melodía que se clavaba en mi mente de forma persistente hasta generarme un tremendo dolor de cabeza. Abrí los ojos lentamente, algo entumecida y con muy pocas ganas de moverme de la cama. Quizás aquel paseo a la luz de luna me había costado un resfriado, pensé. La mera idea de bajar a desayunar y volver a sentarme a aquella fría mesa con Meredith y Edward me revolvió el estómago. No tenía fuerzas ni ganas para ello.

—Buenos días —dijo Edward, besándome como tratando de hacer borrón y cuenta nueva.

—Creo que me he resfriado y no me encuentro demasiado bien —necesitaba una excusa para no bajar con él al desayuno—. Ayer noche bajé a la cocina a por leche y me temo que cogí algo de frío.

—¿Y eso?

—Ardor de estómago, nada importante.

—Pues no te oí salir.

—Cuando duermes nunca oyes nada —contesté con ironía.

—Eso es cierto.

—Si no te sabe mal, preferiría seguir un rato más en la cama.

—Como tú quieras. ¿Sigues enfadada? —preguntó con voz suave, como para cerciorarse de que aquel no fuese el motivo real por el que prefería quedarme en la cama.

—No, aunque te lo merecerías. A veces creo que no te conozco.

—Me conoces muy bien, lo que ocurre es que nunca me habías visto enfadado.

—Quizás sea eso.

—¿Quieres que te suban algo?

—Sí, si no te sabe mal, diles que me suban el desayuno a la cama. Me irá bien descansar un poco más.

—Perfecto —respondió besándome en la frente—. Ahora mismo aviso a Thomas y enseguida te suben algo.

—Gracias, cariño.

—Yo voy a bajar a desayunar con mamá; si necesitas algo, dale al timbre del servicio —añadió finalmente antes de irse.

La verdad es que el día tampoco invitaba a querer abandonar la alcoba; al menos, no tan temprano. ¿Qué iba a hacer encerrada todo el día en Chelston?, me pregunté para mis adentros. Seguro que Meredith ya tenía planes para toda la jornada. Invitaciones, arreglos florales, mantelerías, cubiertos, vajillas... se me ocurría un concierto de cosas que querría organizar conmigo. Sin embargo, algo que inicialmente había despertado mi interés, que parecía divertido y fascinante, ahora se estaba tomando en una pesadilla. Yo no quería que Edward me pidiese la mano allí, de forma planificada y frente a un grupo de auténticos desconocidos. Eso no era para nada romántico, eso no era lo que yo deseaba. Tampoco quería casarme en Chelston, siempre había soñado con casarme en Nueva York, en una pequeña iglesia, cerca de mi familia y mis amigos. ¿Acaso era Meredith quien debía decidir todo aquello? Pero lo que más me dolía de todo era que Edward no la frenase y pusiese fin a toda esa farsa. Cuando Edward estaba con ella cambiaba, era una persona distinta, no tenía nada que ver con el hombre del que me había enamorado. Era como si perdiese por completo su personalidad para convertirse en su perrito faldero. Cerca de su madre, Edward era como una marioneta que dejaba que moviesen sus hilos a su antojo.

Dos golpes secos en la puerta me sacaron de mis pensamientos.

—¿Sí? —pregunté sabiendo que sería el desayuno.

—Señora, ¿puedo pasar? Le traigo el desayuno —dijo una voz de mujer al otro lado de la puerta.

—Adelante —respondí mientras me incorporaba en la cama.

Una chica joven, pelirroja, de rostro pecoso y algo aniñado, entró en la habitación con un carrito repleto de bollería recién hecha, zumo de naranja y el café con leche. Solamente el olor me hizo sentir mejor. Con cuidado lo acercó hasta la cama dejándolo a mi alcance.

Era la primera vez que alguien me subía el desayuno a la cama y, sinceramente, era algo a lo que no me importaba acostumbrarme.

—¿Desea algo más la señora? —preguntó sin alzar la mirada.

—Sí, solo una pregunta. ¿Cómo te llamas?

—Ana —respondió de forma escueta.

Viendo en aquella chica una nueva oportunidad para averiguar qué estaba pasando allí, volví a la carga nuevamente.

—Ana, ¿sabes quién fue la chica que se marchó la otra noche de madrugada?

La muchacha me miró desconcertada y, a juzgar por cómo jugueteaba de forma compulsiva con el delantal entre sus dedos, no parecía estar demasiado tranquila. Sus pupilas, claramente dilatadas, denotaban que a duras penas se sentía segura ante aquella pregunta. Luego, cruzó los brazos como adoptando de forma inconsciente una posición de defensa e, intentando evitar mis ojos, bajó la mirada y trató de contestarme.

—¿Cómo? —Su rostro dulce y sereno se transformó por completo dejando entrever una expresión forzada y tensa.

—¿De qué tienes miedo? —le pregunté sin entender el porqué del temor que todas ellas parecían tener.

—Yo... no puedo... no debo... —Intentaba ocultar el temblor de sus manos tras la ropa.

—Por favor, dime qué está ocurriendo aquí, estás temblando como una hoja... ¿Por qué?

—Sara no debió tratar de avisarla —respondió casi con un susurro.

—¿Sara?, ¿es así como se llamaba?

—Sí.

—¿De qué quería avisarme Sara? ¿Lo sabes?

—Váyase de aquí cuanto antes, pero no me haga más preguntas. Por favor...

—Necesito entender lo que está ocurriendo. Necesito tu ayuda.

—Aquí ocurren cosas raras.

—¿Raras?

—Si busca respuestas, quizás las halle en el ala este, aunque... yo en su lugar no iría. Sara huyó por algo que descubrió allí, lo sé. Nunca debió entrar... —Hizo una breve pausa—. Mejor váyase de aquí cuanto antes... eso es lo que debería hacer —y salió de la habitación despavorida y cerrando la puerta tras de sí.

De nuevo la maldita ala este. Parecía que todos los secretos y todas las respuestas remitían a esa zona de la casa. Encima, la imagen de Meredith entrando en ella en mitad de la noche todavía reforzaba más la hipótesis de que allí ocurría algo extraño. ¿Qué podía haber allí tan horrible, tan grave, tan importante para aterrorizar de aquel modo a aquellas muchachas? Y por otro lado, si tenían tanto miedo, si estaban tan asustadas y me aconsejaban que me fuera, ¿por qué seguían ellas allí?, ¿qué las retenía? Ahora tenía claro que, si quería saber más, debía entrar allí, aunque también sabía que no sería nada fácil. Además de clausurada tras un par de puertas cuyas llaves guardaba Meredith a saber dónde, el ala este parecía estar siempre vigilada, especialmente por Thomas. ¿Cómo iba a conseguir entrar en ella y no ser vista? Pensativa, traté de relajarme y descansar un rato.

Debían de ser cerca de las once y media de la mañana cuando Edward entró de nuevo en la habitación.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó acariciando mi frente con su mano.

—Bastante mejor. De hecho, estaba pensando en vestirme y bajar —contesté sentándome en la cama.

—Mamá estará encantada de que estés mejor. Le hacía mucha ilusión el poder organizar todo esto contigo, y ya sabes lo perfeccionista que es.

—Lo sé, lo sé.

—Le digo que enseguida estarás con ella.

—Edward, ¿qué es lo que hay en el ala este? —pregunté cambiando de tema y sin ningún tipo de tapujos.

—¿Perdón?

—No sé, da la sensación de que el ala este es un tema prohibido. Nadie quiere hablar de ella, nadie quiere que la vea.

—No hay nada, tan solo obras. ¿A qué viene ahora este repentino interés?

—¿Y, aun así, no podríamos entrar con cuidado?

Algo en su expresión se desfiguró. Era como cuando te dan una mala noticia pero tú intentas mantener el tipo haciendo ver que no pasa nada.

—Es solo que me haría ilusión conocer el resto de la casa —añadí forzando así su respuesta.

—Ya, pero eso no es posible, Amanda. Ya te dije que está cerrada y que no se puede visitar. No insistas más —respondió con tono seco y cortante.

Fuera lo que fuese lo que se escondía en el ala este, Edward parecía de algún modo parte de ello. Estaba claro que no tenía ningún interés en que viese esa ala de la casa. Si aún tenía alguna duda al respecto, él se había encargado de disiparla. En su rostro una mirada desafiante y para nada amistosa se encargó de dejar claro que no debía seguir preguntando sobre aquel tema.

—Bien, qué lástima —respondí tratando de restarle importancia al asunto.

—Voy a decirle a mamá que bajarás en breve —finalizó la charla y se dirigió de nuevo hacia la puerta.

Contrariada por su respuesta, sentía que dentro de mí una cierta dualidad me embargaba. Por una parte, deseaba olvidarme de aquello, pasar página y seguir confiando ciegamente en Edward, como siempre lo había hecho, pero, por otra, algo me decía que debía averiguar qué oscuros secretos escondía aquella vieja mansión. ¿Y si realmente Chelston era un lugar peligroso? ¿Y si Edward no era el hombre que yo creía conocer? Allí sentada sobre la cama, reflexionando sobre las palabras de Edward, me sentí más sola y aislada que nunca. Lo que tenía claro es que, si Edward había de ser mi marido, quería cerciorarme de que la persona que había conocido en Nueva York era la misma que ahora tenía frente a mí. Si para ello tenía que entrar en aquella maldita ala, tenía claro que lo iba a hacer.

Bajé las escaleras lentamente sabiendo que las cosas se estaban tornando algo extrañas y que mi confianza en Edward y, especialmente, en Meredith se estaba mermando por instantes. Yo ya no era la misma chica inocente y confiada que había llegado a Chelston, ni tampoco mi forma de mirar a aquella soberbia mujer era igual. Mis sospechas y mi desconfianza eran más que una mera duda, ahora tenía casi la certeza de que Meredith y, posiblemente, Edward me ocultaban cosas y no iba a cesar hasta descubrir qué estaba ocurriendo. Pero, si las cosas se complicaban, si realmente estaba en peligro, ¿con quién podía contar? Aquellas chicas a duras penas eran capaces de responder a mis preguntas; difícilmente se arriesgarían a nada más. Y por lo que se refería a Thomas, este era claramente el confidente de Meredith. Definitivamente, la única persona de la que todavía me fiaba era Edward, y aunque sabía que seguir con aquello me podía costar mi relación con él, tenía que saber lo que estaba pasando. Posiblemente esa no era la mejor opción, pero casarme con un

hombre teniendo aquellas dudas sobre su familia no parecía razonable.

—Buenos días, querida —dijo Meredith al verme en el *hall* desde el interior del Salón Chino—. ¿Ya te encuentras mejor? —preguntó con aquel tono altivo y distante al que nos tenía acostumbrados, mirándome de reojo mientras revisaba varios papeles.

—Creo que sí, gracias. Ayer noche, cuando bajé a por leche, debí de coger frío. Nada que no se pudiese solucionar con un par de horas más de sueño.

—¿Bajaste a por leche?

—Sí, debían de ser las dos y media de la madrugada.

—La casa está muy fría a esas horas —parecía que intentaba disimular.

—¿Y tú? ¿Pudiste conciliar fácilmente el sueño? —pregunté con cierta sorna.

—Sí, claro, sin problemas. —Tras una breve pausa, continuó, aunque cambiando completamente de tema—. Hoy tenemos muchas cosas que hacer todavía. Edward ya me ha ayudado a rellenar las invitaciones, pero aún hay que decidir los menús, el servicio de mesa, las mesas, los arreglos florales... Hoy aprenderás un montón de cosas y nos vamos a divertir, seguro. Perfecto —contesté siguiéndole la corriente mientras ella me sacaba listados interminables de menús—. ¿Y Edward?

—Fue a entregar las invitaciones a la oficina postal que hay en el pueblo de aquí al lado, no tardará en volver. Si no las enviábamos ya, corríamos el riesgo de que llegasen demasiado tarde.

El día prometía ser intenso y muy largo pero me senté junto a ella dispuesta a ser la nuera perfecta. Mientras la ayudaba con los menús, no podía dejar de pensar en el ala este y cómo entrar en ella. Quizás durante la fiesta surja la situación perfecta, me dije. Seguramente habría mucha gente, mucho ruido y todo el mundo estaría demasiado ocupado como para andar controlando esa zona. Hasta ese día no debía levantar sospechas. Todo debía seguir como hasta el momento. Sin embargo, todavía debía averiguar dónde guardaba Meredith las malditas llaves de las puertas de acceso.

—Señora, ya tengo preparados todos los servicios de mesa para su elección —dijo Thomas entrando en el salón.

—Perfecto, Thomas, enseguida vamos —respondió Meredith, y me invitó a que la acompañase.

Sobre la amplia mesa del comedor, más de diez mantelerías, seis vajillas y cuatro cristalerías, en perfecto estado de revista, esperaban a que Meredith decidiese cuál de ellas querría usar para la ocasión. Solo pensar en el enorme trabajo que suponía mantener todo aquello limpio y perfectamente planchado me hacía sentir agotada. Era evidente que el servicio de Chelston estaba perfectamente entrenado.

—¿Qué mantelería te parece más apropiada para la ocasión, Amanda? —preguntó como poniendo a prueba mis prácticamente inexistentes conocimientos de protocolo y buenas maneras.

Inquieta, sentí que mi falta de experiencia podía dejarme en el más absoluto de los ridículos. Tras unos segundos de duda, me atreví a opinar.

—¿La de hilo de color *beige* con flores bordadas? —pregunté temiendo quedar en evidencia.

—Esa parece una muy buena elección, ¿no cree, Thomas?

Thomas se limitó a asentir con la cabeza, parecía tener muy claro cuál era su lugar pese a que el trato que Meredith le dispensaba era cercano, dejando entrever la confianza que le tenía.

La miré nuevamente. Manipuladora, enérgica, segura, fría. La Meredith cercana y afable, tal y como sospechaba, había sido tan solo fruto de una ilusión, de un solo día. Ella no era así, todo en su mundo respondía a un propósito, a un fin perfectamente trazado. Por primera vez la vi tal y como realmente era: narcisista, egoísta y autoritaria. Mi única duda ahora era saber qué planes tenía realmente para Edward y para mí. No podía evitar desconfiar de ella, y más después del extraño e imprevisto encuentro de la noche anterior.

Faltaba poco para la hora de comer pero sentí que necesitaba algo de aire fresco, estar toda la mañana en la casa se había vuelto bastante claustrofóbico. Afuera la lluvia parecía no querer cesar, me puse el abrigo y salí al porche de la entrada. El día seguía desapacible, pero allí, a cubierto, no se estaba tan mal.

—Va a coger frío —dijo una voz masculina.

Sobresaltada, miré escaleras abajo. Era Henry, el chófer. Sentado al final de la gran escalinata con un cigarrillo entre los dedos, me observaba atentamente. Recordando aquella sonrisa picara en el espejo retrovisor, sentí que mis mejillas corrían el riesgo de volver a enrojarse.

—Necesitaba un poco de aire.

—Los Benet son una gran familia, aunque un poco absorbentes —añadió para mi sorpresa.

Aunque sabía que no debía tolerar aquel comentario por parte de alguien del servicio, no pude evitar pensar que tenía razón, y yo me sentía tan sola que seguí conversando como si nada. Por primera vez desde que había llegado a Chelston, alguien parecía hablar con franqueza.

—Les conoce bien, supongo.

—Mi padre les conocía mucho mejor, llevaba muchos años a su servicio; sin embargo, nunca llegó a sentirse del todo cómodo con ellos.

—¿Y eso?

—Tampoco a usted se la ve del todo cómoda, si me permite la osadía —dijo sabiendo que estaba rozando el límite de lo tolerable—. Ellos son distintos, de otra clase, especialmente la señora Stewart.

—Tiene razón. No estoy para nada acostumbrada a todo esto. Demasiado lujo y muy poca espontaneidad. No sé, se me hace algo difícil adaptarme. Quizás es que yo vengo de un ambiente muy distinto, mucho más distendido. Sin embargo, Edward se mueve como pez en el agua.

—Es posible que, como usted dice, se deba a eso, aunque yo tengo mi propia

opinión.

—Y... ¿se puede saber cuál es? No sé si debería compartirla con usted, al fin y al cabo es la novia del señorito Benet y yo... —Pareció darse cuenta de que podía estar sobrepasando los límites.

—No tengo intención de comentar con ellos nada de lo que hablemos aquí. ¿Acaso tengo pinta de ser una persona indiscreta?

—No, por Dios, para nada; no quise decir eso. —Se le notaba algo tenso—. Solo que yo no debería... Lo siento si le di una impresión errónea.

Henry me miró dubitativo, pero finalmente, tras una pausa, decidió compartir conmigo su visión.

—Aquí ocurren cosas muy extrañas —apuntó mientras apagaba el cigarrillo contra uno de los escalones.

—¿Extrañas? ¿A qué se refiere?

—Pruebe hablar del coronel, es como si nunca hubiese existido. Nadie, ni tan siquiera el servicio, habla de ese tema.

—Ya me he dado cuenta. —Hice una breve pausa—. Y no solo eso, la otra noche una de las muchachas se fue de madrugada. Se ha enterado, ¿no?

—No, no lo sabía, aunque no es la primera vez que alguien del servicio intenta irse, pero sí sería probablemente la primera vez que realmente alguien lo consigue.

—¿Cómo? —Tal afirmación me dejó sorprendida.

—Bueno, que el personal no esté contento no es tan extraño, ¿no? —Parecía que estuviera tratando de suavizar lo que acababa de decir—. Y por otra parte, la señora Meredith no suele dejar que su personal se vaya con tanta facilidad. Es difícil encontrar trabajadores eficientes viviendo a las afueras de Londres.

En aquel momento el coche de Edward llegó a la finca por el camino principal. Al verme allí fuera y hablando con Henry, bajó del coche con premura.

—¿Se puede saber qué haces aquí fuera? Vas a coger una pulmonía. —Miró a Henry de reojo con cierto recelo—. Además, mamá debe de estar buscándote, es tarde.

—Lo siento mucho —respondí viendo la expresión de disgusto de su rostro—. Necesitaba tomar un poco de aire, solo eso. No pensaba que se hubiera hecho tan tarde. —Agarré su mano con dulzura y nos dirigimos de vuelta a la casa—. Si me disculpa —dije con cortesía dirigiéndome a Henry mientras este bajaba la mirada en señal de respeto.

—Por cierto, ¿de qué hablabais? —preguntó Edward con una cierta desconfianza.

—De nada en especial. De la finca, de su trabajo, del tiempo... de ese tipo de cosas intrascendentes. Parece un muchacho agradable y trabajador.

—Sí, efectivamente, lo es —respondió sin demasiado entusiasmo—. Aunque recuerda que no es bueno confraternizar demasiado con el servicio.

Algo molesta por aquella observación que a mi entender era algo clasista e inapropiada, entré en la casa. Pensativa, sabía que tenía que volver a hablar con

Henry; además de ser una persona muy agradable, sabía mucho más sobre la casa y la familia de lo me había contado, eso seguro. Su última respuesta había sido claramente fruto de la prudencia, de la falta de confianza en mí. Era obvio que él sospechaba que allí pasaban cosas extrañas.

Como de costumbre, Meredith nos esperaba puntual sentada a la mesa. La paciencia no parecía estar entre sus virtudes. La comida, como siempre exquisita, estaba lista y Thomas, atento, permanecía quieto, de pie junto a la entrada del comedor, esperando a que entrásemos en la estancia.

—¿Algún problema? —preguntó al vernos entrar, posiblemente al percibir en la cara de Edward un cierto disgusto.

—¿Problema? No, en absoluto, no hay ninguno —respondí antes de que Edward pudiese abrir la boca—. Tan solo es que había salido un rato al porche a tomar un poco de aire fresco y Edward acaba de llegar; lamentamos mucho el retraso —añadí sabiendo que aquella pregunta escondía en su interior una evidente recriminación—. Tras estar todo el día dentro de casa, necesitaba airearme un rato, solo era eso.

Nuevamente, aquella mirada distante, fría y condescendiente me demostraba su completa desaprobación. Era evidente que Meredith odiaba los imprevistos, los cambios y, en especial, el tener que esperar, sobre todo cuando era la hora de comer o cenar. Estaba tan acostumbrada a ser ella la que dictase las normas y los horarios de todo, a llevar la voz cantante, que cualquier alteración le molestaba sobremanera.

VIII

LAS LLAVES

Para cuando terminamos de comer, la lluvia ya había cesado. Tras algunos minutos de charla estéril y profundamente aburrida, subí a la habitación y abrí la ventana para que el cuarto se refrescase. Aunque no hacía calor, la Sensación de cerrado me daba una cierta claustrofobia. Al abrir los portalones, un agradable olor a hierba mojada entró en la estancia. Me senté en la cama pensativa, recordando mi conversación con Henry. ¿Qué habría querido decir con «No es la primera vez que alguien del servicio intenta irse, pero sí sería la primera vez que realmente alguien lo consigue»? ¿Acaso el servicio no estaba allí por propia voluntad? ¿Acaso no podían irse cuando desearan? Un montón de preguntas daban vueltas por mi cabeza y no conseguía darles respuesta. Por otra parte, la posterior reacción de Henry me hacía suponer que había hablado más de la cuenta y que sabía que su comentario podía acarrearle muchos problemas. En ese momento, Edward entró en la habitación.

—Creo que voy a dar un paseo por la finca ahora que ha parado de llover y el día ha abierto. Me apetece tomar un poco de aire fresco —dijo mirando por la ventana—. ¿Me acompañas?

—Estoy cansada y ya sabes que hoy no he amanecido muy fina. Además, ya tuve mi ración de aire fresco por hoy. Si no te sabe mal, preferiría quedarme un rato aquí arriba, tumbada. No quisiera volver a encontrarme mal después.

—De acuerdo, cariño, luego subo a por ti —respondió sentándose a mi lado para darme un beso.

—¿Por qué no le pides a tu madre que te acompañe? Creo que le irá bien pasear un rato tras pasarse toda la mañana en casa. Así no vas solo. Además, se la ve tan sola que seguro que le encanta.

—No es una mala idea. Lo cierto es que la pobre mujer debe de pasar mucho tiempo sola desde que estoy en Nueva York. Nos vemos luego.

—Perfecto —respondí, y me incorporé para despedirle.

Aunque tenía razones más que de sobra para desconfiar de Meredith, no podía evitar sentirme mal por mentirle.

Esperé unos minutos a que Edward bajase las escaleras y miré por la ventana con el fin de asegurarme de que ambos salían de la mansión. Esa era mi oportunidad para encontrar las llaves del ala este, pensé. Sin ellas, jamás podría saber qué estaba pasando realmente en esa casa. Con cuidado y temiendo encontrarme a Thomas en cualquier esquina, avancé sigilosamente por el pasillo hasta el cuarto de Meredith. Mi corazón palpitaba con fuerza, temeroso de que Thomas o la propia Meredith apareciesen de pronto en la habitación y me sorprendiesen. Con los nervios a flor de

piel, miré uno a uno todos los potes y bandejas que había sobre la cómoda, pero ahí no había ninguna llave. Luego, tratando de dejar todo como estaba, abrí los cajones y los armarios. Era extraño, pero en aquellos muebles apenas había ropa, y Meredith no se distinguía precisamente por la austeridad en el vestir. ¿Dónde guardaría todo su apabullante vestuario? Revisé nuevamente cada rincón, pero allí no había ninguna llave. ¿Y si las llevaba encima?, pensé al borde del desespero y a punto de darme por vencida. Fue entonces cuando recordé las llaves en la mesa del despacho del coronel. ¿Podían ser aquellas las llaves que andaba buscando? Aunque al inicio me pareció absurdo que Meredith dejase algo tan importante tan a mano, luego me fui dando cuenta de que aquel era realmente el lugar menos sospechoso de la casa. Lo lógico era buscar en su habitación, como yo lo había hecho, y no en el despacho cerrado de un muerto. De no haber sido tan sumamente curiosa con la figura del coronel, jamás hubiese abierto aquellos cajones y jamás se me hubiese pasado por la cabeza buscarlas allí. Salí con precaución de la habitación de Meredith y subí al tercer piso. Tenía que comprobar si estaba en lo cierto.

Entré como la vez anterior y fui directa al escritorio; abrí el cajón y las vi. Allí estaban, lo había sabido desde el principio pero no había caído en la cuenta. Indudablemente tendría que comprobar que eran las correctas pero, a simple vista, lo parecían. Apenas alcancé a deslizarías en el interior del bolsillo de los pantalones cuando la voz ronca y grave de Thomas me sobresaltó haciéndome dar un brinco.

¿Necesita algo, señorita Kresley?

No pude evitar que un chillido agudo, de sobresalto, se escapara de mi garganta. Era imposible que Thomas no hubiese visto el miedo en mi rostro.

—¿La he asustado? —preguntó viendo que el tono rosado de mi piel seguramente se había quedado en un color cercano a la cera—. Siento si ha sido así, pero es que oí ruido y como nadie suele subir aquí...

—Sí, me ha asustado y mucho. Lo cierto es que no esperaba a nadie, y estaba paseando tranquilamente por la casa, haciendo algo de tiempo hasta que Edward y Meredith regresen —dije algo enfadada aunque tratando de aparentar normalidad.

—Lo siento.

—No pasa nada —apunté tratando de suavizar la situación.

Aquel hombre parecía estar en todas partes. La verdad es que no sabía a ciencia cierta si me había visto coger las llaves o no y eso me estaba generando una gran angustia. No tenía forma de justificar mis acciones de ningún modo, así que recé para que no hubiese visto nada.

—Con su permiso, creo que bajaré al Salón Azul y me tomaré un té. ¿Tienen té de azahar?

—Sí, por supuesto. Enseguida se lo preparo.

Mientras Thomas se dirigía a la cocina a prepara el té, me acerqué rápidamente a mi habitación con el fin de guardar las llaves en la cómoda; no debía llevarlas encima. Ahora tan solo quedaba encontrar el momento oportuno para entrar en el ala

prohibida, y no iba a ser fácil.

Sentada en aquel salón y con la mirada perdida en algún punto indeterminado del exterior, mi cabeza no dejaba de dar vueltas. Encontrar el momento para desaparecer y entrar en el ala este parecía muy complicado. Aquella casa siempre estaba repleta de gente deambulando de un lado para otro y, además, estaba convencida de que Thomas sospechaba algo. Por otro lado, la idea de que Meredith pudiese buscar las llaves me inquietaba enormemente. Fuera, el silencio y la serenidad del paisaje contrastaban con mi estado de ánimo.

—¿Va a querer azúcar? —preguntó Thomas mientras dejaba la taza de té y un platito de pasteles sobre la mesa.

—Sí, dos cucharadas —respondí sin prestarle demasiada atención.

—Por cierto —añadió Thomas—, el ama de llaves me pregunta si necesitará que le planchen el vestido de noche.

—¿Vestido? —pregunté medio ausente.

—Sí, el de la fiesta del jueves.

—¡Oh, claro! —Salí por unos instantes del trance en el que estaba inmersa—. Por supuesto, que planchen el vestido.

En cuanto Thomas salió de la habitación volví a sumergirme en mis pensamientos. Durante unos instantes traté de imaginar qué podía esconderse tras aquellas puertas. ¿Recuerdos que nadie quería tener cerca, información que pudiese perjudicar a la familia...? ¿Y si en vez de algo, lo que escondían allí era a alguien? Miles de hipótesis fantasiosas, más propias de una película de suspense que de la vida real, empezaron a aflorar de forma irracional en mi cabeza. Suspiré y, regresando a la realidad, traté de pensar cuál sería el momento más propicio para entrar en el ala. Sin lugar a dudas, este iba a ser durante la fiesta. Esa era la situación ideal. Nadie, ni tan siquiera el servicio, andaría deambulando por las plantas superiores ese día. Esa noche, todos estarían en la planta baja o en la cocina. En algún momento entre los postres y el baile subiría a la segunda planta y abriría por fin aquellas misteriosas puertas. Primero debía probar las llaves, luego las regresaría a su sitio, por si Meredith u otra persona decidía buscarlas, y el jueves, justo antes de que llegasen los invitados, las cogería de nuevo. También tendría que hacerme con una linterna. Independientemente de que el ala tuviese luz, en ningún caso podía encenderla; siendo de noche, el riesgo de que alguien pudiese ver el reflejo desde el jardín era enorme.

Miré otra vez por la ventana y vi que el sol parecía querer salir por fin. A lo lejos, Edward y su madre se acercaban paseando plácidamente ajenos a mis planes. Aprovecharía la hora de la cena para probar las llaves, ese sería un buen momento. Era fácil ausentarse unos minutos con la excusa de ir al baño. Luego dejaría las llaves nuevamente en su lugar hasta la noche del jueves.

—Parece que finalmente el sol va a hacer acto de presencia —dijo Edward entrando en el salón.

—Sí, ya he visto que el día se ha animado —respondí mirando por la ventana—. ¿Qué tal el paseo?

—Fantástico, muy relajante —dijo Meredith—. Deberías habernos acompañado en vez de quedarte aquí sola.

—¿Qué has hecho mientras tanto? —preguntó Edward.

—Poca cosa, descansar y dar un paseo por la casa.

—¿Os apetece una partida de cartas antes de cenar? —preguntó Meredith mientras se sentaba a mi lado—. ¿Sabes jugar al *cribage*?

—Yo...

—Tranquila, enseguida te enseñamos. No es demasiado complicado —respondió Edward ante mi cara de desconcierto.

En el bar de la universidad, con tal de no ir a clase, había aprendido a jugar a muchas cosas, al mentiroso, al *bridge*, al póquer, incluso a los corazones, pero el *cribage* era completamente desconocido para mí. Siempre me había parecido un juego típico de la antigua nobleza. Mientras Edward sacaba todo lo necesario para jugar, mi mente seguía pensando en algo muy distinto: en la maldita ala este. Apenas escuché las instrucciones y, de hecho, perdí, y por mucho, aquella partida.

Cuando nos sentamos a la mesa para cenar sentí cómo mi estómago se encogía. Solo pensar en que alguien me sorprendiese probando aquellas llaves hizo que me quedase sin hambre. Edward me miró extrañado por la poca cantidad que me servía en el plato, seguramente pensó que seguía encontrándome mal como por la mañana. Tras observarme durante unos minutos, finalmente, me preguntó si estaba bien, no sin cierta preocupación.

—Es solo que no tengo demasiado apetito —apunté tratando de restarle importancia a mi falta de hambre.

Justo antes de que sirviesen el segundo plato me levanté y, pidiendo excusas, me fui hacia el baño. No tenía demasiado tiempo. A toda prisa corrí hasta la habitación, tomé las llaves del cajón y me acerqué a la puerta de la segunda planta. Nerviosa, miré a ambos lados para cerciorarme de que estaba sola. Introduje la primera llave en la cerradura y probé a girarla. Esa llave parecía no ser la correcta. La saqué y probé con la segunda.

—¡Bien! —dije en voz baja al ver que la llave entraba—. La otra será de la planta superior —concluí.

La cerradura giraba sin problemas y la puerta se abrió mostrándome la parte del rellano oculta tras ella. Allí no había nada que hiciese pensar que aquella ala estaba en obras, al menos no hasta donde mis ojos alcanzaban a ver. Quizás mis sospechas no eran infundadas, pensé. Cerré con rapidez y me dirigí con premura al despacho del coronel para dejar, nuevamente, las llaves en su sitio. No debía levantar sospechas.

—¿Estás bien? —preguntó Edward al verme llegar al comedor. Estaba algo sofocada tras la carrera que acababa de realizar.

—Sí, cariño, tan solo tengo algo de calor —respondí tratando de no parecer

alterada.

—¿No tendrás fiebre?

—No, tranquilo.

Cada vez me costaba más parecer serena y mi confianza hacia Meredith se debilitaba por momentos. Que había algo extraño en Chelston era obvio, ahora tan solo quedaba por averiguar de qué se trataba. En mi interior no podía evitar desear que todo fuera tan solo un malentendido, y de no serlo, tan solo pedía que Edward no tuviese nada que ver.

—Podríamos tomar el café en el porche, ¿no? —dijo Edward al finalizar los postres y para nuestra sorpresa.

—Perfecto. —Estaba deseosa de que me diese un poco de aire fresco tras aquel carrerón.

—Yo, si me disculpáis, me retiraré a descansar —dijo Meredith con el semblante cansado.

—Thomas, la señorita Kresley y yo tomaremos el café en el porche.

Tras un día lluvioso y bastante desagradable, la noche se mostraba apacible, incluso algo más cálida que la mañana. Edward, atento como siempre, me ayudó a colocar una rebeca sobre mis hombros. La luna, sin apenas nubes que pudiesen enturbiar su visión, resplandecía en el cielo iluminando los jardines y creando una atmósfera idílica a diferencia de la noche anterior. El lago brillaba a lo lejos como si fuera mágico, o de cristal. Nos sentamos en el porche y Thomas sirvió los cafés. Por un instante, sentí que la tranquilidad que se respiraba ahí fuera impregnaba mi alma infundiéndome la paz que había perdido. Miré a Edward como tratando de reencontrar al hombre del que me había enamorado y buscando la manera de apartar de mí todas aquellas intrigas y dudas respecto a Meredith y Thomas. Casi me costaba recordar lo mucho que le quería y los buenos ratos que acostubrábamos a pasar juntos. Habían pasado tantas cosas desde que habíamos llegado allí que mi corazón se sentía desubicado, perdido. Mis amigas solían decir que el tiempo lo cambiaba todo y que incluso el hombre más atento y cariñoso terminaba por acomodarse. Quizás fuese una romántica empedernida pero me negaba a aceptar que aquello pudiese pasarme a mí. De pronto, mientras estaba perdida en mis recuerdos, Edward se levantó de improviso, se arrodilló ante mí y me tomó de la mano.

—¿Qué haces? —pregunté extrañada.

—Creo que te debo algo —dijo con aquella mirada tierna y sincera tan característica de él y que tanto echaba de menos—. ¿Quieres casarte conmigo? —preguntó sacando de su chaqueta una cajita en cuyo interior había un anillo de compromiso.

Mi cuerpo se paralizó y hasta el ritmo de los latidos de mi corazón parecía haber cambiado su cadencia. Sentí que me faltaba el aire, que me ahogaba, y que mis manos temblorosas se sostenían a duras penas entre las suyas. Un extraño e incómodo nudo atorado en mi garganta me hacía casi imposible el articular palabra y la emoción

afloró en mis ojos en forma de lágrimas traicioneras. Toda aquella dureza, todo aquel aplomo del que siempre había hecho gala, se vio derrotado en unos segundos. Me sentí frágil, vulnerable, sensible. Noté cómo mis mejillas enrojecían y alcé los ojos mirando al cielo, tratando de contener aquel lagrimeo. Aquello era lo último que esperaba. Respiré hondo y con un casi inaudible hilo de voz contesté:

—Sí, sí quiero.

Edward borró de un plumazo todo el disgusto y la desazón que Meredith me había producido al comprometernos de aquella manera. Le miré, tratando de secarme las lágrimas de emoción, y él, levantándose y tomándome de las manos, insertó aquel hermoso anillo de compromiso en mi dedo anular. Lo miré anonada, casi sin creer que aquello que me estaba pasando era real. Estaba prometida, pensé para mis adentros, me iba a casar con él. Ahora sabía que aquello iba realmente en serio, que todo iba a ser distinto, tenía que ser distinto.

—Sé que seremos muy felices, ya verás —dijo besándome como hacía mucho que no lo hacía.

De pronto, todas mis dudas, todos mis miedos, se aplacaron, desaparecieron de golpe, dejando lugar a un sentimiento de felicidad hasta entonces desconocido. Parecía como si nuevamente hubiese recuperado la ilusión y al hombre del que me había enamorado. En un abrir y cerrar de ojos, Edward volvió a ser aquel príncipe azul que conocí frente al lago de Central Park, aquel mismo hombre atento que me rescató del agua cuando resbalé al quererme encaramar a una de las rocas. El mismo que, pese a verme chorreando y con todo el rímel corrido, me dijo que era la mujer más bella que había conocido en años.

En ese momento, Edward me abrazó con todas sus fuerzas sumergiéndome en su pecho y dejando que el silencio de la noche tomase las riendas de nuestro mundo durante unos breves instantes. A lo lejos, el leve sonido del viento acariciando las ramas de los árboles parecía marcar de forma rítmica el compás de nuestra respiración. Ahora Edward iba a ser mi marido y en mi corazón ya no había espacio para otra cosa que no fuera quererle. No podía, no debía, seguir albergando aquella desconfianza que me estaba matando y me prometí no hacerlo. Me sentía feliz, radiante.

Subimos a la habitación comiéndonos a besos. Tras cerrar la puerta y recuperando la pasión que parecía habernos abandonado aquellos días, Edward dejó que sus dedos, sedientos, recorrieran todo mi cuerpo sin dejar ningún resquicio a la imaginación. Su lengua, sus labios, cautivos del deseo, se adentraron sutiles pero firmes en mi cuerpo haciéndome arquear la espalda hasta perder el juicio. Mis manos, ávidas de su sexo, se adentraron entre sus muslos ardientes buscando darle placer. Presos por la pasión, dejamos que nuestros cuerpos se fundiesen envueltos en un halo salvaje y lascivo.

Aquella noche a duras penas pude conciliar el sueño, solo que esta vez el motivo era bien distinto. Tras varias vueltas en la cama, me levanté y me apoyé en el marco

de la ventana. Era tan feliz que no podía dormir y mis pies parecían querer levitar por toda la habitación. Miré por la ventana, como otras muchas noches. Chelston lucía hermoso bajo aquella luz. Tomé mi anillo de la cómoda y me lo puse nuevamente. Necesitaba verlo, observarlo, disfrutar de él una vez más. La habitación se llenó entonces de pequeñas estrellas de colores generadas por el reflejo de la luna sobre él. La imagen era hermosa, onírica, casi mágica. Como si de una niña pequeña se tratase, comencé a dar vueltas sobre mí misma en un acto de locura. Mientras Edward seguía durmiendo, exhausto tras hacer el amor, ajeno a la felicidad que me invadía, no podía evitar mirarle con dulzura tratando de imaginar lo que el futuro nos deparaba. Por unos instantes me acerqué a la cama deseosa de despertarle y compartir con él la ilusión que sentía en aquel momento. Luego, la sensatez hizo acto de presencia y dejé que continuase durmiendo. Al igual que él, yo también necesitaba pensar que todo iba a salir bien, que íbamos a ser tremendamente felices juntos.

IX

UN DÍA ANTES DE LA GRAN FIESTA

Desde primera hora de la mañana Chelston se llenó de gente. La casa era como un hormiguero lleno de personas llevando objetos de un lado para otro. Había muchas cosas que hacer y no se podían dejar para última hora. Meredith, además de una perfeccionista, era ya una veterana en la organización de actos y sabía que todas las cosas bien hechas necesitaban su tiempo. Debían de ser cerca de las nueve y media de la mañana cuando el continuo barullo de personas entrando y saliendo de la casa me despertó. Traté de seguir durmiendo un rato más pero el ruido era tremendo. Medio dormida, me asomé a la ventana. Abajo, junto a la entrada, había tres o cuatro furgonetas y varias personas descargando todo tipo de material. Sillas, telas, flores, altavoces y todo tipo de artilugios lucían expuestos sobre el césped de la entrada como si se tratara de un bazar. Mientras, un par de operarios decoraban el paseo de entrada con antorchas y grandes macetas repletas de flores que aportaban un bonito toque de color azulado al paisaje. A la derecha de la entrada, otro grupo de hombres se esforzaba por montar una especie de carpa blanca. Allí era donde Meredith quería hacer el aperitivo y el cóctel de bienvenida. Bostezando, traté de despejarme; las legañas hacían que viese todo algo borroso.

Tras asearme y ponerme algo cómodo, bajé la escalera hasta llegar al *hall* de entrada. Allí estaba Meredith, rodeada de un grupo de doncellas a las que aleccionar. Era obvio que Edward tenía a quien parecerse: ese brío de buena mañana era una clara herencia de su madre. Al verme bajar, Meredith paró un instante la conversación.

—Creo que te hemos despertado.

—No pasa nada, es una buena hora —respondí dirigiéndome al comedor para tomar el desayuno.

—Perdona, Amanda. El desayuno lo hemos puesto en el Salón Chino; necesito dejar el comedor y los salones adjuntos preparados para mañana.

—Gracias. —Me detuve un instante—. ¿Y Edward? —pregunté todavía medio dormida.

—Creo que ha bajado con Thomas a la bodega para seleccionar los vinos y los licores. Ya sabes, esas cosas que hacen los hombres.

—Perfecto —contesté con una sonrisa y encaminándome hacia el sótano—. Me acercaré a darle los buenos días.

Aunque tenía muchas ganas de tomarme un café con leche, preferí bajar primero a la bodega para darle un beso. En mi mente todavía ondeaban las agradables sensaciones de la noche anterior. Había recuperado la ilusión nuevamente y, al igual

que una quinceañera, corrí emocionada a su encuentro. Bajé las escaleras con premura, pero cuando estaba a punto de entrar en la bodega, oí al fondo la voz de Thomas.

—Ayer volví a sorprender a la señorita Kresley en el despacho del coronel. Creo que se asustó al verme.

—No pasa nada, no te preocupes. Estoy convencido de que es simple curiosidad —respondió Edward.

—Eso espero.

Sin saber cómo reaccionar, me quedé durante unos instantes escuchando aquella extraña conversación. ¿Por qué Thomas tenía tanto interés en que Edward supiese que había estado en el despacho del coronel? ¿Y por qué Edward aceptaba que el mayordomo le hiciese aquel tipo de comentarios sobre su prometida? Por un momento me sentí dolida. Era como si Thomas importase más que yo, pensé. En aquel instante se me quitaron todas las ganas de hablar con Edward y decidí regresar arriba. Sin embargo, en el trayecto hacia la escalera, tropecé con la pata del sillón que decoraba el pasillo.

—¿Quién hay ahí? —preguntó Edward saliendo con rapidez de la bodega.

Sabía que no me daba tiempo a desaparecer de allí, así que opté por hacer ver que justo acababa de bajar.

—¡Uff! —dije simulando que el golpe me lo había dado en la pantorrilla—. ¡Qué patosa que puedo ser!

—¿Te has hecho daño?

—No, no ha sido nada.

—¿Has desayunado ya?

—Iba de camino, pero tu madre me comentó que estabas aquí abajo y preferí bajar primero a darte los buenos días.

Edward se acercó a mí y me besó.

—Estamos seleccionando las bebidas, los licores, los puros y todo ese tipo de cosas —dijo tomándose de la cintura con ternura.

—¿Y tú? ¿Has desayunado ya?

—Sí, hace un buen rato.

—Bien, pues nos vemos después, amor —y me dio un dulce beso.

Subí los escalones sintiéndome mal por haberle mentado y no haberle preguntado abiertamente sobre aquella conversación. Una vez más, mi cabeza y mi corazón iniciaban vías distintas. Entré en el Salón Chino, me senté a la mesa y pedí un café con leche bien cargado; sabía que el día iba a ser largo. En ese momento Meredith entró en la estancia.

—Voy a hacerte un poco de compañía mientras desayunas. Me tomaré un té verde —dijo mirando a la camarera de reojo.

Sonreí tratando de ser agradable, aunque, sinceramente, hubiese preferido estar a solas. La compañía de Meredith desde primera hora de la mañana era quizás algo

demasiado intenso. Con el tiempo, esa forma absorbente y monopolizadora de ser de Meredith acababa por agotar a cualquiera.

—Me ha dicho un pajarillo que ayer alguien se declaró —añadió con una sonrisa que denotaba complicidad.

—Sí, fue muy bonito —contesté, y alcé mi mano para mostrarle el anillo.

—Edward siempre tuvo un gusto exquisito para las joyas —dijo observando la pieza.

—Sí, es precioso.

Entonces Meredith empezó a comentar un sinfín de detalles de la fiesta. Hablaba sin parar, como una cotorra, y yo estaba tan sumergida en mis pensamientos que ni tan siquiera era capaz de oír lo que decía. Como una autómatas, me limité a ir asintiendo con la cabeza mientras veía que ella cada vez se aceleraba más.

—Todavía tenemos que ver cómo organizamos las mesas. ¿Me ayudas? —preguntó sacándome del trance en el que me había sumergido.

—Sí, claro —respondí sin saber demasiado bien cómo iba a ayudarla a colocar a gente que ni tan siquiera conocía. Además, mis nociones de protocolo eran prácticamente inexistentes.

Debían de ser cerca de las doce cuando, agotada de cuadrar mesas, dejé a Edward con su madre y salí con ganas de andar un rato. El exceso de familia política estaba siendo extenuante. En mi cabeza cientos de nombres de auténticos desconocidos sonaban como martillazos repetitivos y cacofónicos. Fuera, un despliegue de personal seguía trabajando en la decoración de la entrada. Anduve hasta la parte posterior de la casa deseosa de alejarme de todo aquel barullo. Allí, junto a las cocheras, Henry se afanaba en limpiar el Cadillac y el resto de vehículos. Ataviado con unos tejanos raídos y con el torso desnudo, mojado por las gotas de sudor que caían por su espalda, era fácil dejarse llevar por fantasías de lo más sugerentes.

—¿Esto es siempre así? —pregunté tratando de no mirarlo de forma demasiado descarada.

—Me temo que sí —dijo al tiempo que levantaba la vista, aparentemente incómodo por la forma en que iba vestido—. Aunque ahora hacía bastante que no había ningún evento.

—Desde la muerte del coronel, ¿no?

—Bueno, sí, más o menos... —Parecía que no quería hablar de aquel tema.

—¿Cómo que más o menos?

—Oiga, yo... no debería estar hablando de esto con usted. Al final me buscaré un problema.

—¿Qué hay de malo en que hablemos?

—Nada, pero... no todo el mundo lo ve así.

Henry sabía más cosas de las que contaba, estaba convencida, y probablemente, tras la conversación que habíamos tenido, alguien, posiblemente Edward, le había llamado la atención.

—Por cierto, ¿qué quiso decir el otro día con que varias chicas habían intentado irse pero ninguna lo había conseguido?

—Bueno, nada, solo que a la señora no le gustan los cambios ni los imprevistos, y eso incluye el hecho de que el personal se vaya sin más.

Le miré con reticencia, sabía que no me estaba diciendo toda la verdad, pero era lógico que no confiase en mí.

—¿Y qué ha querido decir con lo de más o menos? —Quería obtener respuestas.

Henry parecía sentirse acorralado y no sabía cómo salirse del fregado en el que se había metido.

—Es tan solo que ocho meses después se organizó una, aunque un día antes hubo que anularla. Eso es todo —respondió intentando dar el tema por zanjado.

—¿Y eso? No sabía nada de esa fiesta.

—Creo que estoy hablando más de lo debido. Voy a meterme en un apuro.

—No, por favor, no pare. Nadie me cuenta nada y yo ya no sé qué pensar. Usted debería saber mejor que nadie qué se siente cuando se está solo.

—Ya, pero yo... no debo...

—¡Por favor, confíe en mí!

Tras un suspiro, Henry dejó la esponja en el cubo, se colocó la camisa sin llegar a abrocharla y se acercó a mí.

—Verá, fue cuando el señorito Edward estuvo a punto de prometerse.

—¿Cómo? ¿Prometerse? ¿Con quién?

Henry suspiró con un dejo de angustia y miró al cielo, se había metido en la boca del lobo sin quererlo. Ahora sí que estaba en un verdadero aprieto.

—Ya he metido la pata hasta el fondo —dijo bajando la cabeza como queriendo que la tierra lo engullera—. Si es que nunca aprenderé a estarme callado...

—Jamás me habló de ello —añadí completamente descolocada—. ¿Le escondería usted algo así a su prometida? ¿Qué se supone que debo pensar?

—Oiga, yo... no soy nadie para opinar.

—¿Por qué me lo ocultaría? Sinceramente, no puedo entenderlo y, cuanto más lo pienso, más me enfado.

—Quizás fuese porque la señorita Diane se largó, le abandonó un día antes de prometerse. ¿Se imagina cómo debió sentirse? Ningún hombre alardearía precisamente de ello.

—¿Acaso eso justifica que me mienta? —exclamé indignada—. No trate de justificarme.

—Yo... no intento nada... lo que no quiero son problemas. Necesito este trabajo, ¿sabe?

—Tranquilo, nadie sabrá que hemos hablado, se lo prometo.

—Gracias —dijo regresando rápidamente a sus quehaceres.

En mi interior un torbellino de emociones luchaba por salir, pero la razón me decía que al menos debía darle a Edward la oportunidad de defenderse. Me sentía

estafada, engañada, y si Edward no era capaz de darme una respuesta coherente a aquello, difícilmente podría mantener nuestro compromiso, pensé.

Henry comenzó entonces a alejarse y de pronto recordé que para poder entrar en el ala este iba a necesitar una linterna y que posiblemente solo él sabría dónde podía encontrar una. Aunque mi cabeza se hallaba ahora enfrascada en otro tema, mi curiosidad por saber la verdad sobre Chelston y sobre lo que se ocultaba en esa parte de la casa seguía allí. Pero ¿qué excusa iba a darle a Henry? ¿Para qué necesitaría una chica normal una linterna en Chelston House?

—Henry, un momento —dije tratando de pensar con rapidez.

—¿Sí?

—¿Sabe dónde podría encontrar una linterna?

—¿Una linterna...? —preguntó extrañado.

—Sí, verá... ayer se me cayó un pendiente debajo de la cama y no soy capaz de encontrarlo. Pensé que con más luz...

—¿Por qué no se lo dijo a una de las doncellas?

—Es que andan tan atareadas hoy que me supo mal.

—No se preocupe, ahora mismo le dejo una —respondió, al parecer sin poner en duda mi explicación.

Con la linterna en la mano me alejé de allí. Necesitaba pensar, necesitaba saber cómo iba a afrontar el hecho de que Edward me hubiese ocultado cosas. Me alejé de la casa y me senté bajo uno de aquellos frondosos árboles. Sabía que tarde o temprano Edward saldría a buscarme y yo debía tener las cosas claras. ¿Por qué nunca me habló de Diane? ¿Y qué debió de ocurrir para que le plantase de aquella forma? Eran tantos los interrogantes que se abrían y tan pocas las respuestas que tenía que por primera vez en todo ese tiempo empecé a pensar que quizás lo mejor era abandonar aquel barco y regresar a casa sola. Allí las cosas eran diferentes. Eso fue probablemente lo que pasó con Diane, pensé para mis adentros. Allí, en Chelston, todo se complicaba y los sentimientos estaban a flor de piel. Echaba tanto de menos nuestra casa y mi vida en Manhattan que la belleza de aquel lugar ya no me compensaba. A lo lejos vi a Edward en el porche mirando a ambos lados; me estaba buscando. Envolví rápidamente la linterna con el jersey que llevaba a los hombros y luego, incorporándome, alcé la mano para que me viera. Sabía que me esperaba una conversación muy intensa y a Edward también.

—¿Qué haces aquí sola? —preguntó sorprendido.

—¿Quién era Diane?

La expresión de su rostro cambió rotundamente. Lo había dejado al descubierto, desnudo. Durante unos segundos enmudeció sin saber qué cara poner. Era obvio que le había puesto en un aprieto.

—¿Quién te habló de ella? —preguntó finalmente.

—Qué más da quién lo hiciera. ¿Acaso eso cambia el hecho de que jamás me hablaras de ella? ¿Por qué nunca me hablaste de ella?

Con la mirada perdida en la lejanía del prado, Edward empezó a contarme una parte de su vida que posiblemente casi nadie conocía, una parte de la que, a juzgar por la expresión de su rostro, no se sentía especialmente orgulloso. Algo que parecía había enterrado en lo más hondo de su corazón por diversas razones. Tras algunos instantes en los que parecía debatirse entre la idea de contarme la verdad o no hacerlo, habló:

—Conocí a Diane al poco tiempo de morir mi padre, formaba parte del bufete de abogados que llevó los papeles de su herencia. Ella me ayudó mucho en una época muy difícil y, al final, me enamoré. Como puedes ver, tampoco hay mucho que contar.

—¿Y cuándo pensabas hablarme de ella y de vuestro proyecto de boda?

Apesadumbrado, Edward agitó la cabeza de un lado a otro como queriendo negar aquello.

—Nunca —respondió para mi asombro—. Diane me dejó tirado un día antes de prometernos sin motivo alguno y no volví a saber de ella. ¿Crees que quiero acordarme de eso? Hace tiempo que pasé página y es mejor así. Era mejor que no supieses nada.

—Supongo que prefieres no recordarla pero, Edward, yo necesito saber las cosas, necesito confiar en ti. Y cada día que pasa confío menos.

—¿Y qué te lo impide?

—Los secretos, las mentiras. Este lugar, tu familia está llena de ellos —respondí con lágrimas de rabia y desespero en los ojos.

—Está bien —dijo sentándose a mi lado—. Te mereces sinceridad.

—Pues empieza a contarme cosas.

—¿Recuerdas el vestido de gasa que te probaste en Grantham? El de color crudo —me preguntó mientras secaba mis lágrimas con su mano.

—Sí, claro.

—Era idéntico, o al menos muy parecido, al que ella se compró para la ocasión. ¿Entiendes ahora mi reacción cuando te vi con él puesto? Siento haber sido tan brusco, supongo que debiste pensar que me había vuelto loco.

Bajé la cabeza asintiendo.

—¿Y la cinta rosada que hallaste en el armario el día que llegamos?

—Sí.

—Pertenece al vestido. Por eso me enfadé tanto al verla en el armario. Eso no debía estar ahí. Deberían haberlo limpiado hace mucho tiempo, antes de que nosotros llegásemos.

—Comprendo.

—No quería volver a pensar en ella nunca más; no lo merece. Me hizo mucho daño y, ahora que he empezado de nuevo contigo y soy tremendamente feliz, la última persona en la que quiero pensar es en ella. Es solo parte de un pasado remoto, un pasado que no tiene apenas valor.

—Ya.

—Siento si mi silencio te ha hecho daño. Lo último que quería era eso. Si no te hablé de ella fue porque no quería que su recuerdo enturbiara lo que va a ocurrir mañana. Mañana va a ser nuestro día, y no quiero que nada ni nadie lo estropee.

Le miré fijamente y supe que no mentía. Conocía sus miradas y esa era transparente, nítida como el agua. Parecía que ahora todo cobraba sentido. Me serené y, tras respirar hondo, decidí que debía perdonarle y seguir con la boda. Ahora tenía claro que mis sospechas sobre Edward eran infundadas.

—Siento haber hurgado en la herida —dije abrazándole—. Pero no vuelvas a ocultarme nada. Sabes que te quiero, ¿no?

—Y yo a ti, pequeña —respondió besándome con dulzura—. Esa herida se cerró hace tiempo. Ahora tan solo importas tú.

—¿Volvemos dentro? —Se hacía tarde y Meredith no tardaría en preguntar por nosotros.

—Sí, es casi la hora de comer y mamá estará buscándonos.

Aunque teóricamente el asunto había quedado zanjado, conocía a Edward demasiado bien y sabía que no cesaría en su empeño en saber quién me había hablado de Diane, por ese motivo traté de buscar una explicación lógica que no implicase a nadie.

—¿Quieres saber cómo supe de ella?

—Sí, claro.

—Esta mañana llamé al párroco del que me habló tu madre, el del pueblo más cercano.

—¿Y?

—Pues que por lo visto fue el mismo al que avisasteis la última vez. Fue él quien me preguntó si yo era Diane y si la boda se había reanudado. El pobre hombre se quedó mudo cuando le dije que mi nombre era Amanda.

—Me lo puedo imaginar —dijo Edward con una sonrisa.

Ahora estaba tranquila, sabía que la confidencia de Henry no iba a traer consecuencias.

Llegamos a la entrada y de inmediato subí a la habitación con la excusa de lavarme las manos; necesitaba esconder la linterna entre mis cosas.

Al igual que por la mañana, Thomas había montado una mesa provisional en el Salón Chino. Meredith, por su parte, apenas probó bocado. Según explicó, aquel tipo de organizaciones la dejaban tan exhausta que incluso se le olvidaba comer. En mi opinión, la razón era una muy distinta: quería que el vestido le cayese perfecto, que no le marcara ni medio gramo de más. Meredith era de esa clase de mujeres que son capaces de enfermar con tal de estar bellas.

Tras la comida, cansada de tanto montaje, decidí retirarme un rato a la habitación. Sabía que la tarde también iba a ser agotadora y, viendo el ritmo al que Meredith gestionaba todo, preferí coger algo de energía. Edward se quedó abajo tomando un

coñac en compañía de su madre.

Estaba a punto de entrar en mi habitación cuando vi a Ana, la doncella, limpiando los cristales del rellano.

—Ana, ¿podrías traerme unas toallas limpias, por favor?

—Por supuesto, señorita Kresley —respondió con voz fina y suave.

A los pocos minutos Ana regresó a mi habitación con las toallas. Abrí la puerta y la invité a pasar.

—¿Has sabido algo más de Sara?

—Yo... —dijo temerosa, dándose cuenta de que las toallas no habían sido más que una excusa para poder hablar con ella.

—Puedes confiar en mí.

—No sé nada de ella y estoy segura de que algo le ha pasado —respondió con voz llorosa y angustiada.

—¿Por qué crees que le ha pasado algo?

—Porque el día que se fue prometió que llamaría cuando estuviese a salvo, y no sé nada de ella.

—Comprendo. Dime, fuiste tú quien la acompañó a la puerta esa noche, ¿no?

Ana se quedó en silencio.

—Ana, no puedo ayudarte si no me lo cuentas todo —insistí.

Ana sabía muchas más cosas de las que contaba, pero era fácil ver el miedo reflejado en su rostro.

—Lo sé, tiene razón —dijo cerrando los ojos, como demostrando el temor que sentía—. Sí, la acompañé yo. —Tras una pausa continuó—: Aquí pasan cosas muy extrañas, señorita Kresley.

—¿Qué cosas?

—Todas sabemos que hay que ir con mucho ojo y no preguntar más de la cuenta ni meterse en líos. Desde que trabajo en esta casa han desaparecido al menos tres chicas, contando a Sara.

—¿Cómo? ¿Querrás decir que se han marchado?

—No. Dos de ellas nunca salieron de Chelston House, se lo puedo asegurar. Tan solo Sara lo consiguió.

—Pero... ¿quién...? ¿Para qué iba alguien a...?

—Quizás vieron o se enteraron de cosas que no debían.

—Cosas, ¿como qué?

—No lo sé. Sara decía que todas nosotras habíamos sido cuidadosamente seleccionadas, que no era casual.

—¿Por?

—Ninguna tenemos familia ni nadie que nos vaya a echar de menos. Si desaparecemos, nadie va a buscarnos. ¿No le parece extraña tanta casualidad?

Sentí que aquello me superaba. Una cosa era pensar que Meredith o Thomas guardaban algunos secretos y otra muy distinta era imaginar que secuestraban, o que

incluso mataban, a muchachas por algún extraño propósito.

De pronto, se oyeron pasos acercándose a la habitación.

—Sígueme la corriente —dije; tomando del baño las toallas sucias y agarrando de encima de la cómoda las que ella acababa de traer.

Entonces, decidida y con seguridad, abrí la puerta de la habitación como si Ana fuera a salir.

—Gracias por las toallas limpias, y llévese estas, por favor.

—Enseguida —dijo ella alejándose por el largo pasillo y tratando de aparentar normalidad.

Mientras, Edward entró en la habitación.

—Hola, cariño —dije besándole en la mejilla.

—¿No ibas a descansar?

—Sí, pero estaba tan cansada que me di una ducha y quería toallas nuevas para la noche.

—Bien. Creo que yo también voy a estirarme un rato, seguir el ritmo de mamá es realmente agotador.

—Está claro que tu madre tiene energía para acabar con todos nosotros juntos. — Hice un esfuerzo por decir algo coherente, la conversación que acababa de tener me había dejado impactada—. ¿Siempre es así de activa?

—Sí, siempre, y el día que deje de serlo será porque algo va mal.

Tumbada en la cama, no paraba de dar vueltas, pensaba que mi cabeza iba a estallar de un momento a otro. Ya no sabía qué pensar, tampoco sabía a quién creer. La conversación con Ana había hecho aflorar nuevos interrogantes todavía más inquietantes. Ahora más que nunca sabía que debía entrar en el ala este y averiguar de una vez por todas qué era lo que estaba pasando allí.

No podía seguir así, con aquellos malditos miedos, con aquellas sospechas que me estaban matando. Mi corazón seguía creyendo ciegamente en Edward, y, más aún, después de que se sincerase respecto a Diane. Mi cabeza, aunque algo más fría y analítica, tampoco estaba por la labor de desconfiar de él. En mi mente tan solo quedaban dos piezas de quien podía sospechar: Meredith o Thomas. Cualquiera de ellos podía ser el artífice de lo que estaba tras las puertas de aquella misteriosa ala. Tan solo cuando supiese la verdad sobre aquella familia podría seguir adelante con aquella boda o, en el peor de los casos, salir huyendo de Chelston House para nunca volver. Por otra parte, aunque deseaba poder sincerarme con Edward, no tenía nada salvo sospechas y conjeturas y, conociendo su mente analítica, necesitaba algo más sólido antes de poder hablar con él.

X

LA TARDE ANTES DE LA FIESTA

Después de media hora sin ser capaz de descansar, decidí levantarme. No podía evitar sentirme mal y preocupada por la desaparición de Sara. Deseaba con todas mis fuerzas que todo fuese un malentendido.

Salí de la habitación en silencio y bajé las escaleras tratando de esquivar a Meredith. Cada vez me costaba más aparentar que todo estaba en orden. Quizás, después de todo, lo más inteligente era hacer caso a las recomendaciones de Sara y Ana e irme de allí sin más. Entonces recordé la conversación con Henry y la forma en que Diane se fue de Chelston. ¿Y si ella, al igual que yo, empezó a desconfiar y terminó huyendo? Yo confiaba ciegamente en Edward pero ella quizás no lo hizo.

Salí de la casa dispuesta a dar un paseo por la finca. La tarde era apacible y lo cierto es que el estar entre aquellas paredes me causaba una sensación de opresión difícil de soportar. Tras sortear las furgonetas y a los operarios que andaban con cajas y arreglos de un lado para otro, me dirigí hacia el invernadero. Quizás ya iba siendo hora de visitar la tumba del coronel.

Aunque nadie hacía uso de aquel lugar, los cristales estaban bastante limpios y las plantas del interior, perfectamente cuidadas. La puerta, aunque cerrada, cedió fácilmente al hacer algo de presión. Nada más entrar, una bocanada de intensas y variadas fragancias me asaltó provocándome un pequeño ataque de estornudos. Nunca había tenido alergia al polen pero, sin lugar a dudas, aquel exceso de flores acumuladas en tan pocos metros cuadrados había desatado mi sensibilidad nasal. Allí había plantas de todo tipo: pequeñas, grandes, vulgares, exóticas, incluso algunas especialmente llamativas.

Avancé lentamente por los largos pasillos olisqueando algunas de aquellas hermosas flores. El lugar, pese a estar muy bien cuidado, era frío, impersonal. Era obvio que hacía tiempo que nadie disfrutaba especialmente allí y que su limpieza y atención eran fruto de una necesidad y no de un *hobby* como había sido antaño. Estaba a punto de llegar al final del pasillo cuando, al mirar hacia el lateral derecho, la vi. Allí, en la esquina, al lado de las orquídeas, se alzaba la lápida del coronel. Extrañada por lo frío y minimalista de aquel lugar, me acerqué a leer el epitafio. El texto era austero, sobrio, comedido e incluso excesivamente escueto para mi gusto:

SIR EDWARD REGINALD BENET

18-04-1951 - 03-06-2010

Por otro lado, la ausencia de ofrendas florales expresas, o de algún tipo de objeto

más personal, hacían del lugar un sitio aséptico, tan sumamente neutro y falto de alma que ponía los pelos de punta. Más que enterrarle allí, parecía como si lo hubiesen tirado, abandonado a su suerte, como si lo hubieran relegado al más absoluto ostracismo. En mi mundo, incluso a un animal de compañía se le hacía un entierro algo más cálido que ese.

La muerte del coronel era otro de esos misterios del que nadie osaba hablar en Chelston House. ¿Qué rara enfermedad habría acabado con su vida? ¿Por qué apenas se hablaba de él?

Estaba a punto de irme de allí cuando la voz de Edward me sorprendió por la espalda:

—Hacía mucho que no venía hasta aquí —dijo acercándose—. Ya veo que esto casi no ha cambiado.

—¡Vaya susto me has dado! —exclamé llevándome la mano al pecho. Sentí que el corazón casi me salía por la boca.

—Perdona. Te vi desde la ventana de la habitación y te seguí.

—Ya veo.

—¿Cómo te ha dado por venir hasta el invernadero?

—Necesitaba andar y aproveché para ver la tumba de tu padre. Recordé que me comentaste que estaba aquí y... bueno, simple curiosidad, solo eso. Espero que no te haya molestado.

—Tranquila, en absoluto. Lo cierto es que hace tiempo que ni mi madre ni yo venimos hasta aquí.

—No hace falta que lo jures —dije de forma impulsiva en un tono probablemente poco apropiado.

—¿Por qué lo dices?

—Esta no es la tumba de un padre o de un esposo, parece la tumba de alguien anónimo, de alguien casi desconocido —respondí sabiendo que aquella apreciación podía sentarle francamente mal.

—Siento si no te gusta, pero en casa no creemos demasiado en la «otra vida». Siempre hemos pensado que cuando te vas todo se acaba y que bajo tierra solo quedan los huesos.

—¡Qué frío suena eso!

—Bien, es tan solo una cuestión de practicidad. Si no crees que haya nada después de esta vida, ¿para qué hacer grandes entierros?, ¿para qué venir a rezar cada día ante su tumba? Para mí esto es solo una piedra conmemorativa y nada más.

—Visto así...

—Bueno, el día que te mueras prometo llevarte flores. ¿Contenta? —dijo con ironía tratando de provocarme una sonrisa.

—Perdona, pero pienso morirme después de ti —respondí siguiéndole la broma—. No voy a darte ese gusto.

—¡Muy graciosa! —exclamó, y me cogió de la mano—. Si has terminado aquí,

necesitaría que me ayudases con un tema —añadió cambiando por completo de tercio.

—Dime.

—He de elegir la música para los distintos momentos de la velada y un poco de compañía me iría bien. —Me guiñó un ojo—. Ya sabes que siempre he sido algo arrítmico.

—Sí, es cierto, más que oído lo que tú tienes es oreja —dije saliendo del invernadero—. Está bien, vamos.

—¡Qué ganas tengo de que pase todo esto!

—Ni que lo jures —añadí.

Aunque intentaba aparentar por todos los medios sentirme a gusto, la verdad es que hacía bastante que no lo estaba. Sabía a ciencia cierta que quería a Edward con locura, pero aquel entorno, aquellas dudas, tanto secreto me estaba matando. Una sensación de ahogo, de asfixia, se había instalado en mi pecho, en mi garganta, y estaba convirtiendo aquellas vacaciones en un calvario.

—Edward —dije parándome en mitad de la pradera y mirándole fijamente a los ojos—. ¿Y si nos olvidamos de toda esta fiesta y regresamos a casa? Echo tanto de menos Manhattan...

Edward frunció el ceño.

—¿A qué viene esto?

—No sé, siento que todo esto me supera, me desborda. Siento que no soy capaz de seguir con esto sin que me acabe afectando. Te lo pido por favor. ¡Vamos antes de que sea demasiado tarde!

—Pero ahora no podemos dejar a mamá plantada con todo en marcha. —Se le notaba sorprendido por mi petición—. ¿Tarde para qué? Pensaba que te hacía ilusión esta fiesta.

—Será que llevamos muchos días fuera de casa, y aquí todo es tan distinto... No sé, me siento confusa.

—Solo quedan cuatro días para regresar, no es para tanto, Amanda. Solo queda un último esfuerzo.

—Ya, pero te siento tan distinto, tan lejos...

—¿Confusa? ¿Distinto? ¿Lejos? A ti lo que te pasa es que quieres más besos y abrazos —dijo tomándome de la cintura y besándome como solía hacer.

—Quizás tengas razón. Lo siento si he sido demasiado vehemente. —Dejé escapar un suspiro, en mi interior sentía que salir de allí era la última oportunidad para ser felices.

—Además, mamá está muy ilusionada con el compromiso, ya lo sabes. Ahora no podemos darle este disgusto. Piensa que, en cuanto nos vayamos, volverá a quedarse sola y triste.

Llegamos a la casa y nada más entrar Meredith nos salió al paso.

—¿Dónde os habíais metido? —preguntó al vernos—. Os estaba buscando,

todavía queda mucho por hacer y en un par de horas cenaremos.

—Dando una vuelta —respondió Edward como evitando tener que dar mayores explicaciones—. Por cierto, Amanda y yo nos ocuparemos de la música. ¿Te parece bien?

—Sí, claro, me parece perfecto —dijo mientras revisaba con atención los arreglos florales de la entrada—. Creo que los del cuarteto de cuerda han llegado hace unos cinco minutos. Estarán en la entrada descargando el equipo.

—Gracias, mamá. —Edward me agarró de la mano y me llevó al porche—. Ya verás como todo saldrá perfecto.

Escuchar aquellas melodías al principio fue entretenido, incluso agradable. Pero luego, al rato, aunque traté de seguir mostrando entusiasmo, empecé a estar algo harta. Tras escuchar unas quince o veinte piezas, empezó a dolerme la cabeza.

—Cariño, ¿dónde hay aspirinas? —le pregunté en voz baja para no ofender a los músicos.

—Thomas o cualquiera de las doncellas te darán una —dijo sonriendo—. ¿Quieres que les llame?

—Tranquilo, ya les busco, así de paso iré al baño.

Estaba agotada y la migraña se había instalado en mi cabeza con decisión de quedarse. Mientras que con el dedo medio y el pulgar trataba de darme unos masajes en las sienes, me dirigí hacia la zona de servicio.

Thomas salió a mi paso, parecía estar presente en todas partes.

—¿Puedo ayudarla en algo?

—Sí, me duele bastante la cabeza y necesitaría una aspirina.

—Enseguida se la traigo —respondió, y se dirigió al armario donde guardaban los medicamentos.

—Thomas...

—Sí, dígame.

—¿Han vuelto a saber algo más de Sara?

—¿Sara? —preguntó como tratando de restarle importancia.

—Sí, la doncella que se fue la otra noche.

—Pues no. ¿Por qué habríamos de saber nada más de ella? —Su tono era algo desafiante, en teoría nada adecuado por su posición—. Se fue sin ni tan siquiera avisar.

—Tengo entendido que quedó en llamar para decir que se encontraba bien y nunca lo hizo.

—¿Llamar... a quién? —preguntó con cierto atisbo de inquietud.

—A sus compañeras.

—Aquí no ha llamado nadie.

—Será que no ha tenido tiempo —añadí con cierta ironía.

—Será... —concluyó mientras me daba la pastilla y un vaso de agua, con una entonación y una mirada que congelaron mi sangre por unos instantes. Estaba

completamente convencida de que, fuera lo que fuera lo que estaba pasando allí, Thomas estaba perfectamente enterado.

Sin cruzar ninguna otra palabra, le devolví el vaso de agua vacío y regresé nuevamente hacia el salón de baile. Allí seguía Edward, con cara de perro aburrido y escuchando pacientemente aquel cansino repertorio de piezas clásicas.

—¿Te importa si me acuesto un rato antes de cenar? Me temo que si no, el maldito dolor de cabeza no va a desaparecer.

—Ve tranquila, yo acabo con esto. Pero luego no te quejes si la música es horrenda —añadió en voz baja con aquella sonrisa tan característica suya.

Afortunadamente, entre la aspirina, el descanso y el consomé caliente que tomé en la cena, conseguí que el dolor de cabeza desapareciese. Sin embargo, el malestar que se había instalado en mi estómago no parecía querer remitir. La noche prometía ser larga y, aunque estaba muy cansada, sabía que en mi cabeza había demasiadas cosas como para poder dormir plácidamente.

Una vez más, apoyada en la ventana de la habitación, miré a lo lejos tratando de imaginar cómo seguiría el mundo fuera de aquellas paredes. Era como si Chelston fuese un mundo aparte, un universo independiente con sus propias leyes y normas. De pronto, por mi espalda sentí cómo Edward me abrazaba con dulzura.

—¿En qué piensas?

—En lo distinta y extraña que es la vida aquí.

—¿Distinta?, ¿extraña? —preguntó sorprendido—. Al llegar te parecía todo perfecto y augurabas que no querrías dejar esto, y ahora es como si quisieses irte cuanto antes. ¿Qué es lo que te ha hecho cambiar así de opinión? —dijo poniéndose frente a mí.

—No sé, cosas mías.

—¿Seguro? Deberías tratar de descansar y olvidarte de todo por un rato.

—Dime una cosa. ¿Es cierto que ninguna de las chicas que trabaja aquí tiene familia?

Edward me soltó y retrocedió un paso, después me miró con una mezcla de sorpresa y enfado.

—¿Y esa pregunta?

—Hablando con algunas de ellas me comentaron que todas están solas, que es un requisito para ser contratadas aquí... y me extrañó.

—Bien, Chelston está muy apartado de la ciudad y no podemos tener al servicio pidiéndonos permisos cada semana. Por otro lado, te ahorras muchos problemas: llamadas de familiares, hijos que reclaman tiempo de sus madres, visitas inesperadas, novios poco deseables que aparecen cuando no deben... Créeme, amor, es mucho mejor así.

—Tiene sentido.

Pensándolo fríamente, aquello no era tan extraño; era razonable. Muchas personas de las clases más adineradas contrataban a chicas sin familiares cercanos. Era una

forma de evitarse problemas y de garantizarse que no iban a irse a los dos días. Quizás mi lógica y mis dudas me estaban llevando a una actitud algo paranoica, pensé. Tomé las manos de Edward entre las mías y sonreí. ¿Tan difícil era seguir confiando en él?, me pregunté a mí misma harta de todas aquellas dudas.

—Seremos felices, ¿verdad? —le pregunté, como intentando aliviar la angustia que llevaba dentro.

—Por supuesto, amor. ¿Por qué no íbamos a serlo?

—Lo siento, serán los nervios previos al compromiso —añadí para intentar rebajar la tensión del momento—. Solo pensar en la fiesta se me revuelve todo. Tanta gente desconocida, tanto protocolo...

—Ya verás cómo luego pasa como si nada —dijo tratando de paliar mis miedos y mi nerviosismo.

—Supongo que tienes razón.

—¿Y si volvemos a la cama? —preguntó besándome en el cuello—. Mañana nos espera un largo día.

—Tienes razón, aunque te puedo asegurar que en este instante estoy completamente desvelada.

—Seguro que si te tumbas en la cama acabas durmiéndote. —Se sentó sobre su lecho.

Fuera, los grillos chirriaban con fuerza rompiendo el espeso silencio de la noche. Mientras Edward se acostaba, fui al baño y me refresqué la cara con el agua del grifo. Luego, me miré al espejo, como tratando de ver más allá, como tratando de preguntarle a mi reflejo en qué debía creer o qué debía hacer. Como era de esperar, no hubo ninguna respuesta. En aquel instante hubiese agradecido el no sentirme tan sumamente sola. Respiré hondo y me fui a la cama.

—Buenas noches, cielo —dijo Edward besándome con dulzura.

—Buenas noches —respondí tratando de serenarme.

Tumbada en la cama, empecé a dar vueltas. Con la mirada y mis pensamientos perdidos entre aquellas cuatro paredes, sabía perfectamente que me iba a costar mucho dormirme. Esa iba a ser otra noche en blanco.

XI

CONTANDO LAS HORAS

Debían de ser cerca de las nueve y media de la mañana cuando Edward me despertó. En su rostro vi que algo no iba demasiado bien. Fuera, el día lucía cerrado, desapacible. La mañana había amanecido lluviosa y Meredith parecía querer enloquecer. Cuando bajamos a desayunar vimos que, igual que un gato cuando se siente encerrado, no paraba de dar vueltas entre el *hall* y el porche, tratando de controlarlo todo. Aquello estaba cargándose toda su planificación y, para una mujer tan sumamente organizada y perfeccionista como ella, eso era el fin. Los encargados del tolo y de los arreglos florales corrían de un lado a otro tratando de salvaguardar al máximo todo el material. El servicio retiraba con urgencia los centros de flores poniéndolos a buen recaudo bajo el porche de la entrada. Meredith paseaba de un lado al otro, sin saber qué hacer. Aquello era digno de una escena apocalíptica. Tanto trabajo para nada.

—Parece que va a menos —dijo Edward tratando de animar a su madre—. Seguro que por la tarde abre.

—¿Estás seguro? —respondió ella completamente alterada—. ¿Acaso ahora eres el hombre del tiempo? Edward, ¡esto es un desastre! ¿Cómo lo voy a solventar?

—Tranquila, mamá, es solo una fiesta. No se acaba el mundo —añadió intentando tranquilizarla—. ¿Por qué no vienes a desayunar con nosotros?

—¡Es mucho más que una fiesta! —exclamó fuera de sí—. ¡Es la fiesta de compromiso de mi único hijo!

Tras resoplar un par de veces como un toro embravecido y dar otras tantas vueltas, añadió, buscando que la dejásemos tranquila:

—Ahora iré... adelantaos vosotros.

—Eso espero —le respondió Edward, sabiendo que aquello era una mera excusa, mientras me cogía de la mano y nos dirigíamos hacia el salón.

Sentados en el Salón Chino, empezamos a desayunar sin ella. Edward sabía perfectamente que no vendría, no al menos de momento. Estaba demasiado nerviosa como para comer nada. No era la primera vez que la veía así.

—¿Siempre se pone tan nerviosa antes de una fiesta?

—Siempre. Da igual si llueve, si hace calor, viento... cualquier excusa es buena para ponerse como una loca. Para ella estos eventos lo son todo. Supongo, ahora aun con más razón, que son lo único que le queda.

—¿No se ha planteado nunca irse a vivir a la ciudad? Quizás allí podría relacionarse más y se sentiría menos sola. Le iría bien tener más vida social.

—No. No dejaría Chelston por nada del mundo.

—Ya, pero esto la va a matar de pena. Tan sola, tras la muerte de tu padre...

—Tienes razón, pero adora esta casa y todos sus recuerdos están aquí. De Chelston solo saldrá con los pies por delante —dijo mientras acercaba el tazón del café con leche a sus labios.

Terminamos de desayunar y Meredith seguía sin aparecer. Mientras, en el exterior, parecía que había dejado de llover. Ahora habría que esperar al menos un par de horas a que el suelo se secase lo bastante como para volver a colocar todo en su lugar. Algo aparentemente más tranquila, Meredith entró finalmente en la casa.

—Parece que los dioses te han oído —dijo dirigiéndose a Edward.

—¿Ves como al final todo se soluciona? No hay que ser tan catastrofista —respondió él sentándose a leer la prensa.

—¿A qué hora empezará a llegar la gente? —pregunté, pues desconocía los usos y costumbres del lugar.

—En la invitación pone a las siete; cuenta como mínimo media hora más tarde —respondió Meredith, y se sentó al lado de su hijo.

—Pensaba que los británicos hacían honor a la fama de puntuales que les precede —añadí en tono jocoso.

—Eso no es más que un estúpido tópico. Te puedo asegurar que no somos ni más ni menos puntuales que el resto de países —intervino Edward levantando por un instante la vista del diario.

—¿A qué hora tendríamos que estar arreglados?

—Quería planificar lo mejor posible mi tarde.

—Sería aconsejable estar listos sobre las seis y media —puntualizó Meredith—. Solo faltaría que alguien se adelantara y no estuviésemos abajo para recibirle, sería completamente inaceptable.

—Bien, con empezar una hora antes creo que bastará.

—Voy a ver qué tal van en la cocina, hace demasiado rato que no veo a Thomas ni sé nada de los preparativos. ¿Me acompañas, Amanda?

—Por supuesto.

—Creo que disfrutarás viendo esto...

Una mezcla de deliciosos olores subía por la escalera embriagando mis sentidos e impregnado toda la planta. Canela, vainilla, sofrito, fruta fresca... una auténtica batería de aromas recorría la zona haciendo que incluso mi inapetente estómago disfrutase de aquella fabulosa experiencia.

—Casi nunca encargo nada fuera, prefiero tener todo bajo control —dijo Meredith abriendo la puerta de la cocina—. Además, la calidad indudablemente no puede ser la misma.

La imagen me dejó impresionada. Montones de bandejas llenas de canapés, ahumados, patés, quesos y todo tipo de entrantes fríos reposaban sobre los mármoles de la cocina, que parecían más los de un restaurante de lujo que los de una casa privada. Al otro lado, un impresionante despliegue de dulces, pasteles y fruta variada

aguardaba a los más golosos. Mientras, las cocineras no cesaban de preparar la base de los platos principales: salsas, bechameles, acompañamientos, sofritos, aderezos... Al otro extremo de la cocina, las cámaras estaban llenas de succulentas carnes y pescados que esperaban pacientemente a ser cocinados.

—¡Cuánta comida! —exclamé casi sin poder evitarlo.

—Impresiona, ¿verdad? —dijo con una expresión de orgullo difícilmente disimulable.

—Sí, no recuerdo haber visto semejante despliegue en toda mi vida —respondí pensando en la cantidad de gente que pasa hambre en el mundo.

Como si de una cocinera profesional se tratase, Meredith empezó a merodear de una punta a otra de la cocina probando algunos de los platos.

—Ya se sabe: cuando el gato no está, los ratones bailan.

Indudablemente, ella lo controlaba absolutamente todo, hasta los detalles más inverosímiles. Meredith podía llegar a ser asfixiante y trabajar para ella se me antojaba como una de las peores torturas que podía imaginar.

—Hay que reconocer que todo tiene una pinta fabulosa —añadí mientras abandonábamos la cocina.

Tras aquella incursión en los dominios de Thomas y habiendo comprobado que todo estaba en orden, Meredith regresó al exterior. Ahora que el jardín parecía haberse secado algo, tocaba terminar el desaguisado de la mañana. Tras el tiempo transcurrido, se suponía que el suelo estaría seco y había que volver a poner todo en su lugar. Todo debía estar listo antes de la hora de comer y se estaba haciendo tarde.

Nerviosa, sabiendo que aquella misma noche iba a descubrir por fin lo que se escondía en el ala este, decidí salir a hacer un poco de deporte. Necesitaba relajarme y olvidarme durante un rato de todo aquello. Además, acostumbrada a correr un rato cada día, mi cuerpo echaba de menos esos minutos de tonificación. En Nueva York, bien fuese a primera o a última hora, raro era el día que no salía a correr.

Subí a la habitación, me puse el viejo chándal y calzado deportivo y bajé hasta el *hall*. Edward, por su parte, que adoraba hacer vida sedentaria, me miró como de costumbre con admiración, pero prefirió seguir leyendo la prensa en el Salón Azul.

Tras dar algunas vueltas por el exterior, cuando quise darme cuenta ya era la hora de comer. Tras una ducha de agua casi fría, me vestí y bajé para reunirme con los demás.

—Al final ha quedado todo precioso —dije al sentarme a la mesa.

—Esta vez te has superado, mamá —añadió Edward haciendo que Meredith se hinchase como un pavo.

—Bueno, no lo hubiese conseguido sin vuestra ayuda —respondió ella en un alarde de falsa modestia—. Por cierto, Amanda, ¿qué tal tu paseo?

—Bien, necesitaba hacer algo de deporte.

—Nunca conseguí que a Edward le gustase demasiado el deporte.

—Tengo bastante con la equitación —replicó él sonriente.

Aunque la comida era ligera, Meredith apenas probó bocado. Tanto Edward como yo, sabíamos que hasta el día siguiente difícilmente iba a ser capaz de comer.

Faltaban algo más de cuatro horas para que la gente empezase a llegar, así que subí en busca de las llaves. Era bastante improbable que me encontrase a nadie allí a esas horas; todos, incluido Thomas, estaban demasiado ocupados con los últimos retoques. Sin embargo, no pude evitar mirar sistemáticamente a mis espaldas. Con cautela, entré en el despacho del coronel y abrí el cajón, tomé las llaves y las escondí bajo mi ropa. Luego, tras asegurarme de que nadie me viera salir de allí, bajé las escaleras y regresé a la habitación.

Nerviosa, abrí uno de los cajones donde tenía mi ropa y coloqué las llaves entre los jerséis. Ya quedaba muy poco para abrir la caja de Pandora y un nudo en la boca de mi estómago me lo recordaba a cada instante. Me senté sobre la cama algo angustiada, tratando de imaginar qué podría encontrar tras aquella puerta. En el fondo, deseaba con todas mis fuerzas que todo tuviese una explicación lógica, pero un sexto sentido me vaticinaba lo peor. En ese instante, Edward entró en la habitación de improviso haciendo que me sobresaltase.

—¿Te he asustado?

—Un poco —respondí con una sonrisa.

—Últimamente te veo demasiado pensativa. Espero que todavía quieras casarte conmigo —dijo devolviéndome la sonrisa con complicidad.

—Es que lo de esta noche me da un poco de vértigo. Tanta gente, tanto protocolo, tanta preparación... Hubiese preferido algo más íntimo. Ya me conoces, odio los actos multitudinarios.

—Piensa que en menos de una semana estaremos de vuelta en casa. Ya queda muy poco.

—Sí, la verdad es que tengo muchas ganas.

—Verás como, aun con todo, esta noche te diviertes. Seguro que dentro de unos días recordarás esto con humor.

—Eso espero, aunque disfrutaré mucho más el día que regresemos a casa. Ya sabes.

—Lo sé —respondió mientras entraba en el baño—. Cuando quieras darte cuenta estaremos de vuelta.

Tras unos minutos alguien golpeó suavemente la puerta de la habitación con los nudillos.

—Señorita Kresley, le traigo su vestido y el esmoquin del señorito Edward —una voz femenina se escuchó detrás.

Una extraña e inquietante sensación de vahído y de pánico me invadió de pronto. El momento que más temía se acercaba irremediablemente, ya era hora de empezar a arreglarse y mi estómago no dejaba de retorcerse. Abrí la puerta nerviosa y una de las doncellas dejó la ropa cuidadosamente tendida sobre las camas. Aunque aquel vestido era posiblemente el mejor que jamás en mi vida había tenido, no pude evitar mirarlo

con desprecio y disgusto por todo lo que simbolizaba. Miré el reloj algo agobiada, sabía que empezaba la cuenta atrás.

XII

EL ALA ESTE

Debían de ser en torno a las siete y media pasadas cuando los primeros invitados empezaron a llegar. El ruido en la entrada era ensordecedor. El jardín trasero se fue llenando poco a poco de lujosos coches e inacabables limusinas. Mientras algunos invitados iban entrando, Henry, ayudado por un par de mozos, iba indicando a los chóferes dónde podían aparcar los coches. Inmersa en aquella especie de pasarela de joyas y ropa de los más caros y exclusivos diseñadores, me sentí empequeñecer. Al contrario de lo que pensé en un inicio, ahora sabía que no iba a disfrutar de aquella fiesta. Quizás en otra situación distinta hubiese podido pasármelo bien, pero el nerviosismo, la tensión y aquel exceso de pompa me estaban superando por minutos. Aquel, definitivamente, no era mi mundo, para nada, pero Edward se movía como pez en el agua. ¿Acaso debería acostumbrarme a aquello? Poco a poco me fui quedando arrinconada, tratando de pasar desapercibida. Hubiese preferido ser invisible. Durante un rato me limité a observarles, como si de un documental del National Geographic se tratase. En mi interior tan solo deseaba poder salir de allí a tomar el aire fresco, pero eso no era plausible.

Afortunadamente, Edward, viendo la expresión de mi rostro, no tardó en venir a rescatarme.

—¿Va todo bien? —preguntó sabiendo la respuesta.

—Bueno, digamos que he tenido días mejores.

—No tardaremos en pasar a cenar, te lo prometo; pero ahora necesito presentarte a algunos invitados.

—No te preocupes, sobreviviré —dije acompañándole a la entrada y cogiendo en el camino una copa de champán francés. Aunque no solía beber, aquella noche me hacía falta, lo necesitaba.

Avancé por la sala como lo hace el condenado a muerte cuando se dirige hacia la cámara de gas. Mi rostro era el claro reflejo de la desazón que me carcomía por dentro. Tras varias presentaciones, llegó un momento en que todos los nombres y las caras me parecían iguales; era incapaz de retener ninguno de ellos. Aquel desfile de gente desconocida, falsa y rimbombante me estaba abrumando. Millonarios, nobles, banqueros, políticos... allí dentro estaban las personas más influyentes del país. Alrededor, guardando una cierta distancia, otro grupo de invitados muy distinto vigilaba la escena. En aquella casa debía de haber al menos cerca de veinte personas de seguridad, todas ellas ataviadas con ropa oscura y tratando de pasar desapercibidas. Mientras, un ejército de camareros paseaba por la sala con bandejas repletas de canapés. De fondo, el maldito cuarteto de cuerda entonaba algunas

melodías para amenizar la velada. Meredith, sin abandonar la entrada, seguía con su flamante papel de anfitriona.

Su mirada me recordaba a la fascinante forma de mirar de La Gioconda, parecía perseguirte por cada uno de los rincones del lugar sin perderse nada.

Afortunadamente, el aperitivo no se prolongó en exceso y al rato Thomas, vestido con su uniforme más elegante, nos avisó para entrar a cenar. Más de veinte mesas perfectamente organizadas llenaban la sala principal de la casa. Meredith encabezó la mesa central dejándonos a Edward y a mí otra cercana a la suya. No podía evitar que aquello me recordase a una boda. Era todo tan excesivo y tan exageradamente planificado y perfecto que temí desentonar. Ya en la mesa, empecé a sentirme algo más cómoda. Allí, en las distancias cortas, me fue más fácil entablar una conversación coherente con alguno de los invitados. Edward, consciente de que me sentía desplazada, no cesaba de darme la mano por debajo del mantel. En la mesa de al lado, Meredith nos miraba atenta, disfrutando de su condición de organizadora y de la velada como nadie. Era evidente que había nacido para aquello: era una anfitriona perfecta, impecable; brillaba con luz propia.

Como en todas las grandes cenas, el continuo ir y venir de camareros y de platos rozaba lo mareante. Para cuando el servicio sacó la merluza rellena mi estómago ya estaba a punto de reventar, así que decidí prescindir del segundo y reservar espacio para los dulces del postre. Ese siempre había sido mi momento preferido de las comidas y de las cenas. Por unos instantes, no puede evitar recordar las broncas de mamá cuando de pequeña dejaba parte del segundo plato y me hartaba de comer dulces. Luego, en la cama, no podía dejar de quejarme de los retortijones que el exceso de helados o chocolates había ocasionado en mí.

Demasiada comida, pensé, y más para un estómago repleto de ansiedad como el mío.

Debía de faltar muy poco para los postres cuando miré el reloj, inquieta, pensando cuál sería el mejor momento para desaparecer. Seguramente, Meredith esperaría a terminar de cenar, a estar en el salón de baile, para anunciar nuestro compromiso. Hacerlo sentados a la mesa no sería para nada elegante y, conociendo a Meredith, eso no iba a ocurrir. Quizás podría perderme justo después del anuncio nupcial, aunque siempre corría el riesgo de que Edward me buscase para bailar o cualquier otra cosa. Otra solución era desaparecer en dos ocasiones, espaciadas y de menor duración. Una ausencia prolongada sería bastante más difícil de justificar.

Respiré hondo y decidí que aquel era probablemente un buen momento para entrar en el ala este por primera vez. Sentí que me temblaban las piernas y durante unos segundos creí que no iba a ser capaz de seguir adelante con aquello.

—Voy a ir al baño —dije al oído de Edward tratando de no llamar la atención. Con discreción, asintió con la cabeza y prosiguió conversando.

Nerviosa, me alejé de la sala y subí las escaleras a toda prisa para entrar luego en nuestra habitación. Apoyada tras la puerta del cuarto, respiré hondo como tomando

las fuerzas suficientes para seguir adelante. Con el corazón encogido, cogí las llaves de la cómoda y la linterna que Henry me había dado y corrí hasta la puerta de entrada al ala prohibida. El tiempo era un factor decisivo.

Frente a la puerta, sentí cómo se me aceleraba el corazón y el pulso, lejos de ser firme, flaqueaba haciendo temblar mi mano y con ella la llave. Antes de empezar, me cercioré de que estaba sola, aunque mis oídos, traicioneros y desconfiados, creían oír pasos por todas partes. Luego, abrí lentamente la puerta mirando a ambos lados, temiendo ser descubierta. Rápidamente, crucé el umbral y la cerré con llave tras de mí. Momentáneamente, me sentí a salvo aunque sabía que seguía estando en zona de alto riesgo. Tras la puerta, la otra mitad del rellano me esperaba en silencio y penumbra. Temblorosa, encendí la linterna y eché un vistazo prolongado al lugar. Allí no había rastro de obras, al menos, no a simple vista.

Con cautela y muerta de miedo, sin saber lo que me podía encontrar, avancé por el pasillo hasta llegar a la primera puerta. Las ventanas de aquella habitación daban a la entrada principal, así que debía ser muy cauta con la linterna para evitar que alguien pudiese ver su reflejo desde el exterior. El silencio era intenso, espeso, asfixiante, y tan solo un ligero murmullo proveniente de la primera planta se podía oír a lo lejos. Era obvio que aquellas paredes eran fruto de otra época, una en que el pladur y los tabiques de papel no existían. Apoyé mi mano con cuidado sobre el pomo y, tratando de contener el temor y la respiración, la abrí con suma rapidez asustada por lo que pudiese encontrar detrás de ella. La habitación estaba vacía, completamente desnuda. Pese a un cierto sentimiento de frustración, suspiré aliviada. Tan solo había unos botes de pintura, un saco de cemento y un puñado de herramientas tiradas sobre el suelo. A juzgar por el fuerte olor a pintura, alguien había estado embadurnando las paredes hacía muy poco; sin embargo, en todo el tiempo que llevábamos en Chelston House, ningún pintor o albañil había estado en la finca. Aquello me pareció muy extraño aunque, por otra parte, también parecía demostrar que la obra era real. Pensativa, salí de la sala y seguí avanzando sigilosa por el pasillo. Tenía muy poco tiempo y no me podía entretener.

Justo enfrente, una puerta más estrecha me aguardaba. Seguramente, conociendo la disposición de las habitaciones de la otra ala, aquello debía de ser un baño. Abrí la puerta lentamente aunque a trompicones, ya que parecía estar algo atascada. Tras ella, un montón de materiales entorpecían el acceso: sacos, cubos, ladrillos... todo lo necesario para llevar a cabo una reforma. De momento, parecía que allí no había nada para alarmarse, que realmente estaban haciendo reformas y que todas mis dudas no tenían ningún sentido. Por un instante, no pude evitar sentirme culpable por desconfiar de Edward y de su madre. De no encontrar nada les debería una disculpa, pensé. Mientras seguía andando por aquel pasillo me sentí estúpida, ridícula. ¿Qué hacía yo vestida de noche, con una linterna y recorriendo aquellas habitaciones el día de mi pedida?, me pregunté sintiéndome patética. Sin embargo, como llevada por la inercia, seguí andando hasta topar con otra puerta. Ya que había entrado allí, pensé,

iba a ir hasta el final; ahora la curiosidad se había convertido en un motor incombustible.

Esta vez, viendo que posiblemente todo habían sido absurdas conjeturas mías, abrí la puerta con tranquilidad. Pero entonces, me quedé atónita en el marco observando atentamente su interior. Aquella habitación era, sin lugar a dudas, la antigua habitación de matrimonio de Meredith y el coronel. A diferencia de la anterior estancia, esta estaba perfectamente amueblada, como si todavía se utilizase. Recorrí lentamente el cuarto fijándome en cada rincón. Sobre la hermosa cama de blancos doseles, un bonito camisón de gasa rosada esperaba inerte a ser utilizado. Me acerqué a la cómoda y abrí el primer cajón preguntándome si estaría lleno o vacío. Tal y como sospechaba, el cajón estaba lleno; la ropa interior de Meredith lucía perfectamente doblada y ordenada por colores. Era como si aquella habitación nunca se hubiese dejado de utilizar. Entonces recordé cuánto me había extrañado la casi ausencia de ropa en el otro dormitorio. ¿Dormiría Meredith todavía allí?, me pregunté tratando de comprender la lógica de todo aquello. Ahora ya podía entender el paseo nocturno de Meredith al ala este en plena madrugada. Seguramente todavía usaba aquella habitación de vez en cuando o, quizás, cada noche. Si eso era así, y tenía muchos visos de serlo, Meredith no parecía estar demasiado centrada. Edward ya me había comentado al llegar a Chelston que, tras la muerte del coronel, Meredith se quedó muy afectada y que por ese motivo él prefirió retirar todos los recuerdos que había de su padre en la casa. Sin embargo, por un instante me cuestioné que Edward fuera consciente de aquello, de que su madre seguía durmiendo en la antigua habitación mientras aparentaba usar la nueva. Lo cierto es que estaba casi convencida de que, salvo Thomas, que parecía conocer todos los secretos de Chelston, nadie más era consciente de aquella locura. Ahora, aquella mujer elegante, culta y casi perfecta me parecía más bien una loca desquiciada capaz de perpetuar en su enferma mente una vida que ya no era real. ¿Qué otras rarezas o locuras ocultaría aquella ala?, me pregunté.

Habían pasado varios minutos cuando, intranquila, miré el reloj sabiendo que debía bajar antes de que alguien empezase a buscarme. Llevaba ya demasiado rato ausente, sin embargo, preferí apurar un poco. No me quedaba demasiado por ver, a lo sumo un par de habitaciones. Debía acabar con aquella planta y después, cuando pudiese volver a subir, revisaría el ático.

Avancé nuevamente por el pasillo hasta dar con la penúltima puerta. Aquella, a diferencia de las demás, estaba tan solo entornada. Con cuidado la empujé y entré a la habitación. Aparentemente la estancia estaba también vacía y tan solo algunos botes de pintura y sacos de cal esperaban en el suelo a ser usados. Sin embargo, había algo extraño en la forma en que las paredes estaban siendo dispuestas. Acerqué la linterna a una de ellas y, sorprendida, pude ver cómo justo delante de la vieja pared de piedra se había hecho construir otro muro. ¿Para qué quería alguien hacer un doble muro y perder aquel espacio? ¿Qué sentido tenía construir una doble pared? Intrigada, asomé

la cabeza entre ambos muros. Allí no había absolutamente nada. Aquel espacio, de algo menos de un metro, estaba completamente vacío. Extrañada, salí de allí y decidí echar un vistazo a la última estancia antes de volver a bajar.

Justo enfrente de aquella habitación estaba la última puerta. Traté de abrirla pero parecía estar atascada. Con fuerza, pero tratando de no hacer ruido, apoyé todo mi cuerpo contra ella hasta que finalmente cedió.

Aquello parecía un gran trastero. Ropa, maletas, zapatos, bolsos... era como si hubiese entrado en un mercadillo. ¿Qué harían todas aquellas cosas allí? A juzgar por el tipo de complementos y atuendos, no parecían ser de Meredith. La mayor parte parecía ropa de mujer, pero muy sencilla, incluso de dudosa calidad. Meredith jamás llevaría aquellas cosas, pensé. Aun así, por curiosidad, tomé un par de zapatos de mujer del suelo. ¿Quién, aparte de Meredith, dejaría allí sus pertenencias?, me dije. Miré las suelas con atención y descubrí que uno de los pares era de la talla treinta y siete y el otro de la treinta y nueve. Desconocía qué talla de zapatos tenía Meredith pero, evidentemente, no podía tener dos distintas y menos tan dispares. ¿Y si aquellas cosas eran de las chicas desaparecidas? ¿Y si descubrieron la habitación de Meredith y que estaba completamente loca y ella, tratando de preservar su mundo y su imagen, las hizo desaparecer?

Nuevamente miré el reloj, sabiendo que había superado con creces el tiempo que podría considerarse razonable. Temiendo que Edward saliese en mi busca, me apresuré a salir de allí. Cerré la puerta tras de mí, dejé las llaves y la linterna en la habitación y bajé tan rápido como pude.

—¿Se puede saber dónde estabas? Llevas un buen rato ausente, ¿qué hacías? — me preguntó Edward claramente molesto. A juzgar por la expresión de su rostro debía de llevar un buen rato buscándome.

—Creo que algo de la comida, o quizás de la bebida, no me sentó bien. Fui al baño y luego me tumbé unos minutos en la cama, a ver si se me pasaba —intenté justificar lo injustificable—. Lo siento.

—¿Has bebido mucho alcohol? —Sabía que no solía hacerlo.

—Quizás algo más de lo que estoy acostumbrada.

—No sueles beber. ¿Cómo se te ha ocurrido? Seguro que ha sido eso lo que te ha sentado mal.

—Es posible, pero estaba tan nerviosa...

Desde la mesa de enfrente pude sentir los fríos ojos inquisitorios de Meredith observándome atentamente. Estaba convencida de que ella también había notado mi ausencia y a buen seguro que le habría parecido inadmisibles. Ella siempre estaba en todo, incluso en lo que no le concernía. Sabía que tarde o temprano tendría que oír sus recriminaciones.

—¿Estás mejor? —preguntó Edward tras tranquilizarse.

—Sí, claro. —Sonreí forzosamente y me senté de nuevo a la mesa.

Viendo que casi todo el mundo había tomado el postre, me apresuré a probarlo.

Algo de azúcar para endulzar aquel trance que acaba de vivir me iría bien, pensé. Ahora, tan solo quedaban los cafés, y en menos de media hora el anuncio de nuestro compromiso sería oficial. Solo después de eso podría regresar arriba.

Entramos en la sala de baile poco a poco. Había que reconocer que la estancia estaba realmente preciosa. Meredith había hecho un gran trabajo en toda la casa, pero en especial allí. Las flores de color rosa palo, las velas de tonos lavanda, los adornos y la tenue luz de la luna entrando por los grandes ventanales le daban un aspecto casi mágico, como sacado de un cuento de hadas. En cualquier otra situación hubiese disfrutado enormemente con aquella fiesta, pero aquella noche mi prioridad no era esa precisamente.

Meredith esperó pacientemente a que todos los invitados entrasen y, subiéndose al escenario donde estaban los músicos, tomó el micrófono y comenzó a hablar. Aunque estaba pletórica, radiante, yo no podía evitar mirarla con ojos distintos.

—Buenas noches a todos —dijo haciendo una leve pausa, esperando que se hiciese un silencio propicio para proseguir—. Hacía bastante tiempo que esta casa no estaba tan llena de amigos y lo cierto es que lo echaba de menos. Todos sabéis que desde la muerte de mi esposo no había vuelto a abrir las puertas de Chelston House —apuntó con aquella expresión de emoción contenida tan típica suya—. Hoy es para mí un día muy especial y quería compartirlo con todos vosotros: mis amigos. Os preguntaréis cuál es el motivo de esta hermosa velada. Pues bien, es para mí un verdadero placer anunciaros el compromiso de mi único hijo, de Edward, con Amanda Kresley —añadió mientras nos hacía una señal invitándonos a subir al escenario con ella. Entonces levantó la copa con la intención de hacer un brindis y dijo—: Deseo de corazón que seáis muy felices. ¡Por vosotros!

Toda la gente allí presente levantó la copa con entusiasmo en nuestro honor mientras Edward brindaba conmigo y con Meredith. Luego, Edward agarró el micro y se dispuso a hablar:

—Buenas noches. Hacía mucho que no venía por Chelston House, pero todavía hacía más tiempo que no veía a mamá tan contenta, y aunque solo fuera por ese motivo, ya habría valido la pena estar aquí hoy. —Hizo una pausa—. Sin embargo, el verdadero motivo de todo esto eres tú y solo tú, Amanda. Quisiera hacer un brindis por la mujer que me ha devuelto la ilusión, por la mujer más maravillosa que conozco y con la que espero pasar el resto de mis días. —Me miró a los ojos y levantó su copa en mi honor.

De pronto, el tiempo se congeló y todo lo que tenía en mente se desvaneció dejándome en blanco y sin palabras. Sentí que me costaba contener la emoción y que el color de mis mejillas estaba pasando de rosado a rojo intenso en medio segundo. Lo peor era que, además de Edward, también lo habían notado los demás. Apurada, con los ojos ligeramente humedecidos por aquel cúmulo inesperado de sensaciones, traté de disimular mi extrema timidez escondiéndome detrás de él. Solo deseaba que aquel momento sacado de una película pastelosa de domingo por la tarde pasase

cuanto antes.

Afortunadamente, enseguida bajamos del escenario y empezamos a hablar con los asistentes. Ya quedaba menos para que aquella función de circo terminase, pensé, aunque todavía habría que abrir el baile y hablar un rato más con algunos de los invitados si no quería llamar la atención. La música empezó a sonar y Edward, con la decisión que le caracterizaba, tomó mi mano llevándome hasta el centro de la pista. Por suerte para mis pies, Edward era un excelente bailarín y, aunque el baile no era uno de mis fuertes, bastaba con dejarse llevar. Mientras él me agarraba de la cintura y comenzaba a dar vueltas por la pista, en mi cabeza las preguntas y las dudas se amontonaban nuevamente llevándome muy lejos de allí. ¿De quién sería la ropa y los zapatos que había visto arriba? ¿Y si eran de las chicas desaparecidas? Por otra parte, el haber descubierto la otra habitación de Meredith hacía que las hipótesis se sucediesen en mi mente como puñales afilados. ¿Estaba aquella mujer en su sano juicio? Era evidente que no, mi duda era si Edward era consciente de los desvaríos que sufría su madre. No podía evitar plantearme si Meredith era realmente peligrosa para el resto de habitantes de Cheslton. Además de todo aquello, no conseguía dejar de pensar que, aunque era evidente que en el ala este estaban haciendo obras, algo no me terminaba de cuadrar. Impaciente, tan solo esperaba el momento para poder volver a subir, ir al ático y terminar con aquella locura de una vez por todas. El baile, lejos de parecerme divertido o apetecible, se me hizo eterno.

XIII

¿DÓNDE ESTÁN LAS LLAVES?

Buscar el momento para escabullirme de nuevo iba a ser una misión harto difícil. Era muy consciente de ello, sin embargo, sabía que debía hacerlo. Tan solo me quedaba el ático y eso era bastante más rápido que la planta inferior. Tras el baile, Edward parecía no quitarme ojo de encima. En su afán porque no me sintiese desplazada, se había convertido casi en mi sombra y apenas me dejaba respirar. Necesitaba tenerle entretenido de alguna forma para poder seguir con lo mío, así que miré alrededor tratando de encontrar la manera. Allí, a tan solo unos metros, estaba la respuesta a mis súplicas. El capitán Wilson, antiguo compañero de batallas del coronel Benet, era una baza segura. Sin dudarlo, me acerqué al capitán con el fin de iniciar una entretenida conversación sobre la marina y el ejército. Edward, como hijo de militar que era, sentía auténtica pasión por ese mundo y a buen seguro que una conversación así le haría olvidarse de lo que pasaba a su alrededor. Wilson, por otro lado, además de ser un gran marino y militar era un aun mejor orador, algo que había demostrado ampliamente durante la cena. En cuanto Wilson comenzó a hablar de tácticas navales, Edward se olvidó de mí por completo, dejándome libertad de acción.

Sutilmente, me alejé perdiéndome entre la gente y salí del salón sin llamar la atención, aunque sabía que más tarde, cuando todo el mundo se fuese, tendría que aguantar que Edward me echase en cara mis reiteradas ausencias. Él era así, jamás hubiese dicho una palabra más alta que otra en público. Las broncas solían venir después, en la intimidad. Antes de salir de allí miré a mi alrededor y traté de localizar a Meredith, tampoco ella debía verme salir.

Nerviosa, miré mi reloj por segunda vez y lo tuve claro: era hora de subir, si no, ya no podría hallar otro momento apropiado. Me armé de valor y, escondiéndome entre la gente antes de que Edward me reclamase de nuevo, me acerqué a la escalera y volví a subir. Al igual que en las anteriores ocasiones, subí a toda prisa y miré una y otra vez a mis espaldas. Pasé por la habitación y seguí hasta la tercera planta. Sabía que ahora todavía sería más difícil justificar mi presencia allí. ¿Para qué iba a ir al ático? ¿Qué excusa le podía poner a Edward esta vez si me sorprendía en aquel piso?

Tenía muy poco tiempo, así que abrí la puerta y la cerré tras de mí con premura. En aquella planta, afortunadamente, habría poco que ver. A lo sumo, un par de habitaciones y un baño, pensé. Encendí nuevamente la linterna y avancé hasta abrir la puerta de la primera estancia. Aquella sala parecía algo así como un viejo museo. En sus frías y blancas paredes, diversos retratos antiguos del coronel, de Meredith y de Edward adornaban la estancia. Era de suponer que todos los recuerdos del coronel, salvo el retrato de la pared del despacho, habían sido recluidos allí. Con cuidado, para

no pisar ninguno de los muchos objetos que había por el suelo, avancé hasta el fondo de la sala. Sobre algunos muebles antiguos, almacenados a la espera de hallar un lugar mejor, había toda suerte de trastos y cachivaches que aguardaban a ser desechados para siempre. Aquella habitación hacía, posiblemente, de almacén. Medallas, papeles, fotografías y toda suerte de objetos formaban aquella inacabable colección. Aunque me hubiese encantado seguir curioseando, ya que aquella estancia estaba repleta de recuerdos y de cosas curiosas que me hubiesen permitido saber más acerca del coronel, dado que no poseía de mucho tiempo, salí de allí y me encaminé a la siguiente estancia.

Enfrente, una puerta medio abierta dejaba entrever lo que aparentaba ser un baño algo trasnochado y, en cualquier caso, vacío; nada que suscitase el menor interés. Por ese motivo, tras echar un vistazo rápido, me fui directa hasta la habitación del fondo del pasillo, la única que todavía no había podido ver. Giré lentamente el pomo y abrí aquella última puerta. Ya no me quedaba nada para terminar, pensé aliviada viendo que, a pesar de haber descubierto que Meredith no estaba del todo bien, no había un motivo grave por el que preocuparse y que todos mis miedos eran aparentemente infundados. Sin embargo, al abrir aquella puerta, al asomarme a su interior, me quedé petrificada como una estatua, sentí que mis pies no podían ni moverse y que mis ojos se abrían como platos. Ojalá jamás hubiera visto lo que me deparaba aquella estancia en su interior.

De todas las cosas imaginables, de todas las perversiones, locuras o rarezas, aquella superaba con creces lo que mi mente podía asumir. Paralizada frente a aquel horror, me sentía incapaz de controlar mi cuerpo. El temblor de mis labios, de mis manos y de mis piernas delataba mi estado de ánimo. Mi respiración, agitada y nerviosa, se detuvo de pronto ante aquella visión generando un vacío insostenible en mi interior. En mi mente un trajín insoportable y descontrolado de miedos e ideas se peleaba por aflorar infructuosamente. Aquello no podía ser cierto. ¿Qué mente enferma podría haber generado semejante atrocidad y con qué propósito? Un escalofrío recorrió mi espalda hasta estremecerme. Avance algunos pasos tratando de apartar la mirada y volví a pararme justo enfrente de aquella aberración. Me costaba creer que aquello fuese real.

En un último intento por comprender la naturaleza de aquel infame acto, elevé lentamente la vista y la linterna, apuntando al frente. No había duda, no me equivocaba: era él. Sentado a la mesa de su viejo despacho, como si el tiempo se hubiese detenido para siempre, los inmóviles y extintos ojos del coronel me observaban atentamente. ¿Qué perversa mente podía haber disecado a un ser humano? Indudablemente, me hallaba ante la obra de un demente, de un enfermo. Aquello no podía ser más que otra de las locuras, de las perversiones, de Meredith. Si me quedaba alguna duda sobre el estado mental de aquella mujer, se había volatilizado de un plumazo.

Por un instante, intenté acercarme un poco más, tratando de averiguar la posible

causa de su muerte. Acerqué la mano al cuerpo pero, cuando estaba a punto de tocarlo, sentí cómo las náuseas se apoderaban de mí haciendo que me retirase. Retrocedí angustiada con rapidez sobre mis pasos, asustada, aturdida, sin poder apartar la vista de tan dantesca escena. Meredith había convertido aquella habitación en un macabro mausoleo. Sin poder evitarlo entré al baño de enfrente y, apoyándome en el váter, eché toda la cena. Ahora entendía la frialdad de la tumba del coronel. ¿Para qué decorar una tumba vacía? ¿Quién iba a ir a rezar allí? Algo mareada, me apoyé contra el frío muro tratando de recobrar el color en mis mejillas. Sentí cómo las gotas de sudor frío recorrían mi espalda. Bebí un poco de agua del grifo y traté de recuperar el aliento. Ahora sí que Meredith tenía un motivo claro para deshacerse de las chicas que hubiesen entrado allí. Ya no era tan solo una excéntrica que todavía recordaba su anterior vida preservando una antigua habitación, ahora sabía que era una demente capaz de disecar a su marido muerto.

Cuando quise darme cuenta, el tiempo había transcurrido con rapidez y el riesgo de que Edward me estuviese buscando era demasiado grande. Sin embargo, todavía estaba revuelta y algo mareada. Abatida por aquella horrenda visión, salí como pude de aquella ala dispuesta a incorporarme de nuevo a la fiesta. Nadie debía notar mi ausencia y, menos, el miedo en mi mirar. Acababa justo de cerrar la puerta cuando a mis espaldas oí su voz.

—Amanda, ¿se puede saber qué haces aquí? —preguntó Edward.

¿Me habría visto salir del ala este?, me pregunté sobresaltada al verme sorprendida. Tan solo podía esperar que no fuese así, de lo contrario estaría en un gran aprieto.

—Perdona, amor, pero estaba un poco cansada y subí un rato —respondí sosteniendo las llaves en la mano izquierda justo detrás de mí.

—¿Al ático?

—Bueno, no sabía adónde ir, y como fuera hace frío y abajo hay tanta gente... estaba muy agobiada.

Mientras hablaba con él, aquellas horribles imágenes golpeaban mi mente haciendo que mi estómago se girase nuevamente. Ahora, además, sí que estaba verdaderamente muerta de miedo. ¿Y si Meredith descubría que sabía su secreto? Por otra parte, ardía en deseos de contárselo todo a Edward y poder así cerciorarme de que no sabía nada de aquella locura, pero sabía que era mejor esperar a tener pruebas, a saber realmente qué estaba pasando, qué había ocurrido con las chicas y la relación de Thomas en el asunto. No podía decirle a Edward sin más que su madre era una loca; posiblemente no me creyese. Necesitaba atar primero todos los cabos sueltos.

—Mamá ha preguntado por ti y, sinceramente, creo que deberías bajar —apuntó muy molesto a juzgar por el tono de su voz.

Mientras él hablaba, yo no podía dejar de pensar en cómo habría muerto el coronel. ¿Y si lo que le mató no fue una enfermedad precisamente? ¿Y si alguien terminó con su vida? Ahora cualquier cosa me parecía posible.

—Lo siento, ahora mismo bajo. Pasaré antes por la habitación y... —Necesitaba que él se adelantase para poder así regresar al dormitorio a dejar las llaves y la linterna.

—No, Amanda. ¡Basta ya de tonterías! Bajamos ahora mismo —respondió con brusquedad, y me agarró de la cintura con firmeza. Edward estaba realmente enfadado.

¿Cómo y dónde iba a esconder ahora las llaves y la linterna? No eran precisamente objetos pequeños como para que pasasen desapercibidos. Mientras bajábamos por las escaleras dejé la linterna sutilmente apoyada en el extremo interior de un escalón, pero no podía hacer lo mismo con las llaves. Solo rezaba para que nadie se diese cuenta de que las llevaba encima. Nerviosa, traté de cubrirlas entre mi brazo y la falda del vestido. Debía dejarlas en algún rincón hasta que pudiese recuperarlas. Mientras bajábamos al *hall* miré alrededor desesperada buscando un lugar donde esconderlas y que luego me permitiese recuperarlas con facilidad. Enfrente, el tiesto que albergaba el gran ficus benjamina de la entrada se convirtió en el aliado perfecto. Una gota de sudor se deslizó por mi frente mientras disimuladamente las dejaba caer detrás de la falda. No podía dejar que los nervios me traicionasen, así que respiré hondo y seguí hacia la sala de baile. Si alguien me descubría, podía darme por perdida. Aunque, pasase lo que pasase, ya nada sería igual.

Entramos nuevamente en la sala y Edward me llevó con decisión hasta la pista de baile sin pedirme ni tan siquiera la opinión. Estaba claramente enfadado. Yo necesitaba beber agua o lo que fuera, los nervios habían secado mis labios por completo, y si eso no fuese bastante, el mal sabor de boca todavía revolvía mi estómago. ¿Bailar?, exclamé para mis adentros. Eso era lo último que quería hacer en aquel instante.

Dando vueltas como una peonza en una sala repleta de gente, creí que iba a desfallecer. Los sabores corrompidos y nauseabundos de la cena se revolvían una y otra vez entre mi boca y la garganta. Me sentía flaquear y mis piernas, faltas de fuerza, parecían no querer sostenerme. Algo en mi interior me decía: «¡Chilla, huye de aquí, cuéntalo a todos antes de que sea demasiado tarde! ¿Y si Edward también está...? Quizás esta sea la única posibilidad de huir que tienes...». Sin embargo, mi voz parecía haber enmudecido mientras Edward me abrazaba con fuerza. Incapaz de pronunciar ni una palabra, tan solo podía preguntarme una y otra vez: ¿Cómo iba a seguir allí? ¿Qué otras atrocidades escondería aquella casa? ¿De quién era la ropa y los zapatos de aquella habitación? ¿Qué pasó realmente con el coronel? ¿Sería Edward cómplice de aquella locura? ¿Y si huía?...

Me faltaba el aire, mis piernas se doblegaban, empecé a ver borroso, me sentía desvanecer.

—¿Estás bien? —preguntó Edward viendo que el tono rosado de mi piel iba dejando paso a un color parecido a la cera.

—Sí, estoy bien —respondí tratando de contener el miedo y aquel malestar que me hacía difícil seguir en pie.

—Estás tan blanca como un muerto.

—¿Muerto? —Entonces recordé la imagen del coronel y mi estómago volvió a sentir náuseas tras oír aquella palabra.

Al cabo de unos minutos abrí los ojos. Estaba tumbada sobre el sofá del Salón Chino, medio inconsciente, destemplada. Poco a poco fui volviendo en mí. Alrededor, Edward, dos o tres invitados y una doncella me observaban atentamente. Tenía frío y me sentía incapaz de incorporarme.

—¿Estás mejor? —preguntó Edward dándome aire con un viejo abanico oriental.

—Sí, supongo que sí. Es que la gente, el calor, el baile... Lo siento.

—Tranquila, no pasa nada. ¿Quieres un poco de agua? —dijo mientras me acercaba un vaso a los labios.

—Gracias.

Tomé el vaso y bebí un poco de agua tratando de recuperar el aliento. Poco a poco el color fue regresando a mis mejillas y mi corazón recobró sus pulsaciones. Sin embargo, la imagen del coronel seguía ahí, revolviendo mis entrañas y haciéndome desconfiar de todo el mundo. Al cabo de algunos minutos fui capaz de incorporarme.

Pasé el final de aquella maldita fiesta sentada en una esquina, viendo cómo, uno tras otro, los invitados empezaban a irse. Sabía que en cuanto la casa se vaciase debía recuperar aquellas llaves. Esperé atenta a que el último invitado se hubiese marchado para incorporarme y tratar de acercarme discretamente al tiesto de la entrada. Debía devolverlas a su sitio, cada minuto que pasaba se me hacía eterno. Sin embargo, parecía que tanto el servicio como Edward se habían propuesto no moverse de allí. Mientras esperaba, no pude evitar valorar diversas hipótesis y hacerme muchas preguntas, demasiadas para una sola noche.

En ese instante, Meredith regresó al *hall* de entrada provocándome un escalofrío desgarrador.

—¡La fiesta ha sido todo un éxito! —exclamó orgullosa de su increíble hazaña—. Por cierto, apenas te he visto en toda la noche —me lanzó una mirada acusadora.

—No me encontraba demasiado bien. Creo que abusé del champán. Lo siento.

Pude sentir que mi corazón latía desahogado y sin control mientras mis labios temblorosos apenas atinaban a dar con las palabras correctas.

—Perderte tu propia fiesta de compromiso no ha sido demasiado elegante —añadió mientras se despedía de Edward mirándome algo extrañada por mi reacción.

—Mamá, no seas tan dura con Amanda. Realmente no se encontraba bien.

—Buenas noches, hijo —dijo sin mirarme y sin dignarse a rectificar ni media frase.

Como de costumbre, sus palabras estaban repletas de arrogancia y desdén, pero esta vez eso no era lo que me preocupaba. Esa soberbia me parecía ahora algo nimio y sin importancia. Tenía otras cosas bastante más urgentes y preocupantes de las que

ocuparme.

—Me voy a la cama, ¿subes? —dijo Edward, quien seguramente estaba impaciente para hablar con tranquilidad de lo ocurrido.

—Enseguida voy, quiero beber otro vaso de agua fría antes de acostarme. — Necesitaba tiempo para serenarme.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquilo.

—Te espero arriba. No tardes.

—De acuerdo.

Esperé unos segundos y me dirigí lentamente hacia la cocina dándole tiempo suficiente a que subiese las escaleras. En cuanto desapareció de mi vista, retrocedí y me acerqué con sigilo hasta el tiesto a por las llaves. Metí la mano, pero allí ya no había nada. Me faltaba el aire y unas tremendas ganas de llorar me asaltaron haciendo que me sintiese pequeña e indefensa. Asustada, repasé una y otra vez cada esquina, cada recoveco de aquel tiesto, hasta dañarme incluso las manos. ¿Dónde estaban aquellas malditas llaves? ¿Quién las había podido coger y por qué? Asustada, miré a uno y otro lado temiendo ser descubierta. Me sentí observada y por primera vez empecé a sentir verdadero terror. Ahora sí que tenía un gran problema: alguien sabía que había estado en el ala este y se había quedado las llaves. ¿Qué iba a hacer? Al único que no había perdido de vista era a Edward, pero ¿y si había sido Thomas o la mismísima Meredith? A punto de perder el control de mí misma, respiré hondo tratando de mantener la calma. Esperé unos instantes a que el ritmo de mi corazón recuperase la normalidad y subí las escaleras sin apenas fuerzas. Sabía que no podía tardar mucho, Edward me estaba esperando y ya había agotado el cupo de su paciencia por aquel día. Me dirigí hacia el cuarto como quien se dirige hacia el cadalso. ¿Y si Meredith las buscaba para irse a dormir a su antigua habitación y no las encontraba en su sitio? De ser así, iba a tener serios problemas.

Mientras, Edward me esperaba pacientemente en el cuarto para poder hablar con calma de la velada, unas expectativas que, dado mi estado de ánimo, difícilmente podría cumplir. Subí las escaleras y con prudencia recogí la linterna que había dejado medio oculta en aquel escalón. Agradecí que al menos la linterna siguiese en el lugar donde yo la había dejado. La dejaría escondida en algún mueble del pasillo, pensé. Con Edward en el cuarto, no podía entrar con ella y guardarla allí.

Abrí la puerta de la habitación con ganas de abrazar a Edward y olvidarme de todo aquello; él era la única razón para permanecer en aquella casa de locos.

—Amor, ¿te encuentras bien?

—Yo...

Por un momento deseé contarle todo y terminar con tanto secreto, pero el miedo a su rechazo, a pensar que no fuera a creerme, me hizo desistir.

—Parece como si hubieses visto un fantasma —dijo, seguramente al ver el terror en mis ojos.

—Es que todavía ando un poco mareada. Nada que no se me pase con un poco de sueño, tranquilo.

Esa noche descubrí que hay algo todavía más fuerte que la cafeína, algo incluso más efectivo que el insomnio: se llama miedo.

XIV

SABER EN QUIÉN CONFIAR

Debían de ser las cinco de la madrugada y yo seguía despierta, tumbada sobre mi cama y con una vorágine de sentimientos e ideas que apenas me dejaban respirar. El miedo a ser descubierta, a desvelar la verdadera cara de aquellos que me rodeaban, no me dejaba dormir. Ahora ya sabía dónde se hallaba el coronel y por qué nadie visitaba su tumba, pero mi descubrimiento tan solo había hecho que se abrieran nuevos interrogantes. ¿Sabía Edward algo acerca de la locura de su madre? ¿Era Thomas el cómplice de las depravaciones de Meredith? ¿Qué habría pasado con las propietarias de la ropa que había en la habitación del ala este? ¿Sería de las chicas desaparecidas? Y... ¿dónde estaban ellas?

Durante unos minutos valoré la posibilidad de llamar a la policía, pero luego, analizando la situación, me di cuenta de que no tenía absolutamente nada. Salvo por el extremo mal gusto, momificar a un muerto no era un delito, al menos que yo supiera. Nadie iba a mover un dedo tan solo por aquella extravagancia, y menos siendo Meredith una persona tan sumamente influyente en la comunidad.

Todavía nos quedaban tres días en Chelston antes de irnos, tres días en los que debía descubrir toda la verdad o salir huyendo de allí para no volver nunca. Mi obstinación y mi falta de prudencia me iban a llevar por un camino peligroso, lo sabía. Salir huyendo jamás había sido una opción en mi vida y ahora no iba a ser distinto; además, quería a Edward con toda mi alma y no iba a renunciar a él tan fácilmente. Solo cuando supiese toda la verdad podría contarle mis averiguaciones. Si lo hacía antes, corría el riesgo de que no me creyera, y más con la tensión que había surgido últimamente entre su madre y yo. Además, ¿cómo iba a justificarle el haber entrado en el ala este?

Eran casi las siete de la mañana cuando finalmente el cansancio me venció y dejé que el sueño hiciese presa en mí. Fue entonces cuando le vi, a lo lejos, avanzando lentamente, con sigilo, por el pasillo, escondiendo tras de sí un enorme y afilado cuchillo. El inquietante brillo del filo podía verse reflejado en las cristaleras. Era él, estaba segura, no había duda, era Thomas y sabía que venía a por mí. Entonces, el pomo de la habitación giró con suavidad y la puerta se abrió haciendo aquel pequeño pero inequívoco ruido. No era la primera vez que «se encargaba» de limpiar los trapos sucios de la familia. Una vez más debía solucionar las cosas... «Ya estás muerta...», susurró en mi oído mientras trataba de tapar mi boca con su mano para que no pudiese chillar.

Abrí los ojos sobresaltada.

—¡No me mates!... ¡Socorro!... ¡No!...

—¿Qué ocurre, Amanda? —preguntó Edward, levantándose de un brinco de la cama, asustado.

—¿Cómo? —pregunté todavía medio dormida.

—Creo que has tenido una pesadilla —afirmó mientras se frotaba los ojos.

—Sí, lo siento. No sé qué me ocurre esta noche, de hecho, hace días que no duermo bien. ¿Te he despertado?

—Tranquila, no pasa nada, pero ¿quién te quería matar?

—No sé, no tengo ni idea. No suelo recordar lo que sueño —respondí tirando balones fuera.

Edward se giró y miró el reloj de la mesita.

—Creo que me voy a levantar ya, son casi las ocho y dudo que pueda volver a conciliar el sueño; ya me conoces.

Aunque estaba muerta de sueño y terriblemente cansada, preferí levantarme con él. La mera idea de quedarme sola en cualquier lugar de la casa me daba miedo y recordar que alguien tenía las llaves me ponía los pelos de punta. Dormir no parecía una muy buena opción.

Bajamos a desayunar pensando que seríamos los primeros, pero Meredith, para variar, ya estaba allí.

—Buenos días, pareja. —Pese a haberse acostado tan tarde como nosotros, tenía una tez fresca y descansada.

—Buenos días, mamá —dijo Edward casi solapándose conmigo.

—¿Ya está todo recogido? —pregunté impresionada al ver la casa resplandeciente como si jamás hubiese habido una fiesta.

—Sí, ayer se recogió casi todo, y hoy a las siete, el resto.

Trabajar para aquella mujer debía de ser todo un calvario, pensé imaginándome a qué hora se debió de ir a la cama el servicio y la hora a la que debían de haberse levantado. No pude evitar pensar que para Meredith la esclavitud era algo todavía vigente.

Apenas era capaz de ingerir ni una pizca de bollería y casi ni podía beber el café con leche. Entre los nervios y la falta de sueño, tenía el estómago completamente cerrado. No podía evitar mirar a Meredith con aquella extraña mezcla entre temor y pena. Entonces, Ana se acercó a mí con la intención de rellenar mi taza de café. Sin dudarle, puse la mano para impedirlo; tan solo me faltaba la acidez de aquel veneno.

—Tenemos que hablar —me susurró al oído disimuladamente.

Desde la otra punta del salón Meredith miraba con desconfianza, clavándome los ojos como el ave rapaz que divisa a su presa. Sabía algo, estaba segura. ¿Y si era ella quien había cogido las llaves? Debía actuar con mucha prudencia, ahora más que nunca.

Esperé a acabar de desayunar y, mirando a Ana, moví ligeramente la cabeza señalando el exterior. Era preferible salir de allí, aquella casa parecía tener oídos y ojos por todas partes. Seguro que una vez en el exterior podríamos hablar con mayor

tranquilidad.

—Creo que voy a ir a pasear al lago. Me irá bien un poco de naturaleza —dije en voz alta para que Ana me escuchara.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó Edward con voz poco convincente.

—No hace falta, de veras. Ya sé que estás deseando poder sentarte en el porche tranquilamente a leer el periódico como cada mañana.

—¿No te importa?

—Pues claro que no, ayer ya tuve exceso de gente para toda mi vida —contesté con ironía deseando salir de allí cuanto antes—. Un poco de soledad y paz me irán francamente bien. No temas, que no creo que vaya a perderme.

Salí de la casa mirando insegura tras de mí por si alguien había decidido seguirme. Tomé el sendero norte y caminé con decisión y premura para alcanzar la orilla del lago cuanto antes. ¿Qué querría decirme Ana? ¿Acaso tendría noticias de Sara? Me senté sobre una roca y esperé pacientemente a que apareciera. A lo lejos vi su silueta acercándose.

—Hola, Ana. ¿Sabemos algo más de Sara?

—¿Sara? No, pero no quería hablarle de eso.

—¿Y entonces? —pregunté sorprendida—. ¿Qué ocurre?

—Tengo las llaves. —Las sacó con cuidado de su delantal.

—¡Dios! Las cogiste tú —exclamé aliviada al verlas en su poder—. Vaya susto me diste. Un poco más y me muero del infarto. ¡Vaya noche he pasado!

—Thomas vio cómo dejaba algo en el tiesto. Si no llego a cogerlas, ahora estarían en su poder.

—¿Cómo?

—La señora Meredith le llamó en ese instante y no pudo acercarse al tiesto. Yo aproveché ese momento para cogerlas.

—Gracias, Ana. Si las llega a coger él, no sé qué hubiese pasado —suspiré más tranquila—. ¿Estás segura de que no te vio cogerlas?

—No, no creo. Pero ¿qué abren esas llaves?

—El ala este.

—¿El ala este? —La expresión de su rostro cambió por completo—. ¿Ha entrado?

—Sí, ayer por la noche.

—Y... ¿qué ha encontrado? ¿Hay algún rastro de Sara?

La miré sin saber qué hacer o qué decir. Por una parte, me había ayudado y merecía saber la verdad, pero, por otra, ¿era conveniente que supiese lo del coronel? Apenas la conocía y no podía prever cuál iba a ser su reacción ante una noticia así. Si se asustaba y cometía cualquier imprudencia o cualquier error, podía ponerme a mí en peligro. Opté por mentirle.

—Nada importante. Pintura, ladrillos... cosas típicas de una obra —dije tratando de aparentar serenidad—. Lo cierto es que no había razones para sospechar. Fue una chiquillada por mi parte.

Ana me miraba con desconfianza, con recelo. En sus oscuros y grandes ojos adivinaba su incredulidad.

—¿Y por eso escondió las llaves con la cara completamente desencajada? — Aquella maniobra no había colado.

—Está bien —respondí tras un suspiro.

—¿Qué fue lo que encontró?

—No te lo vas a creer... Encontré al coronel.

—¿Cómo? Pero... ¿no estaba muerto?

—Sí, muerto y disecado, como si fuese un trofeo de caza.

Ana abrió los ojos como platos y las palabras se congelaron en su garganta por unos instantes.

—Eso y una habitación repleta de ropa, zapatos y bolsos de diversas tallas.

Ana cerró los ojos con expresión de miedo y de dolor y una lágrima se deslizó por sus mejillas. A juzgar por su reacción, estaba convencida de que aquella ropa podía ser de Sara o de cualquiera de las otras chicas que habían desaparecido con anterioridad. Mientras ella secaba sus lágrimas con el puño del uniforme traté de darle esperanza.

—Esa ropa puede ser cualquiera cosa, Ana —me apresuré a puntualizar—. No podemos sacar conclusiones prematuras.

—Yo conocía las pertenencias de Sara, déjeme entrar con usted. Si hay algo de ella, yo lo reconoceré. Por favor...

—Es demasiado arriesgado. Hay que devolver las llaves a su sitio cuanto antes. Si Meredith las busca y no las encuentra, estoy perdida.

—Voy a entrar ahí, con o sin usted —respondió alterada.

—¿Recuerdas lo que me dijiste hace unos días?

Ana me miró sin saber qué responder.

—Me dijiste que me fuese de aquí cuanto antes, que era lo más inteligente que podía hacer, y ahora... ¿pretendes meterte en la boca del lobo?

—Lo recuerdo y sigo pensando igual que entonces. La diferencia entre usted y yo es que yo no tengo a dónde ir ni nadie que me esté esperando. Mis padres murieron y no tengo hermanos. Sara era toda mi familia, era como mi hermana pequeña... lo único que tenía —dijo entre lágrimas y con un hilo de voz prácticamente roto—. No tengo nada que perder. Se lo debo a Sara. Necesito encontrarla o saber qué le ha pasado.

—Está bien, pero ¿qué haremos si encontramos cosas de Sara? Eso tampoco demuestra que alguien la matase —dije tras unos segundos de reflexión.

—He de saber qué le pasó... y no pararé hasta averiguarlo. Ya buscaremos pruebas para ir a la policía.

—De acuerdo, dejaremos las llaves en su sitio hasta después de comer; no sea que alguien las busque. Teniendo en cuenta la hora en que nos acostamos anoche, supongo que Meredith se echará un rato. Solo entonces podrás entrar. Mientras tanto,

yo vigilaré desde fuera. ¿De acuerdo? No me gustaría que corrieses riesgos innecesarios.

—¡Gracias! —respondió lanzándose emocionada a mi cuello deshecha en un mar de lágrimas.

La abracé durante unos segundos con ternura, tratando de tranquilizarla. Sabía que yo al menos podía contar con Edward, pero ella, ella estaba completamente sola, ella no podía contar con nadie más que conmigo.

—Ahora trata de calmarte. Nadie ha de notar ni sospechar nada —le dije mirándola fijamente—. Y sobre todo, nadie debe saber que tú y yo hemos estado hablando.

—Lo sé, soy consciente de ello. Debo volver ya, seguro que Thomas estará buscándome —miró con cierto nerviosismo su reloj.

—Nos vemos luego, ¿de acuerdo? ¿A las cinco en punto frente a la puerta de la segunda planta? Y sobre todo, ni palabra de todo esto a nadie.

—Perfecto —respondió mientras se apresuraba a regresar a la casa—. Nos vemos luego.

No tenía claro si implicar a Ana en mis indagaciones iba a ser una buena opción, pero tampoco había tenido muchas alternativas. Sentada sobre la hierba fresca, admirando el paisaje, que parecía ser lo único que permanecía hermoso e imperturbable en Chelston House, esperé un rato junto al lago, por prudencia, antes de volver a la casa. Nadie debía vernos juntas, nadie debía sospechar que entre ella y yo había ningún tipo de relación. Si Meredith o Thomas llegaban a sospechar algo, podíamos estar en peligro. Mientras esperaba a que los minutos avanzasen, miré nuevamente aquellas malditas llaves con alivio. Vaya nochedita me habían hecho pasar, pensé para mis adentros sintiéndome evidentemente aliviada. Sin embargo, si era cierto que Thomas había estado a punto de cogerlas, Ana me había salvado de ser descubierta. Prefería no pensar en lo que podría haber ocurrido si el mayordomo las hubiese cogido del tiesto donde yo las había dejado.

XV

LAS CINCO EN PUNTO

Entré a la casa y, tras saludar a Edward y a su madre, me dirigí al despacho; debía devolver las llaves a su lugar cuanto antes. Luego, con cuidado para no ser vista, bajé a la habitación y me lavé las manos y la cara. De pie e inmóvil frente al espejo, me sentí abatida. Toda mi realidad había cambiado de tal forma que no sabía cómo seguir adelante. Todo se estaba complicando a marchas forzadas. No podía evitar que un extraño sentimiento de nostalgia se apoderase de mí. En pocos días había pasado de sentirme feliz y pletórica a vivir en un continuo estado de alerta. Echaba de menos sentirme segura y, aunque estaba enamorada, no podía sentirme feliz. Me senté sobre la taza del váter y, poniendo mi cabeza entre las manos, rompí a llorar como lo hubiese hecho una niña pequeña. Aun sabiendo que Edward estaba allí, no podía evitar sentirme sola y asustada. Necesitaba descargar de algún modo toda aquella tensión. En mi mente, la idea de huir se mezclaba con esa necesidad que me llevaba a seguir buscando la verdad. En cualquier caso, huir tampoco iba a ser la solución; si allí estaba desapareciendo gente, ¿qué me hacía suponer que no iban a hacer lo mismo conmigo? Por otro lado, Chelston estaba apartado de cualquier lugar y para salir de allí necesitaría un transporte, algo de lo que no disponía. Por no tener, ni tan siquiera podía contar con mi teléfono móvil.

Traté de tranquilizarme, sabía que, pasase lo que pasase, debía disimular, nadie podía darse cuenta de que conocía el secreto de Chelston. Debía aguardar pacientemente hasta tener pruebas que confirmasen mis sospechas, en cuyo caso hablaría con Edward y le contaría toda la verdad. Esa era la única forma de que él me creyese. Por otra parte, ahora además me sentía responsable de Ana. No podría perdonármelo si le pasase algo a ella. Respiré hondo y sequé mis lágrimas. Algo más serena, tomé el colirio del neceser y puse un par de gotas en mis enrojecidos ojos. Nadie debía sospechar que había estado llorando.

Bajé y me dirigí al Salón Azul, donde Edward y Meredith leían tranquilamente.

—¿Qué tal por el lago? —preguntó Edward mientras Meredith, imperturbable, no se dignó ni a levantar los ojos de su libro.

—Bien, como siempre. Ya sabes que me encanta andar.

Tomé una revista del revistero y me senté junto a él a leer un rato hasta que Thomas nos vino a buscar para la comida.

Entramos en el comedor, aunque yo seguía sin apenas tener hambre. Mi estómago se había cerrado por completo y solo pensar en comer me parecía un calvario. Por otro lado, la sola presencia de Meredith me ponía los pelos de punta. Mientras nos servían la comida, absorta en mi mundo, no podía sacarme de la cabeza la imagen del

coronel y aquel olor a putrefacto que se desprendía de su cuerpo. Meredith me miraba expectante desde el otro extremo de la mesa. Era como si ese sexto sentido que tenía le estuviese diciendo que algo no iba bien.

—¿Vas a comer o solo vas a jugar con la comida? —me preguntó Meredith al verme pasear la verdura de un lado al otro del plato.

—Lo siento, pero todavía no me encuentro demasiado bien.

Edward miró a su madre serio y frunció el ceño, como pidiéndole que me diese un respiro.

—¿Hace frío fuera? —Edward trató de suavizar las cosas.

—En absoluto, hace un día perfecto —respondí tratando de conciliar mis palabras con el gesto de mi rostro.

—Estoy pensando que todavía no te he llevado a la isla y te lo prometí.

—Es cierto.

—¿Por qué no te llevo a media tarde? Tampoco tenemos nada mejor que hacer.

—Está bien, parece un buen plan —respondí sin caer en la cuenta de que a las cinco había quedado con Ana frente a la puerta del ala este. Cuando quise rectificar ya fue tarde. ¿Me daría tiempo a volver para esa hora?

Para cuando acabamos de comer y de descansar un rato en el Salón Azul, el reloj de pared marcaba las cuatro menos cuarto de la tarde. Fuera, el sol caía implacable, con toda su fuerza, aunque el aire, que provenía del norte, hacía el calor más llevadero.

—Sé que te va a encantar. Es un rincón entrañable, casi paradisíaco, aunque ahora hace tiempo que nadie va por allí y posiblemente esté algo descuidado —dijo Edward mostrando un gran entusiasmo.

—Es un lugar distinto y peculiar —añadió Meredith.

Intranquila, no podía dejar de mirar el reloj. ¿Qué haría Ana cuando no me viese? Tan solo podía esperar que tuviese la sensatez de no entrar allí sola. A diferencia de la noche anterior, ahora cualquiera podía merodear por la casa y sorprenderla. Mientras salíamos no podía evitar sentirme preocupada por ella.

—Amanda, ¿estás enfadada conmigo? —preguntó Edward con expresión de extrañeza por mi estado prácticamente autista.

—No, por Dios, es solo que ayer me costó mucho dormirme y estoy bastante cansada.

—Te veo tan seria... tan distraída.

—Estoy bien, tranquilo. —Traté de demostrar una ilusión que no sentía hacia aquella inoportuna visita a la isla—. Es tan solo que aún arrastro lo mal que me encontré ayer.

Tras un agradable aunque largo paseo, llegamos al embarcadero de la cara norte del lago. Allí, una pequeña motora esperaba tapada por una funda de neopreno a ser usada.

—Espero que funcione. No sé cuánto hace que nadie la utiliza.

—¿Es seguro? —Temía que nos quedásemos tirados en mitad de la travesía.

—Tranquila, si arranca, no habrá problema. Una vez en marcha no suele pararse —añadió mientras yo no podía evitar pensar en el regreso una vez hubiésemos visto la isla.

Tardamos algo menos de un cuarto de hora en cruzar aquella enorme charca y amarrar el bote en la otra orilla. La vegetación allí era frondosa y la humedad hacía que el calor se tornase menos soportable. Cuando quise darme cuenta, mis piernas se habían convertido en carnaza para los mosquitos.

—Debimos coger algún repelente —dijo Edward dándose cuenta de mi disgusto—. Ya no recordaba lo molestos que pueden ser estos insectos. Con la humedad del lago y al haber tanta vegetación los mosquitos proliferan como chinches.

La isla no era demasiado grande, pero sí lo suficiente para albergar un pequeño embarcadero, una hermosa zona habilitada para comidas y demás actos sociales y una pequeña casa de invitados donde, según Edward me contó, en algunas ocasiones se habían hospedado parientes y amigos de la familia.

—Salvo por estos malditos mosquitos, he de reconocer que el sitio es precioso. —Estaba deseosa de partir de nuevo hacia tierra firme.

—Ven, que te enseñe la casa. Verás como también te gustará. No tiene nada que ver con Chelston.

Nerviosa, miré el reloj nuevamente; eran ya casi las cinco y todavía seguíamos allí. Debía buscar la forma de regresar cuanto antes.

—No hace falta —traté de acortar aquella visita—. Desde fuera ya me hago una idea.

—¿Acaso tienes algo mejor que hacer? —preguntó dejándome sin argumentos—. Te encantará, seguro.

Era una pequeña y acogedora casa rústica hecha de piedra y madera y, aunque las ventanas lucían ligeramente empañadas por la falta de limpieza, era fácil apreciar su belleza. La puerta chirrió de forma estrepitosa al abrirla.

—Recuérdame que le diga a Henry o a alguno de los jardineros que engrasen esta vieja puerta —dijo Edward mientras me invitaba a entrar.

Efectivamente, aquello no tenía nada que ver con Chelston. Sus paredes de piedra gris, la madera de los arrimaderos del suelo y la vieja chimenea le daban un aspecto rústico y entrañable; nada que ver con el lujoso y frío palacio en el que Meredith habitaba. Miré a ambos lados deleitándome con la calidez que se desprendía de aquella estancia; aquella casa tenía alma, no como Chelston. Era evidente que la casa del lago estaba a las antípodas de Chelston y de sus fríos y elegantes salones.

—Es muy bonito, pero esta decoración, dudo que sea obra de tu madre —apunté sin poder reprimirme.

—Tienes razón, a ella jamás se le hubiese ocurrido decorar algo así, no es su estilo. Fue papá quien construyó esta casa. Él se sentía más cómodo entre estas paredes que en Chelston; siempre fue así. De hecho, por las mañanas solía ir al

invernadero, a ver sus plantas, pero muchas tardes venía aquí a leer.

Por primera vez desde que le conocía, Edward se había referido a su padre con un cierto cariño, recordando hechos de su niñez. Mientras le oía hablar no podía evitar recordar la macabra imagen de su cuerpo disecado sentado en la mesa de su antiguo despacho. Aquella visión me perseguía a cada instante haciendo que me sintiese algo indispuesta. Era la primera vez que Edward se refería a él llamándole «papá» y por un instante creí ver un brillo especial en sus ojos, creí ver amor. La expresión de su rostro me enterneció de tal modo que por un momento olvidé mis temores y le hablé desde el corazón.

—Por suerte, tu forma de ser es más parecida a la de él que a la de ella. ¿Por qué le guardas tanto rencor? Cuesta entender que evites hablar de él del modo en que lo haces.

Con semblante triste Edward bajó la mirada.

—¿Rencor? No sé si esa es la palabra más adecuada. Mi padre y yo teníamos una relación difícil, muy difícil. Eso no significa que no le quisiese, o él a mí, pero... Quizás fuese porque nos parecíamos demasiado, es posible. Nunca lo había visto de este modo.

—Pero ahora que ya no está, ¿no deberías ser capaz de perdonarle y de pasar página? No creo que esa actitud te haga ningún bien.

—Es bastante más complicado que todo eso. Hay cosas que pesan como una losa y que no pueden cambiarse —respondió con una sinceridad que hacía tiempo no veía en sus palabras—. Quizás algún día me sienta con fuerzas para explicártelo todo, ahora no soy capaz.

Mirándole no podía evitar preguntarme qué sería aquello tan grave que no le permitía avanzar. Fuera lo que fuese, era evidente que no estaba dispuesto, al menos por el momento, a compartirlo.

—Deberíamos volver —dije mirando nuevamente el reloj—. Es tarde y antes de cenar me gustaría descansar un rato.

—Por supuesto.

El camino de regreso se me hizo largo y agotador. Aquella caminata a pleno sol terminó con la poca energía que aún me quedaba. Llegué a Chelston cansada, sudada, pero sobre todo nerviosa, temiendo que Ana hubiese cometido alguna imprudencia. Sin apenas saludar a Meredith, subí rápidamente a la primera planta y dejé a Edward hablando con ella. Eran casi las seis de la tarde y aparentemente allí no había nadie. Prácticamente convencida, supuse que Ana, al no encontrarme, había regresado a la zona de servicio. Sin embargo, por prudencia, subí rápidamente a la tercera planta y busqué las llaves del ala este en el cajón del despacho. Abrí el cajón de la izquierda con cuidado para no hacer ruido y, sorprendida, pude ver cómo allí no había nada.

—¡Dios mío! —exclamé temiéndome lo peor.

Las llaves no estaban en su sitio. Abrí entonces con nerviosismo el otro cajón.

—Aquí están —suspiré aliviada.

Seguro que Ana había subido a por ellas y, al ver que no llegaba a nuestra cita, las había vuelto a dejar en el mueble equivocándose de cajón, pensé. Sin dudar, las dejé en el cajón correcto y salí con cuidado del despacho, no sin antes comprobar que no había nadie en el pasillo. Ahora habría que encontrar una nueva ocasión para entrar, me dije mientras me dirigía corriendo hasta mi cuarto, temiendo que Edward llegase antes que yo. Estaba cansada y, tras la larga caminata, sentí que necesitaba un baño. Me tumbé en la bañera y dejé que el agua tibia cubriese mi cuerpo. Por unos instantes conseguí relajarme y olvidarme de todo.

Debían de ser cerca de las siete cuando bajamos a cenar y, como de costumbre, Meredith nos esperaba, impaciente. Perfectamente vestida, como si estuviera esperando para una cena de gala, nos miraba imperturbable desde el otro extremo de la mesa. Lo que en un principio me pareció belleza, distinción y elegancia, ahora me parecía fruto de una personalidad enferma y obsesiva. Cada minuto, cada segundo que pasaba, me sentía más lejos de aquella mujer; me enervaba su sola presencia. La miré con una extraña mezcla entre pena, temor y rechazo. La admiración que en un inicio sentí por ella había desaparecido por completo.

—Parece que ya has olvidado por completo mis normas respecto a la puntualidad —dijo en tono seco y frío dirigiéndose a Edward, regañándole como si de un niño pequeño se tratase.

—No, no las he olvidado, pero de vez en cuando hay que ser algo flexibles; término que, por otra parte, tú parece desconocer, mamá.

Meredith se quedó callada. Aquella respuesta cayó como un jarrón de agua fría sobre ella y fue seguida de un largo e incómodo silencio que nos acompañó casi toda la cena. Salvo por la voz de Thomas, o de alguna doncella al servir los platos, la cena transcurrió en silencio, un silencio cortante y bastante incómodo. Estábamos casi en los postres cuando Meredith, consciente de que tenía más que perder que ganar, se dignó a dirigirle nuevamente la palabra a su hijo.

—¿Y qué tal por la isla? —preguntó intentando romper el hielo pero sin demasiado interés.

—Bien, muy bonita —respondí, tratando de apaciguar los ánimos mientras Edward la miraba de reojo intentando mostrarse indiferente—, aunque muy distinta a esto. Debe de estar algo descuidada, ahora hace tiempo que no vamos —apuntó con esa necesidad que al parecer tenía de justificar casi todo—. A Edward le encantaba ir allí con su padre. Hace tanto de eso...

—Sí, se ve que hace tiempo que no va nadie, pero aun así es muy hermosa y acogedora.

—Afortunadamente os habéis perdido un momento de lo más desagradable.

—¿Desagradable? —Edward se reincorporó a la conversación—. ¿Qué es lo que ha ocurrido?

—El servicio ya no es lo que era. Menos mal que aún tenemos a Thomas.

—¿Qué es lo que ha pasado exactamente?

—He tenido que despedir a Ana.

—¿Cómo? —pregunté sobresaltada sin poder evitarlo.

Sentí que una punzada se me clavaba en mitad del pecho y mi estómago empezaba a retorcerse. Seguro que Ana había hecho alguna tontería, pensé. Traté, no sin dificultad, de contener mis emociones y mostrarme indiferente. Mostrar que aquello me afectaba era lo último que me hacía falta. Nadie debía sospechar acerca de la relación que tenía con Ana.

—¿Has despedido a Ana? ¿Por qué? —inquirió Edward desconcertado, ya que Ana era probablemente de las mejores doncellas de la casa.

—Thomas la sorprendió hurgando entre las cosas del despacho de tu padre. A saber qué pretendía robar.

—¿Robar? ¿Qué iba a robar ahí arriba? Esa habitación parece un trastero. Allí no hay nada de valor.

—No lo sé, pero sus intenciones eran claras, ¿no crees? ¿Para qué iba sino a rebuscar entre los cajones? —respondió Meredith de forma tajante, como sin dejar lugar a otras interpretaciones.

—¿Y se ha marchado ya? —Estaba nerviosa.

—Sí, claro, Thomas se ha ocupado de ella —respondió con frialdad—. Parece que os importa más esa chica que yo —nos miró con irritación.

—En absoluto, solo era mera curiosidad —intenté disimular.

En mi cabeza todo tipo de hipótesis empezaron a hacerse plausibles. Estaba muy desconcertada. Por primera vez desde que habíamos llegado a Chelston sentí que la situación se me estaba escapando de las manos y que las consecuencias podían ser imprevisibles. ¿Y si realmente habían sorprendido a Ana husmeando por el ala este? ¿Y si ella, asustada, les había contado algo al respecto de mis indagaciones? ¿Y si realmente no la habían despedido y la habían hecho desaparecer como a todas las demás chicas?

Miré a Meredith con miedo y sin poder quitarme de la cabeza la imagen atroz del coronel. Si algo le había pasado a Ana, nunca me lo iba a perdonar, yo la había metido en esto. Por otra parte, de ser así, era evidente que Edward no podía haber tenido nada que ver, ya que había estado conmigo en la isla todo el tiempo. Si aún me quedaba alguna duda de su inocencia, aquello había hecho que se desvaneciese en cuestión de segundos. Era obvio que todo lo que ocurría allí dentro tan solo podía deberse a Thomas o la mismísima Meredith.

XVI

¿DÓNDE ESTÁ ANA?

Tenía que saber dónde estaba Ana y si estaba bien; no podía evitar sentirme responsable. Pero ¿cómo podía seguirle el rastro? Quizás Henry la acompañó, o la vio marchar, me dije pensativa. Tenía que buscar el modo de hablar con él aunque cada vez era más complicado justificar las ausencias y temía que al final Thomas o Meredith sospechasen de mí. Aunque era tarde, debía ir al encuentro de Henry, pero difícilmente podría salir de la casa sin un motivo razonable. Había oscurecido y normalmente a esa hora Thomas ya había cerrado las puertas. Por otra parte, ¿con qué excusa iba a salir a pasear sola en la noche? Sin embargo, debía hablar con Henry como fuese; aquello no podía esperar.

—Parece que hace una noche fantástica —dije en voz alta mirando por la ventana y tratando de preparar el terreno.

—Eso parece —respondió Meredith sin prestarme mucha atención.

—¿Sabes?, me está apeteciendo dar un paseo... como hacemos a veces por los alrededores de Central Park. Echo de menos las caminatas a la luz de la luna —comenté mirando a Edward—. ¿Tú no?

Edward frunció el ceño.

—¿Ahora? ¿Lo dices en serio? —preguntó sorprendido—. Me temo que hará frío.

—Bueno, desde aquí parece que se tiene que estar a gusto.

—No te engañes —puntualizó Meredith—, esto no es como en el sur de Inglaterra, aquí por la noche refresca.

—Lo sé, pero aun así me parece muy apetecible. ¿Te sabe mal si me doy una vuelta cortita?

—Está bien, te acompaño —dijo Edward.

—Bueno... no hace falta; si quieres, puedes quedarte. —No esperaba aquella respuesta.

—Lo hago encantado —añadió dejándome sin más argumentos.

—Perfecto.

Me dirigí a la puerta algo contrariada. ¿Cómo iba a hablar con Henry si Edward me acompañaba? Debía buscar la forma de quedarme a solas aunque fuera por poco tiempo.

Después de que Thomas nos abriese la puerta de la entrada, bajamos la escalinata y, como otras muchas noches, vimos que Henry estaba sentado casi al final de ella fumándose un cigarrillo. Henry, a diferencia del resto del personal, como dormía en el cuarto que había justo encima del garaje, tenía la oportunidad de zascandilear por la finca a sus anchas sin tener que rendir cuentas a nadie.

—Buenas noches —dijo incorporándose de golpe; al parecer no esperaba que nadie saliese de la casa a esas horas—. Buenas noches —respondimos nosotros sin apenas detenernos.

Tras dar algunos pasos, interrumpí la marcha y con cara de niña desvalida le dije a Edward:

—Me temo que tu madre tenía razón y que voy a tener frío. ¿Me bajarías una chaqueta del armario?

Sabía que la caballerosidad de Edward era incuestionable y que no dudaría en ir a por ella sin rechistar.

—Por supuesto, cielo, espérame aquí que regreso en un par de minutos. —Me besó en la mejilla y entró de vuelta en la casa.

Sabía que como mucho iba a tener cinco minutos para hablar, así que debía aprovecharlos. Me acerqué a Henry con premura y sin dudarlo le pregunté acerca de Ana y su marcha.

—Henry, ¿sabe si Ana, la doncella, se fue esta tarde?

—¿Cómo? ¿Ana? No, yo no vi salir a nadie de Chelston.

—¿Está seguro?

—He estado toda la tarde aquí. A lo sumo detrás, en la cochera. Si alguien se hubiese ido, habría oído el motor del coche. Además, ¿por qué iba a irse Ana? Y de hacerlo, Thomas me hubiese pedido que la acompañara, ¿no cree? —añadió extrañado.

—¡Dios! ¿Y ahora qué hago? —exclamé con la cara desencajada—. No sé ni por dónde empezar a buscar.

—¿Buscar? ¿Qué es lo que ocurre? —preguntó adivinando la preocupación en mi rostro.

—Esta tarde Meredith despidió a Ana y, según ella, Thomas la invitó a abandonar la casa; sin embargo, algo me dice que nunca salió de la finca. Temo por su vida... y no sé qué puedo hacer.

—Pero...

En ese instante vi que Edward empezaba a bajar la escalinata y me alejé rápidamente de Henry por prudencia. Lo último que deseaba era buscarle más problemas. Él, viendo mi reacción, supo que no debía seguir hablando. Mientras Henry me miraba con desconcierto, Edward me puso la chaqueta sobre los hombros y me agarró del brazo para seguir con nuestro paseo. Al parecer, Henry era él único, a parte de mí, que sabía que allí estaba ocurriendo algo extraño.

—Dudo que Ana estuviese robando algo —dije tratando de averiguar si Edward sabía algo de todo aquello—. Parecía una buena chica.

—Yo también lo dudo, pero ya sabes cómo es mamá. Cuando se le mete algo en la cabeza no hay forma de hacerla razonar. Es una lástima porque era de las mejores, pero... ¡qué le vamos a hacer!

—Ya, pero... pobre chica, me consta que no tenía donde ir. ¿Qué crees que habrá

hecho, adonde habrá ido?

Edward me miró sorprendido.

—No sabía que habías hecho tan buenas migas con el servicio.

Por un segundo traté de parecer menos implicada y busqué el modo de justificar mi interés.

—Bueno, la chica era muy agradable, y como siempre era ella la que arreglaba nuestra habitación... ¿Dónde crees que estará?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Bueno, digo yo que cuando contratáis a una chica le pedís los datos, ¿no?

—De esas cosas se ocupa mi madre y, sinceramente, no entiendo a qué viene ahora este interés por Ana.

—Me sabe mal por la chica, solo eso —dije zanjando el tema.

Tras algunos arrumacos y algo más de media hora de frío paseo por el exterior de la finca, regresamos al interior. Mis pies estaban helados y mis manos parecían témpanos de gélido hielo, sin embargo, traté de que no se notara en exceso. Meredith, que estaba ya a punto de retirarse cuando entramos al Salón Azul, se detuvo unos instantes para despedirse antes de subir.

—Yo ya me iba a la cama, se está haciendo tarde. —Le dio un beso en la mejilla a Edward—. Debéis estar helados —añadió como desaprobando la iniciativa que yo había tenido.

—Bueno, no es para tanto —respondí.

—No creo que nosotros tardemos demasiado en retirarnos —dijo Edward—. Por cierto, mamá...

—¿Sí?

—¿No guardarás por casualidad alguna dirección o teléfono de contacto de Ana? Ambas nos quedamos sorprendidas.

—¿Cómo? —preguntó Meredith contrariada.

—Verás, Amanda hizo buenas migas con ella y, bueno... quería cerciorarse de que estaba bien.

—¿Bien? No, no tengo nada de esa chica, y aunque lo tuviese, tampoco se lo iba a facilitar. Me parece francamente muy desafortunado ese interés por alguien que nos intentó robar.

—Bueno, yo no pretendía... —dije, tratando de justificar mi interés por Ana mientras ella salía del salón completamente ofendida—. ¿Por qué le has dicho nada? ¿Cómo se te ha ocurrido? —le pregunté a Edward.

—No pensé que se lo fuera a tomar así.

—Pues ya has visto su reacción.

—De todas formas, no te preocupes, mañana ya ni se acordará.

—Eso espero.

Me senté un rato en el sofá, pensativa, mientras Edward se tomaba tranquilamente una última copa de *brandy*. No podía quitarme a Ana de la cabeza. ¿Sabrían las

demás chicas algo sobre ella? ¿Seguiría viva?

—Estaba pensando que mañana podría enseñarte a montar a caballo, te lo prometí al llegar y en dos días nos iremos —dijo de pronto Edward—. Además, se prevé que haga buen tiempo.

—Me parece bien, una buena idea, puede ser divertido.

—Bien, pues iremos justo después de desayunar. Es una buena hora, ¿no?

—Perfecto.

—Estoy pensando que voy a salir un momento a decirle a Henry, antes de que se retire, que mañana prepare los caballos. Así lo tendrá todo listo a primera hora y no hará falta esperar.

—De acuerdo —dije sin moverme del sofá.

Mientras Edward salía a hablar con Henry de caballos, horarios y demás, yo no podía evitar pensar en que probablemente tendría que volver a entrar en el ala este. Si algo horrible le había pasado a Ana, el único espacio de la casa inaccesible donde poder ocultarla era allí. Por otro lado, si la habían matado, quizás habrían guardado su ropa con la de las demás. Solo ese pensamiento hizo que todo el vello de mi cuerpo se erizase. Tenía que entrar allí de nuevo, ¿dónde sino podía estar Ana? Aunque la mente me pedía huir de Chelston, mi corazón me decía que no podía salir de allí sin saber si ella estaba bien. Por otra parte, aunque no tuviese pruebas suficientes, quizás había llegado el momento de compartir todo aquello con Edward. Si no confiaba en él, ¿en quién iba a hacerlo? Tampoco estaría de más que probase a hablar con el resto de las chicas, aunque me temía que ninguna supiese nada.

—He quedado con Henry en que tendremos los caballos listos sobre las diez —dijo Edward mientras entraba de nuevo en la sala.

—Bien —respondí sin demasiado entusiasmo—. Edward... ¿te puedo comentar algo?

—Sí, claro.

—Tengo la sensación de que tu madre no está todo lo bien, o todo lo centrada, que quiere aparentar —traté de introducir el tema con sutileza y poder así ver su reacción.

—¿Cómo? ¿A qué viene ese comentario? Ya sé que últimamente habéis tenido vuestras diferencias, pero de ahí a tacharla de... ¿loca?

—Bueno, yo... no pretendía...

—Amanda, mamá está perfectamente bien. Es solo que lleva mucho tiempo sola y tiene sus manías. Lo pasó muy mal y, bueno, quizás entre todos la hemos consentido demasiado.

—Ya, pero la otra noche la vi entrar a hurtadillas en el ala este...

—¿Cómo dices? ¿Acaso la espías?

—No, claro que no... solo es que yo subía...

—Es su casa, ¿por qué no debería ir a donde le apetezca? Amanda, ¿se puede saber a qué viene todo esto?

—Lo siento, yo no pretendía... solo me preocupaba por ella.

—Ya —respondió Edward con el semblante más serio que de costumbre—. Para tu tranquilidad te diré que para preocuparme de ella ya estoy yo.

Viendo la sequedad de aquella respuesta y que no había diálogo posible, decidí desistir.

—Con tu permiso, creo que voy a subir ya a la habitación, estoy muy cansada —dije levantándome del sofá.

—Me parece bien. Yo en cuanto termine la copa subo —dijo él besándome con dulzura aunque todavía algo molesto por la conversación.

Como otras tantas noches, tumbada sobre la cama, sabía que si conseguía dormirme sería de puro agotamiento.

XVII

UN DÍA ANTES DE MARCHARNOS

Debían de ser cerca de las nueve cuando Edward entró en la habitación a despertarme como solía hacer cada mañana. Como ya era habitual, él seguramente se había levantado hacía al menos una hora y media.

—Hace una mañana espléndida para montar —dijo con gran entusiasmo mientras se sentaba al borde de la cama.

Traté de girarme hacia el otro lado y seguir durmiendo, estaba muy cansada, pero Edward insistió:

—¡Venga, dormilona!

¿Cómo podía levantarse con aquella energía?, me preguntaba mientras trataba a duras penas de abrir los ojos. Con bastante sueño, me incorporé tras otra noche casi en vela y me arrastré hasta el baño. Mi cuerpo empezaba a pagar caras todas aquellas noches sin dormir. Me lavé la cara a conciencia tratando de reaccionar con el frescor del agua, pero sabía que tan solo un café bien cargado conseguiría ponerme las pilas. Me sentía agotada. Abrí el armario y saqué un vaquero, las botas camperas y la camisa más vieja que tenía; no quería estropear la ropa nueva montando a caballo. En realidad, la idea de montar no me apetecía lo más mínimo, mi cabeza estaba en otras cosas, pero Edward estaba tan ilusionado con enseñarme que preferí hacer el sacrificio. Cuando bajamos a desayunar Meredith ya estaba sentada a la mesa esperándonos.

—Edward me ha comentado que vais a ir a montar —dijo nada más sentarnos a la mesa en un tono aparentemente amigable que, desde luego, no se correspondía con su reacción de la noche anterior.

—Bueno, sí, más o menos —respondí tratando de aparentar una normalidad que no sentía—. Él va a montar y yo a hacer lo que buenamente pueda.

—Aprender lo básico no es tan complicado, ya lo verás —apuntó él—. Lo difícil es montar bien. Incluso aquellos que llevamos años montando cometemos muchos errores.

—Tienes un muy buen profesor, al mejor de todos —agregó Meredith con orgullo—. Edward aprendió a montar con solo seis años y es un gran jinete.

—¿Con seis años? Yo a esa edad tan solo jugaba con muñecas —dije con ironía—. Yo me conformo con no caerme del caballo.

—Seguro que con un poco de práctica puedes llegar a ser una gran amazona.

—Permíteme que lo ponga en duda —respondí mientras mi mente seguía dándole vueltas a la desaparición de Ana y sumergía parte de una madalena en el café con leche.

Para cuando terminamos de desayunar, Henry ya nos estaba esperando en las caballerizas con todo preparado. El cuidado y preparación de los caballos era también un arte que requería esmero y, sobre todo, mucho dinero y tiempo.

—Buenos días, señorita Kresley —dijo Henry mientras sostenía la brida de uno de los caballos.

—Este va a ser tu caballo —dijo Edward mientras lo acariciaba—. Spark es el caballo preferido de mamá y, aunque lo veas muy grande, es uno de los mejores y más dóciles.

—Eso espero —respondí impresionada por su tamaño.

—Hermoso, ¿verdad?

—Realmente precioso —respondí acariciando el suave y brillante pelaje de su cobrizo lomo.

Spark, que así se llamaba aquel bello ejemplar, era un imponente purasangre inglés castaño rojizo. El viento de la mañana hacía ondear el pelo de su crin formando una hermosa imagen. Posiblemente, era uno de los mejores ejemplares de la cuadra y uno de los preferidos de Meredith. Por lo que me explicó Edward, Spark era el caballo que ella solía montar más a menudo.

Mientras Henry lo sujetaba firmemente por las riendas, Edward me tomó de la cintura y me ayudó a subir.

—De momento vas a aprender a coger correctamente las bridas. Antes de empezar a trotar debes aprender cómo se dirige un caballo. —Me dio las riendas ayudándome a asirlas correctamente.

Tras unas breves indicaciones de cómo hacer girar y cómo frenar al caballo, Edward cedió su lugar a Henry y montó en el suyo. La teoría parecía sencilla, pero estaba convencida de que la realidad sería bastante peor, y así fue.

—De momento solo vamos a trotar lentamente dentro del cercado. Has de acostumbrarte al caballo antes de ir más lejos. Henry te ayudará.

—¿Ir más lejos? —pregunté con gran dosis de sarcasmo—. A mí con trotar aquí dentro me basta. No creo que los caballos y yo nos llevemos demasiado bien.

Mientras Edward se empeñaba en enseñarme a montar, Henry y yo nos mirábamos con preocupación y complicidad. Ambos sabíamos que Ana podía estar en peligro y que estábamos perdiendo un tiempo precioso. Afortunadamente, tras algo más de media hora de dar vueltas, Edward me propuso probar en el exterior.

—Yo prefiero no salir de aquí, de veras. Si quieres, ve a dar una vuelta y nos encontramos luego —respondí viendo en su ausencia una perfecta oportunidad para hablar con Henry.

—¿No te importa? —preguntó con la boca pequeña, ansioso por dar un paseo a su ritmo.

—No, tranquilo. ¿Por qué iba a molestarte? —dije pensado que aquella situación me dejaba también tiempo para proseguir con la conversación del día anterior con Henry—. Creo que esto no es lo mío.

—Entonces nos vemos luego.

—Perfecto —respondí sacándome aquel estúpido casco de la cabeza.

Entusiasmado, Edward salió del cercado y empezó a trotar por la pradera. Era evidente que era un magnífico jinete. Tan pronto como Edward se hubo ido, Henry se acercó a mí para retomar la conversación de la noche pasada.

—¿Sabe algo más de Ana? —preguntó mientras me ayudaba a bajar del caballo.

—No, y me temo lo peor —respondí.

—¿Qué cree que le ha pasado?

En aquel instante me di cuenta de que si pronunciaba aquella palabra, si hacía explícita mi sospecha, ya no habría vuelta atrás, sería como reconocer de forma expresa que allí alguien era un asesino y no estaba segura de ser capaz de asumir aquello. Una cosa era pensar que Meredith estaba loca y que en un acto de amor desesperado había tratado de conservar a su marido muerto junto a ella y otra muy distinta era creer que alguien se dedicaba a matar a aquellas chicas con el fin de ocultar algo. Al ver mi silencio, Henry prosiguió:

—¿Por qué querría alguien hacer daño a Ana?

—Quizás porque vio algo que no debería haber visto.

—¿El qué?

—Ana quería entrar en el ala este, estaba convencida de que la ropa de mujer que yo encontré el día anterior pertenecía a Sara. Yo debía estar con ella, pero Edward insistió en llevarme a la isla y llegué tarde. Es probable que Thomas la sorprendiese donde no debía.

—O sea que usted también entró allí...

—Sí, y tengo motivos para pensar que tras esas paredes, tras la apariencia de una familia perfecta, se esconde algo horrendo.

—¿Algo horrendo?

—¿Qué pensaría si le cuento que tienen al coronel disecado y que hay una habitación llena de ropa y zapatos de mujer que no pertenecen a Meredith?

—¿Dise... qué?

—Disecado.

—¡Qué horror! —exclamó con cara de asco—. Indudablemente es algo asqueroso, incluso enfermizo, pero de ahí a pensar que alguien está matando a las chicas va un mundo, ¿no?

—Eso pensé yo al principio, pero ¿cómo explica que Sara jamás volviese a dar señales de vida y que Ana se haya esfumado sin dejar rastro?

Pensativo, Henry no sabía qué responder.

—¿Y si llama a la policía?

—Ya lo he pensado, pero realmente no tengo nada, todo son conjeturas y disecar, aunque desagradable, aún no está penado. Quedaría como una idiota. Y encima teniendo Meredith los contactos que tiene, ¿a quién piensa que creerían?

—¿Cuándo se marchan?

—Mañana por la tarde.

—En mi humilde opinión, debería olvidarse de todo esto y marcharse.

—¿Algo como lo que hizo Diane? —pregunté tratando de averiguar algo más sobre aquella relación.

Henry desvió la mirada dándome a entender que posiblemente estaba más cerca de la verdad de lo que me imaginaba.

—¿Qué pasó realmente con Diane?

—No lo sé, de veras. Mentiría si dijese lo contrario, aunque es cierto que su forma de marcharse fue un tanto extraña. Durante algunos días las doncellas rumoreaban todo tipo de tonterías.

—¿Qué tonterías?

—Que si había otro hombre en su vida, que si la habían raptado, que si la habían hecho desaparecer... —dijo como restándole credibilidad al asunto—. Aunque lo que sí es cierto es que la gente normal no se marcha a medianoche y sin avisar. Fue todo demasiado extraño.

—¿Y si nunca se fue?

—¿Cómo?

—¿Y si la hicieron desaparecer como a las demás?

—Razón de más para que deje estar lo que sea que haya en esa maldita ala este y se marche mañana. ¿Qué gana usted con todo esto?

—No puedo hacer eso, se lo debo a Ana. Además, ¿cómo iba a seguir con mi boda con Edward teniendo todas estas dudas sobre su familia?

—¿Y está usted segura de que el señorito Edward no tiene nada que ver con todo esto? —Aquella era la pregunta que más temía.

—Todo apunta a que no, aunque de momento no tengo pruebas de nada.

—¿Y qué piensa hacer?

—Volver a entrar en el ala este. Si Ana ha estado allí dentro, espero ser capaz de poder encontrar algún rastro de ella o de su ropa.

Henry me miró atentamente y se quedó pensativo durante unos instantes. Luego, levantó las cejas y tras una breve pausa, añadió:

—Pero... ¿por qué cree que la tienen allí?

—Porque es el único lugar de la casa de difícil acceso. ¿Dónde sino?

—Está bien, entonces entraré con usted, no voy a dejarla sola.

—¿Está seguro?

—Si le pasase algo me iba a sentir responsable, lo sé. Así que, ¡qué demonios! Lo peor que puede pasar es que me despidan.

—¡Gracias! —dije sintiéndome menos sola y, por tanto, más segura.

—¿Cuándo quiere que entremos?

—Teniendo en cuenta que Edward estará como mínimo una hora fuera, quizás podríamos intentarlo ahora. Es más sencillo evitar a Meredith que a ambos.

—Bien, dejo el caballo dentro y nos encontramos en las cocheras en unos diez

minutos. ¿Le parece bien?

—Perfecto —respondí mientras pensaba en cómo haría para que Henry entrase en Chelston sin ser visto.

Tras diez largos minutos, Henry apareció en la entrada de la casa.

—Entraré yo primero, saludaré a Meredith y, cuando te haga una señal, subes hasta el primer piso y te escondes —dejé de lado aquel estúpido trato de usted.

Subí la escalinata de entrada y fui directa al Salón Azul, sabía que ella estaría allí, como siempre. Entré y la vi al fondo, sentada en el sillón junto a la ventana, leyendo bajo el calor del sol de la mañana. Había que reconocer que la imagen era ciertamente hermosa, los reflejos del sol sobre sus rubios cabellos hacían que casi pareciese un ángel, algo que estaba radicalmente al otro extremo de la realidad.

—Hola, Meredith —dije al entrar.

—Hola, Amanda. ¿Y Edward? ¿No ha regresado contigo? —preguntó extrañada al verme entrar sola.

—Se fue solo a dar una vuelta con el caballo. Definitivamente lo de los caballos no es lo mío. Al menos por hoy he tenido bastante.

—¿Qué tal con Spark?

—Muy bien, es un caballo precioso, aunque creo que me gusta más andar por mis propios medios. He acabado realmente agotada.

—Seguro que acabarás por cogerle el gusto.

—Puede ser —dije con gran escepticismo—. Con tu permiso, me voy a descansar un rato antes de la hora de comer.

—Perfecto, nos vemos después.

Salí del salón y miré a ambos lados para asegurarme de que no había nadie cerca del *hall*. Entonces, hice una señal a Henry. Este, sin dudarlo, subió con rapidez a la primera planta. Mientras él me esperaba agazapado tras una columna, yo fui a la tercera planta a por las llaves y después fui donde él. Luego, con mucho cuidado, abrimos la puerta del ala este y entramos.

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó Henry mientras guardaba las llaves en el bolsillo de su pantalón.

—No sé, alguna pista sobre Ana, o alguna prueba de lo que realmente está ocurriendo aquí.

Mientras me acercaba a la habitación del fondo, la que estaba repleta de ropa y enseres, Henry entró en una de las primeras. A diferencia de la noche de la fiesta, gracias a la luz natural, ahora todo se veía con mayor claridad.

—¿Cuándo han estado aquí los albañiles? —preguntó desde el otro extremo.

—No lo sé, que yo sepa ningún operario ha entrado en Chelston desde que nosotros estamos aquí.

—Por eso lo digo. Esta pintura está fresca.

—Sí, es cierto, a mí también me extrañó.

—Además, curiosamente, si le das a la pared con los nudillos, suena como a

hueco —dijo mientras yo seguía buscando entre la ropa y los enseres algo que me llevase a pensar que Ana había estado allí.

De pronto, oí un ruido fuerte y seco.

—¿Henry? ¿Qué estás haciendo? ¿Acaso quieres que nos oigan?

Al no haber ninguna respuesta por su parte, rápidamente me acerqué asustada a la habitación.

—¿No querías pruebas? Pues me temo que ya tenemos pruebas...

Con sus puños, Henry había golpeado la pared haciendo un boquete. Me acerqué al agujero y miré en su interior.

—¡Dios Santo! —exclamé aterrada al ver la mano de una mujer llena de cal y cemento. Su mano, que estaba atada al cuerpo, parecía haber intentado arañar la pared sin éxito. Era evidente que aquella chica había sido emparedada viva—. ¡Es horrible! ¿Será Ana?

—No creo, esta mano está empezando a descomponerse. Si fuese Ana, no le habría dado tiempo. Sea quien sea, tiene que llevar al menos algunos días.

En efecto, el olor putrefacto y nauseabundo que se desprendía de aquel cuerpo no tardó en impregnarlo todo haciéndome enfermar. Henry se sacó la camiseta y se la puso alrededor de la boca y la nariz para paliar aquel olor pestilente. Con cuidado de no hacer ruido, trató de romper algún trozo más del yeso que recubría aquel cuerpo tratando de averiguar la identidad de aquella mujer. Enseguida pude ver parte del abrigo oscuro que Sara llevaba puesto el día que se marchó. Ana estaba en lo cierto, Sara jamás consiguió huir.

—Es Sara —dije con completa certeza.

Unas ganas enormes de llorar me embargaron. No podía dar crédito a lo que estaba presenciando.

—Me temo que, si sigo agujereando estas paredes, aparecerán más personas —dijo Henry sin salir de su asombro—. Esto es como un puto cementerio —añadió golpeando con firmeza otra parte de la habitación.

—Procura no hacer mucho ruido, no queremos que nos oigan. —Empezaba a marearme.

—Lo intento.

—Dios, no sé si voy a poder aguantar esto.

Las piernas me empezaron a fallar por aquella visión y aquel tremendo olor. Mientras, Henry seguía arrancando trozos de cal y ladrillos de aquellas paredes.

—Ahora no puedes echarte atrás, Amanda —dijo mirándome con preocupación—. En cuanto alguien suba, sabrá que hemos estado aquí. Debemos destapar todo esto y avisar a la policía cuanto antes.

—Lo sé, solo es que mi estómago va por libre y no piensa lo mismo. —Me llevé la mano a la boca tratando de contener las arcadas.

Tras el nuevo agujero se podía ver parte de un vestido sedoso de tono crudo. Me acerqué a la pared tapando mi nariz, tratando de evitar aquel olor penetrante. Me

arrodillé y tomé el tejido con la mano. Sin lugar a dudas, ese vestido era el que Diane había comprado para la fiesta de compromiso, el mismo del que yo me enamoré en Grantham. Era obvio que tampoco ella había abandonado la casa. Temblando y sabiendo que ya no controlaba el miedo que sentía, cerré mis ojos con fuerza. Empecé a pensar que, si nos descubrían, quizás tampoco lo haríamos nosotros dos.

Sin apenas fuerzas y con ganas de vomitar, me incorporé. Sin poder evitarlo, salí corriendo de la habitación y entré en el baño de enfrente. Apoyada en la pared, dejé que mi cuerpo hiciese el resto. Tras echar lo poco que quedaba del desayuno en mi estómago, me refresqué la cara tratando de recuperar el aliento. Aquello era peor de lo que imaginaba. Un cúmulo de sensaciones recorría mi cuerpo removiendo mis entrañas.

—Creo que también he encontrado a Ana —dijo Henry con tono apesadumbrado desde el otro extremo—. Lo siento mucho —añadió sabiendo que aquella noticia caería sobre mí como una jarra de agua fría.

Me sentía culpable y mis ojos se humedecieron sin poder evitarlo. Apoyada en la pared trasera del baño, sentí que quería morirme. Las lágrimas que durante rato había conseguido reprimir cayeron sin control deslizándose caprichosas por mis mejillas. Quizás si yo hubiese estado allí con ella...

Estaba a punto de salir del baño cuando de pronto oí cómo unos pasos provenientes del exterior avanzaban con sigilo hacia nosotros; no estábamos solos. Aterrada, retrocedí. De un salto, pasé por encima del material y los bidones que estaban en el suelo y me puse detrás de la puerta del baño tratando de contener hasta la respiración. Solo cabía esperar que Henry los hubiese oído también y se pusiera a salvo escondiéndose al igual que había hecho yo.

Con cuidado, miré por el fino espacio que quedaba entre la puerta y las bisagras tratando de ver algo de lo que estaba pasando fuera. De pronto, un fuerte estruendo, algo similar al ruido que haría un cuerpo cayendo desplomado, rompió el silencio haciendo que mi corazón acelerase el ritmo hasta extremos insospechados. Con la cabeza apoyada contra los azulejos de la pared trasera, sentí cómo las gotas de sudor se deslizaban lentamente por mi espalda y por mi frente. Sin saber qué había ocurrido ni qué hacer, permanecí inmóvil durante varios minutos mientras aquellos pasos seguían recorriendo la zona. Entonces, sintiendo que mi respiración se hacía más corta y acelerada, oí cómo se acercaban a mí, lenta pero inexorablemente, haciéndome palidecer y temblar de pánico. De repente, un fuerte empujón lanzó la puerta del baño contra los materiales del suelo haciéndola rebotar. Tapé mi boca con la mano como tratando de contener mi voz que, muerta de miedo, luchaba por salir de mi garganta a gritos. Con la otra mano agarré mi muslo con fuerza clavando en él mis uñas, hasta casi hacerme sangre, como tratando de mantenerme alerta. Alguien estaba ahí, pegado, a mi lado, podía sentir su respiración junto a la puerta. Estaba cerca, muy cerca, demasiado. Su sombra se proyectaba inquietante sobre los azulejos del suelo del baño, creando una imagen casi fantasmagórica. Cerré los ojos con todas mis

fuerzas imaginando, como hacía de niña cuando tenía miedo, que podía volatilizarme, que podía desaparecer. Durante unos segundos pensé que ese era el final, que ya no habría un mañana, que iba a terminar como todas aquellas mujeres: muerta y emparedada. Mi cuerpo temblaba de arriba abajo fruto del miedo. Entonces, tras varios minutos de silencio, de saber que tan solo aquella fina puerta me separaba de una muerte segura, volví a oír que, fuese quien fuese quien estaba tras la puerta, se movía. Por fortuna, tras echar un vistazo y viendo que la puerta quedaba atorada dificultando el paso, finalmente, retrocedió. Oí cómo los pasos se alejaban lentamente hasta perderse en el fondo del ala. Creí que iba a desfallecer. Petrificada, aguardé unos minutos.

Al rato se hizo nuevamente el silencio, un silencio tan intenso y desgarrador que me puso los pelos de punta. No tenía forma de saber qué estaba pasando fuera de aquellas paredes, tan solo podía esperar y rezar por que el asesino se fuera. Ojalá que no le hubiese pasado nada a Henry, pensé para mis adentros casi como si de una súplica se tratase. Y si Henry estaba muerto, ¿qué iba a hacer entonces?

Mientras, los minutos pasaban lentamente y yo seguía allí, inmóvil, paralizada, sin atreverme casi ni a respirar. No podía tener la certeza de que el asesino no siguiera ahí fuera esperando que yo hiciese un movimiento en falso, que yo delatase mi posición. Bloqueada y asustada como nunca en toda mi vida, dejé que pasase el tiempo; el miedo no me dejaba moverme y mi corazón seguía latiendo a ritmo descomunal. Era como si el asesino y yo estuviésemos jugando una macabra partida de ajedrez a vida o muerte, una partida donde el asesino acababa de comerse a mi reina y tan solo me quedaba el rey. No sé si pasó media hora, o quizás una hora, hasta que me atreví a reaccionar, a salir de allí. La espera se me hizo eterna. Con cuidado, tratando de no hacer ruido, desplacé ligeramente la puerta y, tras mirar en varias ocasiones a ambos lados, decidí saltar los bidones y salir por fin de aquel escondrijo. Las piernas todavía me temblaban y a duras penas había conseguido recuperar el pulso. La respiración entrecortada y el acelerado latir de mi corazón aún me recordaban que no estaba a salvo; todavía no.

XVIII

ENCERRADA

Fuera quien fuese quien había entrado en el ala este, ya no estaba allí. En pleno ataque de ansiedad, avancé hacia fuera del baño. Mi corazón todavía trataba de recuperar la normalidad mientras un punzante dolor en el pecho me recordaba que habían estado a punto de descubrirme. Salí temblando, mirando a todos lados, todavía con el miedo en el cuerpo y sin saber qué me iba a encontrar. Aterrorizada, comencé a llamar a Henry en voz baja, pero no hubo respuesta. Me temía lo peor. Avancé lentamente, de puntillas, hasta la habitación donde había dejado al chófer y, frente a la puerta, dubitativa y sin atreverme a entrar, intenté serenarme. ¿Y si estaba muerto?, pensé mientras trataba de controlar la situación. Respiré profundamente y luego apoyé mi mano en la puerta y la abrí con mucho cuidado, con sigilo, con miedo a lo que podía descubrir tras ella. De reojo, vi la pared donde Henry había hecho el primer boquete; todo parecía tranquilo. En mi mente el miedo bloqueaba mis pensamientos y se me hacía difícil tomar decisiones. ¿Y si abría la puerta y hallaba a Henry muerto tras ella? No sabía si iba a ser capaz de soportar aquello. Empujé la puerta hasta el fondo pero allí no había nadie. Paralizada por el pánico, sentí que mis dientes castañeteaban unos contra otros sin cesar. Era incapaz de controlar mi cuerpo y mi mente, parecían haber cobrado vida propia. Si Henry no estaba allí, ¿dónde le habrían llevado? ¿Qué le habría ocurrido? Entonces vi el joven rostro de Ana atrapado entre los cascotes de la pared de enfrente. Tal y como Henry me había anunciado, ella también estaba allí, muerta, amordazada y emparedada. Impresionada por aquella imagen, retrocedí hasta la pared del fondo. Las lágrimas se deslizaron nuevamente por mis mejillas sin poder remediarlo. ¿Qué iba a hacer ahora?, pensé, bloqueada por la situación. Henry había guardado las llaves del ala este en su bolsillo. Estaba encerrada. ¿Cómo iba a salir de allí?

Me dejé caer al suelo en la esquina de la estancia. Sentada, con la mirada perdida en el infinito, traté de recomponer mis ánimos. Exhausta, en aquel frío suelo, miré desesperada a mi alrededor y recordé las inteligentes palabras de Ana: «Mejor váyase de aquí cuanto antes... eso es lo que debería hacer».

«¿Por qué no le hice caso?», me dije mientras las lágrimas brotaban sin cesar de mis ojos de pura ansiedad y mi respiración entrecortada aumentaba nuevamente su cadencia sin control alguno. Ahora ya era tarde para esas reflexiones, ahora tan solo quedaba rezar por salir con vida de allí.

Con el corazón a mil por hora, me incorporé tratando de pensar en el mejor modo de escapar de aquel lugar cuanto antes. Tras serenarme me di cuenta de que la única forma viable de llegar al exterior era por alguna de las ventanas traseras. Si no

recordaba mal, la última daría posiblemente sobre el tejado de las cocheras, donde dormía Henry, permitiéndome descolgarme con mayor facilidad. Salí de aquel cuarto y, mirando nuevamente a todos lados, anduve hasta la habitación del fondo, en la que estaba toda la ropa, y abrí la ventana con sumo cuidado. Luego, me acerqué y miré al exterior vigilando no ser vista; parecía que allí fuera no había nadie. Con prudencia, apoyándome en el marco de la ventana y de espaldas, saqué mis piernas al exterior y traté de descolgarme hasta dar con el tejado de la cochera. Afortunadamente, no estaba lejos y enseguida mis pies dieron con él. Tratando de no escurrirme, me senté lentamente sobre las tejas y fui deslizándome mi cuerpo hasta el final del tejado. Ahora tan solo quedaba descolgarme nuevamente y dejarme caer. Con un poco de suerte tan solo me llevaría algún que otro rasguño.

Ya en el suelo, me levanté con premura y sacudí mi ropa de forma enérgica tratando de no dejar ningún rastro de suciedad que me pudiese delatar. Temblando como una hoja seca mecida por el viento, traté de recuperar el aliento y la serenidad. Debía pensar con rapidez qué hacer. Ahora sabía que todo era real, que no eran meras imaginaciones y que, además, mi vida corría peligro. Debía encontrar a Edward y contarle todo. Si no me creía, le invitaría a ir al ala este a que viese los cadáveres con sus propios ojos. Por otro lado, no podía evitar preguntarme dónde estaría Henry, qué habrían hecho con él. Aturdida, avancé hacia la casa. ¿Habría regresado Edward de su paseo? Esperaba, deseaba, que sí. De todas formas, y por prudencia, traté de aparentar normalidad. Si en vez de con él, me topaba con Meredith o Thomas, debería seguir disimulando. Afortunadamente, ninguno de ellos era consciente de que yo había estado en el ala este con Henry.

Entré en la casa y Meredith salió, para variar, a mi encuentro.

—¡Amanda! ¿Se puede saber de dónde vienes? —preguntó sorprendida al verme entrar.

—Subí a descansar, pero como no conseguía dormirme, salí de nuevo a dar un paseo. ¡Hace tan buen tiempo! —Trataba de disimular el temblor de mis manos.

—No te vi salir... —dijo con suspicacia.

—Perdona, Meredith, quizás debería haberte avisado, pero te vi tan a gusto enfrascada leyendo tu libro...

—No pasa nada... tranquila.

—¿Y Edward? ¿No ha regresado todavía de montar?

—Sí, hace un rato, pero le mandé a Grantham.

—¿A Grantham? —pregunté desesperada al ver que me encontraba sola en aquel nido de avispa.

—Sí, es que no encontramos a Henry por ningún lado y había un par de recados urgentes que necesitaba hacer.

—Ya —dije tratando de contener el pánico que la ausencia de Edward me estaba produciendo.

—Él comerá allí, no le daría tiempo a regresar, así que, si te parece bien,

comeremos juntas.

—Sí, claro, perfecto. Voy un segundo a asearme y ahora mismo bajo. — Necesitaba tiempo para pensar qué hacer.

—Perfecto, te espero en el comedor.

Subí las escaleras sin apenas fuerzas. ¿Cómo iba a comer en el estado nervioso en que estaba? Tan solo deseaba ver a Edward y salir de allí cuanto antes. Entré en la habitación y cerré con llave. Frente al espejo del baño, miré mis manos sucias y arañadas. ¿Cómo había llegado tan lejos?, ¿qué iba a hacer ahora?, pensé tratando de sosegarme. Ya no me podía echar atrás, ya no me podía desmoronar. Si Edward no llegaba pronto, sería yo misma quien llamase a la policía; no estaba dispuesta a correr más riesgos. Enjuagué mis manos y las sequé con la toalla. Bajé lentamente las escaleras, con desánimo, con miedo, sintiéndome abatida. Mientras me dirigía al comedor mis ojos se detuvieron irremediabilmente en el teléfono que había sobre el aparador; quizás tras los postres, si Edward aún no había regresado, sería el momento de llamar a la policía. Ahora el tema era ver cómo me las ingeniaba para comer algo con un estómago completamente revuelto y encogido. Sentada a la mesa, esperando ser servida, traté de imaginar qué habría pasado con Henry, aunque me temía que nada bueno. Sentí que me faltaban las fuerzas para seguir fingiendo.

—¿Te pasa algo, querida? Te veo un poco distraída hoy.

—No, solo es que estaba pensando que después de comer quizás debería llamar a mis padres para decirles que mañana regresamos.

—Pues me temo que eso no va a ser posible.

—¿Y eso? —pregunté con voz temblorosa.

—Esta madrugada se estropeó la línea y no creo que venga ningún operario hasta mañana.

—¡Vaya! ¡Qué mala suerte! —El cerco se estaba cerrando sobre mí.

—Bueno, tranquila, ya les llamarás desde el aeropuerto.

Ahora sabía que ya no podía contar con la policía, ni con nadie más, que mi única opción era confiar en Edward y esperar a que regresase. Solo fuera de allí conseguiríamos avisar a las autoridades. Por otra parte, la sospecha de que aquel percance con el teléfono no era casual era inevitable.

—Con tu permiso, creo que voy a descansar un rato —dije tras los postres tratando de alejarme lo máximo posible de ella. Necesitaba, prefería, estar a solas.

—¿Estás segura? ¿No te iría mejor quedarte aquí y tomarte una valeriana? —preguntó Meredith con una amabilidad impropia de ella—. Te veo algo alterada, ¿te encuentras bien?

—No, yo... prefiero tumbarme un rato, de veras. Estoy cansada, muy cansada.

Subí las escaleras sin apenas energía, mirando de reojo, con miedo de que alguien siguiese mis pasos. Abrí la puerta de la habitación y, tras entrar, la cerré con llave; ya no me fiaba de nadie, prefería estar sola. Apoyada tras la puerta, me sentí desfallecer, sabía que mi vida estaba en juego y no sabía qué hacer ni a quién acudir. Sin poderlo

evitar, rompí a llorar desconsolada dejando que mi cuerpo resbalase hasta quedar sentada en el suelo. Estaba asustada, me sentía sola, vencida, y no podía huir de allí. Las impactantes imágenes de la mano de Sara atrapada entre los cascotes y del rostro maltrecho de Ana aflorando de la pared golpeaban mi mente con fuerza. Por otro lado, no sabía qué habría ocurrido con Henry. ¿Estaría todavía vivo? La lógica me decía que no.

Lo peor era que, a diferencia de los días anteriores, había un halo de desconfianza en el aire. La tensión se palpaba en cada una de aquellas incisivas y cortantes miradas que Meredith me dedicaba. Era como si Thomas y Meredith lo supieran, como si estuviesen esperando el momento idóneo para lanzarse sobre mí como buitres hambrientos de carroña. Era como si tan solo estuviesen esperando tranquilamente a que me delatase para terminar conmigo como con las otras chicas. Aterrorizada, cerré los ojos quedándome arrinconada sin atreverme a moverme.

De pronto, el ruido de unos nudillos en la puerta me devolvió a la cruda realidad.

—¿Sí?

—Soy yo, te he subido una valeriana, te irá bien. ¿Por qué has cerrado con llave?

—Se oyó la voz de Meredith tras la puerta.

Aquella cercanía, aquella amabilidad, no eran para nada típicas en Meredith. Me incorporé, pero dudé en abrir la puerta.

—Lo siento, la debí cerrar sin darme cuenta.

—Te traía una valeriana.

—No quiero nada, de veras —traté de disuadirla—. Solo estoy cansada.

—No pienso irme hasta que bebas algunos sorbos, te hará bien —insistió ella.

Abrí la puerta con temor, me sentía bloqueada. Tomé la taza entre mis manos y la acerqué con decisión a la boca; un par de tragos tampoco iban a hacerme ningún mal, pensé. El calor y el aroma que se desprendían de aquella taza hacían que hasta a mi cerrado estómago le pareciese apetecible.

Debía de llevar algo más de la mitad bebido cuando de pronto miré aquel tazón con otros ojos, con los ojos del miedo, con temor. ¿Podía fiarme de Meredith? ¿Y si...? La sola sospecha de que aquel brebaje pudiese estar envenenado me hizo estremecerme. Era tan sencillo acabar con la vida de alguien allí. ¿Quién iba a oír algo, quién lo iba a denunciar? Asustada, aparté la taza con brusquedad haciendo que cayese al suelo del pasillo y se partiese en mil pedazos.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Meredith, molesta por mi actitud.

—Lo siento, se me resbaló. De todos modos, estoy cansada y sin apetito.

Meredith me miró extrañada. Sabía que algo raro estaba ocurriendo y me miraba confusa, sin entender qué estaba pasando por mi mente.

—Lo siento, Meredith. Si me disculpas... —dije con intención de cerrar la puerta tras de mí.

En ese instante, Thomas, que seguramente había oído el estruendo de la taza al caer, se acercó a la habitación decidido a recoger los trozos de porcelana que había

esparcidos por todo el suelo. Asustada, cerré la puerta antes de que él llegase allí.

—Bien, descansa y luego nos vemos —dijo Meredith, sorprendida, desde el otro lado.

Cerré nuevamente con llave y me tumbé en la cama, pensativa. Me encontraba bien, pero durante unos minutos estuve expectante ante cualquier reacción extraña de mi cuerpo. Finalmente, sin apenas darme cuenta, me quedé dormida, abatida por el cansancio.

Debía de haber pasado una hora a lo sumo cuando me desperté. ¿Habría regresado Edward de Grantham?, me pregunté mientras me incorporaba. Decidida a ir a su encuentro, bajé nuevamente al *hall*.

—Amanda, creí que estarías durmiendo —dijo Meredith desde el Salón Azul.

—Justo me acabo de despertar...

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, claro. Por cierto, ¿ha regresado Edward?

—Todavía no, aunque ya no creo que tarde.

—Si llego a saber que iba a ir a Grantham, quizás le hubiese acompañado.

Sin prestar atención a mis palabras, Meredith siguió, para variar, con su discurso.

—¿Sabes?, es como si el mundo estuviese conspirando en mi contra: primero lo del teléfono y ahora resulta que Henry desaparece.

—¿Desaparecido? Pensaba que únicamente no le habíais encontrado a tiempo y que por eso habías mandado a Edward a Grantham.

—Eso pensé yo también cuando le mandé, pero le pedí nuevamente a Thomas que fuese a por él hace un rato y no aparece por ninguna parte. Es como si se lo hubiese tragado la tierra.

La miré perpleja. ¿Y si estaba diciendo la verdad? ¿Y si ella no sabía nada de la desaparición de Henry ni del resto de muertes? La miré intrigada, tratando de intuir, de averiguar, la verdad. Por unos momentos, creí ver inocencia en aquella mirada, aunque de ningún modo podía estar segura. ¿Y si Meredith no era más que una pobre mujer obsesionada con su difunto marido? Aquella mujer no dejaba de fascinarme. Ahora, por primera vez en todo el tiempo que llevábamos en Chelston, me daba cuenta de que posiblemente Meredith no era más que una mera fachada, o eso o su capacidad de actuación era digna de un Oscar.

—Amanda, ¿vas a regresar a la habitación?

—Creo que no, que voy a dar un paseo —respondí pensando que necesitaba que me diese el aire, y además eso me dejaba tiempo para tratar de buscar a Henry—. Ahora ya me he despejado y dudo que pudiese volverme a dormir.

—Bien, pues nos vemos luego.

Salí de la casa tratando de imaginar qué podían haber hecho con Henry. Lo que estaba claro es que, vivo o muerto, lo habían sacado del ala este y que no parecía fácil deambular por la finca con un hombre inconsciente sin llamar la atención, y menos con un hombre de su peso y talla. Así que, o bien lo habían dejado en el interior del

edificio, o a lo sumo lo habían trasladado a su habitación. Pensar en ir más lejos no parecía realista. Aprovechando que estaba en el exterior, me acerqué hasta su cuarto, quizás allí hallaría alguna pista de él.

Al llegar al garaje y subir la estrecha escalera que llevaba a la habitación superior, pude comprobar cómo la puerta estaba tan solo entornada. Parecía que alguien había estado allí recientemente. La abrí con mucha prudencia y, después de echar un vistazo al lugar, entré. A primera vista, allí no había nada que llamase la atención, todo parecía estar en orden, incluso demasiado limpio. Por curiosidad, me acerqué a su armario y lo abrí. Sorprendida, pude comprobar que estaba completamente vacío; parecía que Henry jamás hubiese estado allí. Era evidente que alguien había hecho bien su trabajo, pensé.

Temiendo saber a dónde habrían llevado sus cosas, salí de aquel cuarto tratando de pensar en qué otro lugar podría estar él. Entonces caí en la cuenta de dónde se podría encontrar. Dentro de Chelston House tan solo había un lugar cercano menos frecuentado que el ala este, un lugar tranquilo y discreto donde esconder algo así: la bodega. Allí tan solo bajaba Thomas y muy de vez en cuando; parecía el lugar más apropiado.

Intrigada por comprobar si estaba en lo cierto, volví a entrar y bajé las escaleras con cuidado de no hacer ruido y ser descubierta. El olor a humedad y aquel frío que se calaba en los mismísimos huesos como afilados cuchillos me dieron la bienvenida al lugar. La bodega era uno de los pocos sitios que apenas conocía. Dado mi poco interés en vinos y licores, el día que Thomas me había enseñado la casa se limitó a mostrarme la entrada y no llegamos a deambular por su interior. Entré a oscuras y, tras tantear la pared un buen rato, di con el interruptor. Finalmente, conseguí encender la luz, aunque no sin miedo a que alguien viese el reflejo desde fuera. Sin luz era imposible andar en su interior, allí no había ni una ventana. Avancé por la bodega tratando de recorrer todos los pasillos. Aunque desde el exterior parecía una estancia bastante más pequeña, su tamaño era considerable y no podía evitar pensar que sus largos callejones recordaban a los de un laberinto medieval. Debía de estar cerca del final del tercer pasillo cuando, apoyado entre las barricas, vi una especie de saco de plástico negro de gran tamaño. Me acerqué, y aunque no podía evitar tener miedo a encontrar lo que andaba buscando, sabía que debía seguir adelante y, decidida, intenté averiguar qué había en su interior. Con cuidado, desanudé la lazada que cerraba el mismo y lo abrí lentamente, tratando de no volcar su contenido. De pronto, debido al peso, la bolsa se me escurrió de entre las manos desmoronándose hasta tocar el suelo y mostrando lo que había en su interior. Sin duda era él. Allí, tirado sobre el frío suelo, yacía el cadáver de Henry.

Con las manos atadas a la espalda y la cabeza envuelta en una bolsa de plástico transparente, Henry había sido asfixiado. Impactada por aquella visión, empecé a temblar. Durante unos instantes sentí que no controlaba mi cuerpo, que estaba paralizada, y tan solo alguna tímida lágrima se atrevió a surcar mi rostro. Morir de

aquel modo, sin aire, sintiendo cómo los pulmones se te van encogiendo por instantes, debía de ser tan angustiante que mi mente era incapaz de imaginarlo. Miré con tristeza su rostro por última vez; sabía que debía volver a anudar aquella bolsa y dejarla en su sitio antes de que alguien me descubriese.

Intentando controlar mi miedo, me acerqué a él y, tratando de no mirarle, tapé su rostro con la bolsa oscura. Respiré hondo y procuré serenarme. Ahora el problema iba a ser el poder levantar aquel peso por mí sola, a pulso. Estaba claro que difícilmente iba a ser capaz, así que opté por ser práctica y lo dejé allí tumbado, esperando que quien le encontrase pensase que la bolsa se había caído sola debido al peso.

Atemorizada y triste, salí lo más rápido que pude de la bodega. No podía evitar pensar que nuevamente yo era la culpable de aquella muerte: si Henry no me hubiese acompañado, todavía estaría vivo. Sintiendo que todo aquello me superaba, salí de allí y me dirigí hacia arriba. Debía buscar ayuda como fuera, pero allí dentro parecía hartamente complicado.

Subí las escaleras hasta llegar al *hall* y nuevamente me topé con Meredith, que venía del baño. Afortunadamente, no vio que venía de abajo y asumió que acababa de llegar del exterior.

—¿Ya has terminado tu paseo?

—Sí, por hoy he tenido suficiente —dije haciendo de tripas corazón y mostrando la mejor de mis sonrisas pese al tumulto de emociones que me recorría por dentro.

Meredith miró el reloj cerciorándose de la hora.

—Las cinco, una buena hora —dijo agarrándose del brazo—. ¿Te apetece que tomemos un té?

La miré con miedo y con ganas de huir de su lado, pero sabía que, si quería salir de allí con vida, debía aparentar normalidad.

—Bueno, yo... —dije tratando de escabullirme.

—No acepto un no por respuesta —añadió ella.

—Está bien —dije sabiendo que pisaba arenas movedizas pero que debía seguirle la corriente.

Mientras hablaba con ella de temas fútiles y absurdos, la posibilidad de que no supiera nada se hizo más real. En el fondo, pese a todos sus defectos, pese a aquella tirantez y falsedad, Meredith no parecía mala persona, ni mucho menos una asesina, sino el fruto de un desequilibrio. Lejos de tener instintos criminales, Meredith estaba más cercana a la locura que a otra cosa. Era evidente que el asesino tenía que ser un hombre; Meredith carecía de la fuerza física para ello, en especial a tenor del reciente asesinato de Henry. Sin embargo, en mi mente la duda de si ella era consciente de lo que estaba ocurriendo seguía presente. Pero ¿y si me equivocaba? ¿Y si estaba frente a una magnífica y camaleónica actriz? ¿Y si detrás de aquella delicada fachada se encontraba una mujer fuerte y decidida a matar? Entonces, en un acto algo irreflexivo y arriesgado, decidí indagar un poco más.

—Meredith, ¿y si le ha pasado algo malo a Henry?

Tras una tensa pausa, Meredith respondió:

—¿Cómo dices? —espetó con la expresión desencajada—. ¿Algo malo? ¿Por qué habría de pasarle nada malo? —Meredith podía ser muchas cosas pero no tenía un pelo de tonta y aquella pregunta la hizo sospechar—. ¿Acaso sabes algo que yo no sepa sobre su desaparición?

A juzgar por su reacción, Meredith no parecía saber nada de lo que realmente estaba ocurriendo en Chelston, sin embargo, no podía arriesgarme a confiar en ella.

—No, yo no... ¡Qué va! —exclamé con prudencia.

Meredith me miraba desconcertada, sin lugar a dudas sabía que le ocultaba algo. Era posiblemente la primera vez en su vida en que ella no controlaba una situación y, acostumbrada a ello, se la veía desubicada, indefensa. Mientras, en mi mente, mil preguntas se agolpaban sin saber qué iba a suceder a continuación. Si ella no sabía realmente nada de los asesinatos, tan solo Thomas podía estar detrás de ellos, pensé. Pero ¿por qué iba Thomas a asesinar a aquellas chicas? Alguna pieza de aquel complicado *puzzle* se me escapaba.

XIX

LA VERDAD SOBRE CHELSTON

Entramos en el Salón Azul y, en un acto de prudencia, agarré un abrecartas de encima del escritorio y lo escondí debajo de mi ropa. No podía evitar tener miedo de aquella mujer y, si las cosas se torcían, al menos aquello podría serme de ayuda, pensé. Tan solo la presión del cinturón sobre él evitaría que cayese al suelo. Respiré hondo y luego me senté junto a ella.

—¿Sabes una cosa? —dijo ella pensativa y con semblante triste—. Hoy hace dos años desde la muerte del coronel.

—No, no lo sabía... Lo siento —respondí sorprendida por aquel comentario.

—Desde entonces, aunque lo he intentado, mi vida ya no es la misma —añadió con ojos llorosos—. Y la marcha de Edward no me ayudó mucho...

En ese instante la grotesca imagen del coronel disecado acudió nuevamente a mi mente. Parecía que Meredith, por primera vez desde que habíamos llegado a Chelston, había decidido abrirse y hablar sobre él. Tras unos segundos de silencio, prosiguió hablando:

—¿Sabes?, al poco de morir el coronel estuve tentada de quitarme la vida. De hecho, Edward estuvo a punto de ingresarme en un psiquiátrico. —Una tremenda tristeza la invadió y no se atrevía siquiera a mirarme a los ojos—. Imagino que él no te lo habrá comentado.

Pese a lo delicado del momento, me sentí abocada a preguntarle acerca de la muerte de su marido.

—¿Qué fue lo que ocurrió con el coronel?

Tras un suspiro hondo y sentido, Meredith levantó la cabeza y me miró fijamente. Su expresión se transformó súbitamente y aquella pose soberbia y arrogante dio paso a otra muy distinta. De pronto, en sus ojos empecé a ver inseguridad, tristeza y vergüenza. Aquella gran dama, aquella mujer altiva y fría, parecía ahora un pajarillo indefenso y desorientado, nada que ver con la mujer con la que solía hablar. Cerró los ojos durante unos instantes como tratando de coger fuerza y luego habló:

—Todo fue un terrible y estúpido accidente, debes creerme —dijo con aparente sinceridad—. Sé que no he sido demasiado transparente contigo, pero no era nada fácil.

—¿Qué fue exactamente lo que pasó? —Quería esclarecer de una vez los hechos.

—Supongo que ahora que vas a ser de la familia te lo puedo contar; debes saberlo. Verás... Edward y su padre se parecían tanto que casi siempre terminaban discutiendo. Los dos tenían mucho carácter y era muy fácil que sus opiniones divergieran. —Tomó aire y tras una breve pausa continuó—. Una tarde, en mitad de

una de aquellas acaloradas discusiones, el coronel le dijo algo a Edward, algo que le dolió en extremo, y este le empujó bruscamente. Él no pretendía... no quería... Nunca pensé que llegarían tan lejos. Las cosas se descontrolaron. —Sus ojos se llenaron nuevamente de lágrimas y con un hilo de voz apenas audible prosiguió—: El destino quiso que mi marido perdiese el equilibrio y cayese balaustrada abajo hasta el *hall*. —Su voz estaba completamente quebrada—. Es gracioso, pero la verdad es que ya ni tan siquiera recuerdo por qué discutían. —Se detuvo y empezó a secarse las lágrimas con las manos.

La miré y por un momento vi en ella a una mujer distinta, una mujer atormentada y con una necesidad de cariño enorme. En un acto inesperado, Meredith se me abrazó desmoronándose, mostrando su lado más humano. Por unos instantes, al verla abalanzarse sobre mí, tuve miedo y agarré con fuerza el abrecartas, pero enseguida me di cuenta de que no había nada que temer. Era fácil ver que Meredith no estaba bien y que posiblemente necesitaba ayuda, una ayuda que ni Edward ni yo podríamos darle. Quizás aquel personaje que había creado era lo único que le quedaba de su vida anterior, de aquella vida que quería seguir representando.

—Tranquila —dije tratando de paliar sus lágrimas—. Ahora entiendo que Edward no quiera hablar de él.

—Fue muy duro para todos y tuve que pedir ayuda para que la verdad no saliese jamás a la luz. No podía permitir que Edward fuese a la cárcel.

—¿A la cárcel? —pregunté desconcertada—. Pero si fue un accidente, ¿no?

—No quise asumir el riesgo. Todos nuestros conocidos sabían que Edward y su padre se llevaban mal.

Hubiese sido tan sencillo que alguien le acusase de asesinato... La gente de nuestra posición tiene muchos enemigos. La envidia es mala compañera, eso es algo que aprendí de niña con mi padre.

—¿Ya quién pidió ayuda?

—A Thomas y a un viejo médico amigo de la familia. Ellos se encargaron de arreglarlo absolutamente todo y de justificar lo injustificable. ¡Qué no haría una madre para proteger a su hijo!

A juzgar por sus palabras y por el tono de su voz, Meredith no parecía saber nada de los asesinatos. Era como si su mundo se limitase a su hijo y al coronel. La miré casi convencida de su inocencia.

—¿Qué ocurrió después de aquello?

—Fingimos que el coronel estaba muy enfermo y el doctor Spencer redactó algunos informes de seguimiento para justificar su posterior muerte. Al cabo de unas semanas, lo enterramos y listo.

La miré a los ojos y sentí una terrible compasión. Era evidente que ella no había asesinado a nadie. Una asesina no me hubiese explicado jamás todo aquello, y menos con aquella naturalidad y aquel sentimiento. Meredith tan solo era una pobre mujer tratando de perpetuar algo que ya no estaba, una madre que quiso hacer lo que pensó

que era mejor para su hijo. Pero entonces tan solo quedaba una persona a quien culpar, una persona que en algún momento dejó que su papel de confidente y encubridor tomase un protagonismo inesperado. Era evidente que Thomas había decidido encubrir y perpetuar aquella locura hasta las últimas consecuencias. Quizás su exagerado sentido de la lealtad le había llevado a cometer aquellas atrocidades.

De pronto, me di cuenta de que aquella aversión hacia ella que había sentido los últimos días había desaparecido prácticamente. Meredith ya no era la mujer fría e inflexible que quería aparentar; ahora, tras sacarse esa careta, tan solo quedaba una pobre mujer que se sentía tremendamente sola y cuyo afán por proteger y preservar a los que amaba la había llevado a cometer actos difíciles de justificar. Lo cierto es que ahora la miraba con pena, con ternura, incluso con compasión.

La observé nuevamente buscando la mejor forma de contarle de una vez todo lo que estaba ocurriendo allí. Aunque creía estar casi completamente segura de su desconocimiento, no podía evitar sentir temor.

—Meredith, hay algo que debería saber...

En ese instante, la puerta del salón se abrió de forma brusca y Thomas entró en la estancia sin ni tan siquiera avisar.

—Señora Stewart, tenemos un grave problema en la cocina que requiere de su inmediata presencia.

Ambas le miramos sorprendidas por su forma impetuosa de irrumpir en el salón, cortando la conversación. Algo en su extraña manera de mirar me hizo desconfiar de sus intenciones. Sentí que un nudo se formaba en mis entrañas vaticinando que algo no iba bien.

—¿Y no puede esperar? Estamos en medio de una conversación bastante importante —dijo sorprendida por aquella forma inusual de entrar—. ¿Se puede saber qué es lo que pasa?

—No la molestaría si no fuese realmente necesario. El ama de llaves la está esperando, es muy urgente.

—Está bien, está bien —dijo incorporándose, molesta—. Enseguida regreso, querida, dame unos minutos para solucionar esto.

Me levanté de mi asiento algo nerviosa e imaginando que aquello no era más que una treta para alejar a Meredith de mí. Desconfiada, avancé dispuesta a seguirla, a acompañarla, cuando Thomas se me acercó discretamente y, colocándome una pistola en el estómago, me impidió el paso.

—Ni se le ocurra chillar o hacer cualquier tontería —me dijo al oído—. No haga que tenga que disparar.

Mientras, Meredith se alejaba por el pasillo, ensimismada en su mundo, sin darse cuenta de nada. Entonces, Thomas empezó a hablar:

—No debería haber seguido curioseando, señorita Kresley. Por su culpa han muerto más personas de las necesarias. ¿Tan difícil era irse mañana sin más?

Mientras él hablaba acerqué mi mano a la cintura tratando de sacar el abrecartas

de forma sutil.

—Es una pena, porque al principio pensé que era usted perfecta. Pero luego lo tuvo que estropear metiendo su nariz en todo.

—Pero ¿por qué? ¿Qué gana usted con esto? —pregunté imaginando que él actuaba tan solo por lealtad hacia Meredith.

—¿Ganar? Creo que no ha entendido nada.

—¿Por qué lo hace entonces? —insistí intentando entender qué le había llevado a asesinar a aquellas chicas.

—¡Silencio! —respondió sin dejar de apuntarme con aquel revolver—. Ahora vamos a ir arriba y sin hacer ninguna tontería. —Me empujó suavemente con el cañón—. Como podrá observar, el arma lleva silenciador.

Si le disparase ahora, nadie iba a oírlo. Además, a esta hora casi todo el servicio está en la cocina o en sus aposentos.

Mientras subíamos las escaleras en dirección al ala este, logré sacar el abrecartas de debajo de la ropa. Sin dudar, lo clavé con fuerza en su brazo haciendo que soltase el arma, que cayó rodando escaleras abajo y dándome tiempo a tratar de huir.

—¡Maldita zorra! —exclamó mientras recuperaba la pistola del suelo—. Si se aleja un paso más, no dudaré en disparar —dijo con voz firme mientras se apresuraba a bajar las escaleras detrás de mí.

Miré de reojo y vi que me apuntaba desde el descansillo superior. Si disparaba, podía darme por muerta. Justo frente a la puerta de salida, me detuve.

—Está bien —dije sabiendo que no podía huir—. Tranquilo.

Regresé a la escalera y, nuevamente, Thomas colocó su pistola en mi cintura y me obligó a subir. Mientras, en su brazo la sangre empezaba a traspasar la ropa, delatándole. Sabía que debía buscar la forma de huir, pero no iba a ser fácil. Quizás mi única oportunidad era hacerle hablar para que se relajase.

—¿Cómo supo que lo había descubierto todo? —pregunté tratando de desvelar por fin toda la verdad.

—No debió dejar la ventana abierta tras su huida, eso fue un descuido imperdonable. De haberla podido cerrar, quizás habría pensado que Henry estaba solo y hubiese logrado salir de Chelston con vida.

—¿Y por qué mató a Henry?

—¡Pobre Henry! No debió implicarle, era un buen chico —dijo con ironía—. ¿Cree realmente que podía dejarle con vida? No se preocupe, ahora le pondré junto a él, si lo desea.

La frialdad y el cinismo de sus respuestas eran propias de alguien que ya no tenía nada que perder.

—¿Por qué hace esto?

—¿Qué cree que ocurriría si, por un casual, la policía supiese la verdad acerca de la muerte del coronel?

—Pero ¿qué es lo que le debe a Meredith para matar en su nombre, para encubrir

los errores de su hijo?

Tras una breve pausa, Thomas me miró a los ojos con una franqueza y cercanía que nunca antes había visto en él.

—¿Por qué motivo cometen los hombres las mayores estupideces? —respondió con un cierto halo de tristeza mientras abría la puerta del ala este.

—¡Usted la ama! —exclamé con sorpresa.

Thomas bajó unos instantes la mirada evitando la mía, como sintiéndose desnudo ante mí. Por primera vez desde que le conocía, aquel hombre tosco y brusco estaba mostrando sus sentimientos. De pronto, todas mis deducciones habían dado un giro imprevisto.

—Ya no —añadió con firmeza sin atreverse a mirarme—. La amé durante mucho, muchísimo tiempo, y fruto de esa locura nació Edward, nuestro hijo.

—¿Qué? ¿Cómo? —pregunté impresionada. Nuevamente la realidad estaba superando a la ficción.

—¿Sorprendida? —dijo tratando de no bajar la guardia.

—Sí. Lo cierto es que es lo último que podía imaginar —dije completamente anonadada—. Pero... ¿qué... cómo...?

—Es una larga y complicada historia.

—Si he de morir por ella, preferiría conocerla. Creo que me lo debe.

—Está bien —respondió con un tono cercano a la paciencia y sin dejar de apuntarme—. *Sir Anthony Stewart*, el padre de Meredith, estaba obsesionado con la descendencia y el apellido y, por esa razón, puso en su testamento que Meredith tan solo podría heredar su fortuna cuando tuviese el primer hijo varón.

—¿Y?

—Pues que *sir Edward* no conseguía dejar a Meredith embarazada y, sin hijo, el padre de Meredith jamás le hubiese dejado Chelston y sus bienes en herencia. Por esa razón, Meredith decidió que lo más sencillo era hacer creer a su ingenuo mayordomo que le amaba, algo que no le costó demasiado, ya que él estaba locamente enamorado de ella.

—¡Vaya!

—Luego vino lo más sencillo: hizo creer a su marido que estaba milagrosamente embarazada de él.

—¡Dios santo!

—Todo le hubiese salido bien de no ser por aquel estúpido accidente de caza.

—¿Otro accidente? —pregunté mientras Thomas cerraba tras de mí la puerta del ala este.

—Fue una fatídica mañana de hace tres años. A Edward le estalló un cartucho de la escopeta de caza de su padre en las manos y hubo que llevarle a la clínica. Había perdido mucha sangre. Allí fue donde saltó la alarma.

—¿Por?

—Porque necesitaba urgentemente una transfusión y su sangre no coincidía ni

con la de Meredith ni con la del coronel. Durante años Meredith había hecho creer al coronel que su hijo tenía el mismo grupo sanguíneo que ella. Manipular la partida de nacimiento fue algo muy sencillo, y después Meredith se ocupó de ser siempre ella quien acompañara al niño a los típicos controles médicos. Teniendo en cuenta las largas ausencias del coronel, no fue muy difícil mantener aquella mentira. Pero aquel imprevisto con el que nadie contaba lo fastidió todo.

—¡Guau!

—Sí, esa fue la verdadera causa de aquella tremenda discusión. *Sir Edward Reginald Benet* descubrió, tras un desafortunado e inoportuno accidente de caza, que su estimado hijo no era realmente suyo. Y no tardó mucho en averiguar que era de su mayordomo. Meredith nunca fue una mujer especialmente hábil en la mentira y, cuando se vio descubierta y acosada, se lo contó todo.

Mientras Thomas hablaba, yo no cesaba de mirar a todos lados buscando algo con que defenderme.

—¿Y qué ocurrió después?

—Que cuando el coronel, presa de la ira, le dijo a Edward la verdad, este no quiso creerle, se negaba a aceptar que no era más que el hijo bastardo de su madre y el mayordomo. Enloqueció y, en un acto irreflexivo, terminó empujándole... Bueno, ya conoce el resto de la historia.

—Entonces, Edward...

—Edward es la única razón de que yo siga aquí.

—¿Y Meredith? —pregunté mirándole fijamente—. Ella no sabe nada de todo este horror, ¿verdad? No sabe absolutamente nada de los asesinatos, de las chicas desaparecidas, ¿no?

—¿Saber? Meredith vive en un mundo aparte donde incluso el coronel sigue «vivo». Cuando el coronel murió, ella enloqueció. Nunca había sido una mujer muy centrada, pero aquello la acabó de destruir. Supongo que la culpabilidad le hizo perder el juicio. Edward estuvo de hecho a punto de ingresarla en un centro psiquiátrico cuando, al día siguiente tras la muerte del coronel, la halló en la bañera con las venas cortadas. Y luego, por si no teníamos bastante, no tuvo otra ocurrencia que disecar al pobre hombre.

—¿Ya cuánta gente más piensa matar? Esto tiene que acabar...

—A quien haga falta con tal de proteger a mi hijo. Es lo único que tengo, lo único que me queda. He desperdiciado mi vida amando a quien no me amaba y sirviendo a mi propio hijo sin poder decirle que le quería. Ahora que lo sabe, lo último que deseo es alejarme de él.

—¿Y qué le van a contar esta vez a Edward? ¿Que otra novia salió huyendo de él? Sabe que no le va a creer. Edward me conoce muy bien y sabe que jamás saldría huyendo de nada ni de nadie. Yo no soy así. Además, ¿y mis padres?, ¿qué les dirán? ¿Acaso cree que ellos no me buscarán?

—Todo tiene solución, se lo aseguro. Matar es bastante más sencillo de lo que

parece. Y... ¿sabe cuántas chicas desaparecen al año sin dejar rastro? ¿Acaso piensa que los padres de Diane no la buscaron durante meses?

—Yo no soy una pobre huérfana como Sara o Ana —añadí buscando el modo de que se detuviese—. Sabe igual que yo que también me buscarán, y dos mujeres desaparecidas vinculadas a la misma familia y en tan poco tiempo desatarán todas las alarmas.

Thomas se limitó a sonreír como burlándose de mí y a desviar la mirada ignorando mis súplicas. Parecía que nada de lo que pudiese decir le afectase.

Se acabó la conversación —dijo colocando una mordaza en mi boca—. Ahora sea buena chica y póngamelo fácil. Si me permite sus manos... —añadió agachándose para tomar una cuerda del suelo de la habitación.

Tenía que huir como fuese, sabía que si no hacía algo en aquel mismo instante iba a terminar como todas aquellas mujeres: muerta y emparedada. El tiempo se había agotado y mi capacidad de convicción no había servido absolutamente de nada, era evidente que Thomas no iba a cambiar de opinión y allí no había nadie que fuese a venir a salvarme. Miré a mi alrededor tratando de buscar la forma de salir viva de allí. Entonces, aprovechando que Thomas estaba ligeramente encorvado cogiendo la cuerda del suelo, levanté la rodilla con fuerza dándole en toda la cara y haciéndole perder el equilibrio. Aturdido por el golpe, cayó al suelo desplomado. Sin dudarlo, me saqué los zapatos de tacón y salí corriendo hacia la puerta que daba al exterior del ala este, sabía que él no tardaría mucho en recuperarse e ir tras de mí. Afortunadamente, Thomas no había cerrado con llave aquella maldita puerta, así que corrí despavorida en dirección a las escaleras. Mientras corría, intenté pensar a toda prisa cómo podía huir de allí. Corriendo no llegaría a ningún lado. ¿Y si alguno de los coches que había en el garaje tuviese las llaves puestas?, pensé desesperada. Porque si no estaban puestas, ¿dónde demonios guardaría Henry las llaves?

Con Edward fuera y Meredith incapaz de reaccionar o de pensar con claridad, esa era mi única opción.

En ese preciso momento, mientras bajaba la gran escalinata de mármol blanco, me pareció oír a lo lejos un rumor, un ruido que sin lugar a dudas parecía el del motor de un coche de gran cilindrada acercándose por el camino de entrada a la finca. Seguro que era Edward que ya había regresado, tenía que ser él, pensé sintiéndome aliviada y dando gracias al cielo por aquella coincidencia. Ahora tenía una oportunidad de salvarme. Aquel sonido retumbaba en mis oídos como si se tratase de música celestial. Parecía que finalmente la suerte me sonreía por una vez.

Bajé con celeridad los escalones, nerviosa, de dos en dos, aun a riesgo de caerme y bajarlos todos rodando; sabía que Thomas me seguía de cerca pistola en mano y que, si conseguía tenerme a tiro, no dudaría ni un instante en disparar. Llegué al *hall* de entrada exhausta, desesperada y sin mirar atrás, salí corriendo al porche a toda prisa; mi vida dependía únicamente de ello. Angustiada, aterrorizada, miré al frente buscando con los ojos el coche de Edward en el camino. Tan solo un último tramo de

escaleras me separaban de él.

XX

NADA ES LO QUE PARECE

Efectivamente, el coche de Edward avanzaba lentamente por el sendero principal hacia la entrada. Parecía que finalmente la suerte estaba de mi parte. Sin dudarlo, salí corriendo a su encuentro. Aunque estaba exhausta, saqué fuerzas de flaqueza e hice un último *sprint*. Edward, al verme correr descalza por la finca, me miró sorprendido, como sin dar crédito a lo que sus ojos veían.

—¡Thomas quiere matarme! —chillé mientras corría en dirección a él.

Edward me miró anonadado, paró el coche a mi lado, se bajó y, tratando de tranquilizarme, me hizo subir a él.

—¿Qué es lo que está pasando? —No parecía comprender mis palabras—. ¿Por qué corres descalza?

Miré detrás de mí aterrorizada y vi que allí ya no había rastro de nadie. Thomas había desaparecido, parecía haberse evaporado. Seguramente, al ver llegar a Edward, había decidido huir. Estaba a salvo, había conseguido ganarle la partida a aquel salvaje homicida, pensé mientras trataba de retomar el control de mis emociones. Poco a poco fui recuperando el color de mis mejillas. Respiré hondo y traté de explicarle a Edward todo lo ocurrido.

—¡Está matando a gente!

—¿Matando? ¿Quién? ¿De qué hablas?

—¡Thomas es un asesino!

—Pero... ¿qué insensatez es esa? —dijo frunciendo el ceño en señal de desconcierto—. Amanda, vamos a entrar en casa y a calmarnos un poco. —Me miró como si estuviese loca.

—Hay que avisar a la policía antes de que huya.

—Aquí nadie va a avisar a la policía ni va a hacer nada parecido. Lo que dices no tiene ningún sentido. ¡Por favor, tranquilízate!

—¡Si no me crees, ven conmigo! —grité mientras bajábamos del coche.

—¿A dónde?

—¡Al ala este!

—¿Al ala este? Y mamá, ¿dónde está? ¿Está bien?

—No lo sé, quiero pensar que sí —respondí nerviosa—. La última vez que la vi iba hacia la cocina.

Entré en Chelston con prudencia, temiendo encontrarme a Thomas de frente. Subí las escaleras, asustada pero con rapidez, y Edward me siguió. Aquella puerta seguía abierta de par en par, desde el rellano miré al interior pero allí no parecía haber rastro de nadie. Empecé a pensar que Thomas, al verse acorralado, había decidido huir.

Mordiéndome las uñas, me acerqué a la puerta seguida de Edward. Este no dejaba de mirarme como si me hubiese vuelto definitivamente loca. Sobrecogida, avancé con sigilo hasta pasar al interior del ala este, no sin el temor de que Thomas nos sorprendiese en cualquier esquina. Una vez allí dentro, Edward cerró inesperadamente la puerta tras de sí.

—¿Por qué tenías que entrar aquí? ¿Por qué tenías que seguir curioseando? —preguntó acercándose a mí con una mirada perversa y desafiante—. Lo has estropeado todo.

—¿Có... cómo? ¡Edward! —dije abatida, sabiendo que el error de haber confiado en él me iba a costar la vida.

—Lo siento, pero te equivocaste por completo de hombre. El pusilánime de Thomas no ha matado a nadie, no podría, carece del carácter para ello.

—Entonces... tú... ¡No, por favor! —dije entre lloros, alejándome de él sin dejar de mirarle y sabiendo que mi mundo se acababa de venir abajo.

—Thomas simplemente me ayudó desde el principio a encubrir lo de mi padre, y el resto, inevitablemente, vino después. A la única persona a la que Thomas golpeó fue a Henry, y aun así, él no fue quien le mató.

—Pero lo de tu padre... ¡eso fue un accidente!

—¿Eso crees? —Soltó una carcajada.

—¿Qué? —Ya no sabía a qué atenerme.

—Cuando supo que no era mi padre enloqueció.

—Ya, pero tú le empujaste sin pretender...

—Quería desheredarme, ¿te lo puedes creer? Aquello era inaceptable, no podía permitirlo.

Le miré sintiendo que mi alma se partía en dos, sin poder apenas reaccionar. ¿Cómo podía haberme enamorado de aquel monstruo? ¿Cómo no vi nada en él que me hiciese presagiar lo que realmente escondía? Una mezcla entre el miedo y un dolor insostenible que corroía mi alma y mis entrañas iba abriéndose paso en mi interior. En sus ojos pude ver odio, una rabia hasta entonces desconocida, algo malvado y ruin, algo falto de alma que jamás imaginé ver en él.

En ese momento Edward se quedó como pensativo, ausente. En su perturbada mente parecía estar repasando algo. Entonces, como en un estado cercano al trance, Edward me explicó su versión de lo que ocurrió aquel fatídico día. Una versión muy distinta de la que el resto sostenía.

—Jamás había visto tanto desprecio y odio en su mirada —dijo refiriéndose al modo en que su padre le miró aquella tarde—. Yo no tenía la culpa, yo ni tan siquiera lo sabía. Lleno de rabia, me soltó que por qué no me mantenía mi verdadero padre. Me dijo que a ver qué hacía con el sueldo de un mero mayordomo. En sus ojos vi el dolor. Estaba abatido por aquella terrible información que acababa de conocer. No dejaba de repetir que había sido un auténtico necio y que seguro que tanto yo como la zorra de mi madre nos habíamos hartado de reír a su costa. Intenté explicarle sin éxito

que yo había sido tan víctima como él, pero no me quiso oír. No le importaban mis sentimientos.

Tras una breve pausa, Edward siguió con su relato:

—Luego, casi enloquecido, chillando, me dijo que a la mañana siguiente cambiaría su testamento, que ningún bastardo heredaría lo que tantos años y tanto esfuerzo le había costado construir. Que antes lo dejaba todo a la iglesia. Estaba fuera de sí.

Yo le miraba absorta, sin atreverme a interrumpirle.

—Aquellas frases me partieron el alma y me hicieron perder el juicio. ¿Cómo podía un padre dejar de querer al que había sido su hijo durante años de repente, de aquel modo? ¿Por qué no quería oírme, escucharme, conocer mi versión? Yo me acababa de enterar también y, no siendo suficiente el disgusto, además tenía que lidiar con aquello. Nervioso, alterado, traté nuevamente de hacerle entrar en razón, pero él, indignado, no me prestaba atención.

Durante unos instantes se quedó en Babia, mirando al infinito, y luego prosiguió:

—Sentí que el dolor que me embargaba era tan grande que, sin casi poder evitarlo, descargué aquel sufrimiento, el que aquellas palabras me habían causado, sobre él, empujándole al abismo. Enseguida supe que la imagen de mi padre cayendo al vacío me iba a acompañar el resto de mi vida.

En sus ojos, llenos de dolor y de cólera, no parecía haber ni un atisbo de humanidad, de arrepentimiento, de sentimiento.

—Durante unos instantes me quedé inmóvil, aterrorizado al ver lo que acaba de hacer. Yo solo quería que me escuchase, que me aceptase. Quizás en aquel momento todavía hubiese habido espacio para la reflexión, para el arrepentimiento, para un resquicio de sentimientos de culpa, pero pronto comprendí que no, que aquello tenía que ocurrir.

—¡Fue un accidente! —exclamé tratando de hacerle recuperar la cordura—. No puedes culparte de ese modo.

—No, no lo fue. Lo comprendí después, cuando mi madre, desesperada, corrió desde el Salón Azul hasta el *hall* chillando. Sabía que jamás se recuperaría del dolor que le había ocasionado la muerte del único hombre al que había amado con locura. Sabía que nunca iba a perdonarme; con solo mirarla a los ojos lo supe. Fue entonces cuando comprendí que aquella había sido mi forma de castigarla por lo que me había hecho. De un solo plumazo había solucionado dos temas: mi herencia y mi venganza.

En ese momento comprendí que ni Thomas ni Meredith eran conscientes de la maldad que Edward albergaba en su interior. Meredith, en su locura, pensaba que todo había concluido con el inocente accidente que se llevó a su marido de este mundo, y Thomas, aun siendo conocedor del resto de muertes, seguía pensando que la del coronel había sido algo fortuito y sin maldad.

—¿Y el resto de asesinatos?

—Todo empezó con aquella inoportuna doncella. ¿Por qué tuvo que verlo todo?

¿Qué se suponía que debía hacer con ella? Sin dudarlo, la agarré por detrás tapándole la boca, intentando ahogar sus histéricos chillidos. No podía dejarla marchar, no podía arriesgarme. Apreté su cuello con fuerza, con demasiada fuerza. No podía permitir que nadie más supiese lo que acababa de acontecer en Chelston House. Cuando quise darme cuenta, la chica había dejado de respirar y su cuerpecillo sin vida colgaba suspendido entre mis brazos. Aquella fue realmente la razón, la verdadera razón, que nos obligó a ocultarlo todo. La muerte de mi padre se habría podido justificar, pero lo de aquella muchacha... aquello no tenía solución alguna.

Le miré sin atinar a reconocer en él al hombre del que me enamoré. Aquel monstruo que tenía frente a mí no se parecía en nada a la persona que yo había conocido en Central Park.

—¿Y el resto de chicas? ¿Por qué?

—Algunos días después del funeral, cuando mi madre desenterró al coronel para disecharlo, todo tomó un nuevo cariz. Ella había perdido definitivamente el juicio. Sin embargo, a pesar de todo era mi madre y la quería tanto que me sentí incapaz de negarle aquel capricho. Sabía que tener al coronel allí, disecado, era un riesgo innecesario que acabaríamos por pagar, pero le hacía tanto bien a ella. Por fin, tras varios días, mamá había vuelto a sonreír, a ser de algún modo feliz. Sabía que cualquier persona del servicio podría descubrirlo, y así fue, pero ver a mi madre recuperar la alegría era prioritario.

—Las chicas, Henry, Diane... ¿cómo pudiste matar a todas esas personas?

—Sí, lo de Diane fue una verdadera lástima. Era una buena chica. No creas, también me va a costar un disgusto terminar nuestra relación de este modo. Lo cierto es que deseaba con todas mis fuerzas que fueses capaz de entenderme y de aceptar mi situación. ¡Habríamos podido ser tan felices!

—¡Estás loco! ¡Eres un asesino!

—¿Asesino? Jajaja... No uses esa palabra, ¡por favor! Yo jamás mataría a nadie. Matar implica sangre, mancharse las manos... eso no es elegante.

—¿Elegante?

Desde pequeño aprendí que los de nuestra clase no podemos obviar ciertos patrones de conducta. Tenemos una educación y unos modales exquisitos. Yo nunca he matado a nadie.

—¿Y cómo llamas a lo que le has hecho a todas esas personas?

—Digamos que he dejado que la naturaleza siga su curso. Yo no los maté... simplemente puse los medios oportunos y la naturaleza hizo el resto.

—¿La naturaleza? ¿Cómo puedes ser tan cínico? —No podía creer lo que estaba oyendo; Edward estaba si cabe aun más loco, más perturbado, que su madre.

Entonces oí cómo la puerta del ala este se abría nuevamente y Thomas entró cerrándola con llave tras él.

—Lo siento, se me escapó —dijo mirando a Edward.

—Un poco más y lo estropeas todo —respondió con tono recriminatorio—. ¿Y

mamá?

—Tranquilo, ya me he ocupado de tenerla entretenida en la cocina mientras entrabais. No se ha dado cuenta de nada, como de costumbre.

—¿Y el servicio?

—Tampoco.

—Perfecto.

Luego me miró fijamente de nuevo y, con toda la frialdad del mundo, dijo:

—Lo siento, Amanda, pero ya va siendo hora de que nos despidamos. Se acerca la hora de cenar y me gustaría haber terminado para entonces. Ya sabes que a mamá no le gusta que la hagan esperar demasiado.

—¿Y qué le vas a contar a tu madre?

—¿Acaso crees que importa mucho lo que le cuente? Hace mucho tiempo que dejó de estar cuerda. Cualquier explicación le parecerá creíble, eso si se acuerda de preguntar por ti.

Sin fuerzas para seguir luchando por mi vida, sabiendo que jamás saldría de allí, elevé mis manos esperando que las atasen. Las lágrimas se deslizaban por mis mejillas dejando ver el torbellino de sentimientos que recorría mi cuerpo en esos instantes. Mientras me ataban, miré por última vez a través de aquellos amplios ventanales. Hacía un día despejado, soleado, y el paisaje de Chelston lucía hermoso como tantos otros días, bajo la luz de un sol rojizo que poco a poco iba ocultándose tras los árboles creando una imagen onírica, poética. A lo lejos, el lago reflejaba los rayos del sol creando estelas doradas sobre sus cristalinas y azules aguas. Aun y con las ventanas cerradas se podía percibir el olor de la mimosa del jardín de entrada, el mismo que acompañó mis sueños el día que llegamos a Chelston House. Durante unos segundos recordé mi llegada a la finca, el aroma a hierba mojada y la emoción que sentí al entrar allí. Ahora todo aquello me parecía muy lejano, como un sueño o, quizás, como una desgarradora pesadilla de la que quería despertar.

Miré a los ojos de Edward hundida, tratando de hallar un atisbo de humanidad, de compasión, un resquicio del amor que un día supuestamente me profesó, pero tan solo vi los ojos de un demente, de alguien incapaz de distinguir entre el bien y el mal.

—¿Cómo pude estar tan ciega? —dije mirándole fijamente.

—Viste lo que querías ver, lo que buscabas: un príncipe azul —respondió sin apenas inmutarse—. De todos modos, si te sirve de consuelo, tampoco Diane sospechó nada hasta el final.

—¿Alguna vez me quisiste?

—Supongo que sí, pero soy un poco veleta. Lo siento, cielo —respondió entre humillantes carcajadas.

Mis lágrimas bajaban hasta mi barbilla como tratando de huir de aquel terrible final. Thomas, por su parte, trataba de evitar mirarme a los ojos. Quizás él era el único todavía cuerdo en aquella casa, pero había consentido, había ocultado, tantas cosas que ya era tarde para volver atrás. En su intento por proteger a su hijo y a la

mujer a la que amaba, se había convertido en cómplice de una monstruosidad. Sin embargo, en su mirar se vislumbraba el peso de la culpabilidad, de alguien que difícilmente podría conciliar el sueño aquella noche. Alguien cuyo rostro serio y atormentado era el fruto de una vida de condena al servicio de un hijo bastardo y de un amor que jamás fue real.

Cuando Edward hubo terminado con mis manos, me amordazó y luego, sin ningún tipo de remordimiento, me hizo entrar en la doble pared. Sentí que las piernas me fallaban y que apenas era capaz de caminar. Mi corazón bombeaba con tanta fuerza que creía que iba a desfallecer. Ya dentro del hueco, giré la cabeza a ambos lados y a la derecha pude ver el cuerpo de Henry. Thomas se había encargado de llevarle hasta allí. Traté de gritar con desesperación, pero mi voz, ahogada tras aquel pedazo de ropa, había enmudecido para siempre jamás. Con un nudo en la garganta, observé con angustia lo que quedaba de aquel pobre hombre, de pie, sostenido entre ambos muros; su cuerpo sin vida luchaba por sostenerse erguido. A diferencia del resto de cadáveres, a Henry lo habían asfixiado con una bolsa de plástico en la cabeza. Seguramente, y debido a su fuerza y a su complexión, no podían arriesgarse a que despertara y les plantase cara. De esta forma se aseguraban que ya no despertaría jamás.

Mientras Edward ataba a conciencia mis tobillos y mis rodillas, traté de serenarme y de recuperar el control. De nada servirían los gritos; de nada, las lágrimas; de nada, forcejear o intentar huir... allí nadie me iba a rescatar. Puestos a elegir, prefería irme con dignidad, en paz conmigo misma. Algo más serena, mire nuevamente al horizonte tratando de guardar en mi mente aquellas vistas, aquellas verdes y hermosas praderas, el intenso azul del lago, los vividos colores de las flores que teñían el camino principal; las únicas imágenes que me acompañarían hasta el final de aquel horrible viaje. Poco a poco, ladrillo a ladrillo, fui viendo cómo ante mí se alzaba un muro infranqueable, primero al frente y después en el lateral, hasta quedar completamente a oscuras. Luego, cuando hubieron acabado, sin ni tan siquiera pronunciar una palabra, oí cómo los pasos se alejaban saliendo de la habitación y me quedé sola, a oscuras, presa de mis emociones, de mis miedos, de mi soledad. Aquel silencio y aquella ausencia total de luz se convirtieron en mis compañeros durante horas, quizás durante más de un día.

Sin poder evitarlo, en mi cabeza las preguntas se sucedían sin ton ni son. ¿Cuánto tiempo podía aguantar un ser humano sin apenas aire? ¿Cuánto sin comer y sin beber? Los minutos, las horas, fueron pasando hasta que finalmente perdí completamente la noción del tiempo, hasta que mi cuerpo empezó a no responder de forma coherente. Con las rodillas doloridas y apoyadas contra el muro, sabía que ya no me quedaba mucho más; apenas tenía las fuerzas para poderme sostener de pie. Cada minuto que pasaba me costaba un poco más respirar y mis pulmones ya no eran capaces de bombear el aire con propiedad. Siempre había oído que la asfixia era posiblemente una de las muertes más crueles y espantosas, ahora lo estaba

comprobando en primera persona. Mis ojos, cansados, se cerraron definitivamente esperando derrotados el final que, afortunadamente, ya no tardaría en llegar. Y en mi mente la peor de las torturas: el saber que probablemente Edward jamás me llegó a amar.

XXI

MÁS ALLÁ DE LA LOCURA

Mientras Amanda expiraba su último aliento emparedada, Edward entró en la sala donde estaba el coronel disecado con aire apesadumbrado, alicaído. El sol del atardecer entraba por la ventana tiñendo aquella fría habitación de tonos burdeos y malvas. Empezaba a estar hartado, cansado, de todo aquello; nada parecía salirle bien y eso que él se esforzaba. Era la segunda vez que sus planes de ser feliz se veían alterados, rotos, y no era por falta de ilusión. Miró al fondo, por la ventana de palillería inglesa, fijando su vista sobre el horizonte durante unos instantes, tratando de recuperar el brío y la fuerza que le caracterizaban. Ninguna mujer iba a derrotarle, pensó, ninguna merecía que él se preocupase, ninguna salvo su querida madre. Tras unos minutos, bajó la mirada y, acercándose al escritorio, dijo en alto y con voz solemne:

—¿Sabes, papá? —Suspiró con tono apenado frente al cadáver disecado de su padre—. Con Amanda tampoco ha funcionado. Las mujeres de hoy ya no son como mamá, no están dispuestas a estar al lado de uno sin meterse en lo que no les incumbe, no saben lo que es el respeto. Empiezo a preguntarme si existe la mujer que necesito.

Luego, cabizbajo, cogió una silla y, sentándose junto al coronel, tomó su mano entre las suyas.

—Igual es que mi destino no es casarme, igual es que no sirvo para estar en pareja. Quizás deba quedarme para siempre contigo y con mamá. Al fin y al cabo, lo importante es la familia, ¿no crees? Lo cierto es que Nueva York empezaba a cansarme.

En aquel instante se oyeron unos pasos que se acercaban desde el rellano y Meredith entró en la sala como si nada hubiese pasado. Con porte señorial, se acercó a su hijo y dijo:

—Ya veo que estáis aquí los dos; ya podía yo buscaros por toda la casa.

—Hola, mamá. Estábamos aquí, matando el tiempo y hablando de mujeres —respondió Edward con naturalidad—. Parece que no acierto en mi elección.

—No te preocupes, cariño mío. Tarde o temprano aparecerá la mujer idónea, la que te merezca, ya lo verás —dijo Meredith restando importancia al asunto.

—Eso espero —respondió tratando de hacer de tripas corazón.

—Por cierto, ¿vas a bajar a cenar o cenarás aquí arriba con tu padre?

—Creo que cenaremos aquí arriba. ¿Te parece bien, papá? —le preguntó besándole en la mejilla.

* * *

Unos metros más bajo, entre los fríos y gruesos muros, yo consumía mis últimas horas. Inmersa en aquella espesa y hosca oscuridad, en aquel apabullante silencio, mi cuerpo se dejaba vencer por minutos. En mi mente, las imágenes de cuando conocí a Edward en Central Park se amontonaban clavándose como afilados cuchillos. ¿Cómo podía haber estado tan ciega?, me preguntaba una y otra vez. Allí dentro el aire, enrarecido y prácticamente inexistente, hacía que mi respiración fuese de intervalos muy cortos y que apenas alcanzase a llenar mis pulmones. La sensación de ahogo era apremiante. Fue en ese preciso momento, en la desesperación que da saberse muerto, en la impotencia que da el saber que se acerca el final, que aquella maldita frase, aquella idea absurda que me asalto el primer día, al entrar por primera vez en Chelston House, regresó a mi mente, hiriente, como una evocación perversa, diabólica, como una prematura pero cierta y nefasta premonición que en su momento no supe ver:

Siempre supe que nunca dejaría Chelston House; lo intuí desde el mismo día en que crucé el umbral de aquella hermosa y vasta finca de Lincolnshire.



LAURA FALCÓ LARA (Barcelona, 1969) es licenciada en Filología Inglesa por la Universidad de Barcelona y Máster en Dirección de Empresas por ESADE.

Entró a trabajar en el Grupo Editorial Planeta en 1995, y tras varios años a cargo del departamento de *marketing* del sello Planeta pasó a dirigir la editorial Martínez Roca. Posteriormente estuvo al frente de los sellos Minotauro, Timun Mas, Libros Cúpula, Esencia y Zenith. Actualmente es la presidenta de Prisma, la división de revistas de Grupo Planeta. Además, forma parte del equipo radiofónico del programa La rosa de los vientos, de Onda Cero, con la sección «Ecos del pasado».

Ha publicado cinco novelas: *Gritos antes de morir* (2012), *La muerte sabe tu nombre* (2012), *Chelston House* (2014), *Última llamada* (2016), *Amanecer de hielo* (2017) y *Ecos del pasado* (2018).